
HARLEQUIN
Bianca
El regreso de los
CHATSFIELD
LA REBELDÍA DE UNA INOCENTE
KATE HEWITT



LA REBELDÍA DE UNA INOCENTE

KATE HEWITT



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La rebeldía de una inocente, n.º 116 —mayo 2016
Título original: Virgin's Sweet Rebellion
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8127-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

Lo sabías —le dijo Ben Chatsfield a su hermano Spencer.

Trató de controlar la ira que comenzaba a nacer en su interior y amenazaba con desbordarse en cualquier momento. Hizo puños con las manos e intentó ahogar las palabras que asomaban a sus labios. Decidió que era mejor tragárselas, como había hecho siempre. Se limitó a dedicarle una sonrisa irónica, como si lo que Spencer le había revelado fuera algo divertido.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —le preguntó entonces.

—¿Que soy hijo ilegítimo? —repuso Spencer apretando los labios un segundo y encogiéndose de hombros—. Unos cinco años, desde el día que cumplí veintinueve años.

Ben apenas pudo controlar su sorpresa. Durante esos últimos cinco años, había estado distanciado de su hermano y del resto de la familia, pero acababa de descubrir que su hermano Spencer ya había sabido entonces que era hijo ilegítimo.

—Me gusta mucho este sitio —le dijo entonces Spencer.

Ben no respondió mientras su hermano miraba a su alrededor, admirando el elegante comedor del mejor restaurante que tenía Ben en Niza. Había sido una sorpresa ver aparecer a Spencer de repente por la puerta mientras se quitaba sus gafas de sol, como si fuera un turista más cuando en realidad era su hermano mayor, el líder de los «Tres Mosqueteros», como los llamaban a los hermanos. Recordaba perfectamente la adoración que había sentido entonces por Spencer y cuánto lo había echado de menos.

Cuando salió de la cocina del restaurante para entrar en el comedor, se quedó parado al verlo allí, sonriéndolo como si hubieran pasado sin verse solo unos días en vez de catorce largos años.

—Hola, Ben —le había dicho su hermano mayor.

La sorpresa había sido tan grande que no sabía cómo había podido contestarle.

—Spencer… —había susurrado con la voz entrecortada.

Otra sorpresa había sido descubrir que Spencer ya hacía cinco años que había descubierto el secreto que Ben había conocido a los dieciocho. Un secreto que le había roto el corazón y le había hecho tomar la decisión de irse de casa y cortar todo tipo de relación con su familia. Un secreto que sabía que le había costado mucho. Aun así, le sonrió al ver cuánto le había sorprendido su respuesta.

—Todo eso es historia, Ben —le dijo Spencer tratando de ser conciliador.

Pero, para Spencer, las explicaciones llegaban demasiado tarde.

—Es mejor no pensar en ello. Siempre supe que tenía que haber algún motivo para que Michael me tratara siempre de manera diferente a como os trataba a James y a ti. Cuando me enteré de que vuestro padre había sabido desde el principio que yo no era su hijo biológico, comprendí muchas cosas. Me costó, pero ya lo he aceptado.

—Me alegra saberlo —respondió Ben.

A pesar de la maraña de emociones que sentía dentro de él, pudo hablar con calma. Era una mezcla de arrepentimiento y culpabilidad, de tristeza por todo lo que había pasado y felicidad al ver de nuevo a su querido hermano. Pero, por encima de todo, estaba enfadado.

No pudo evitar que una oleada de ira lo quemara por dentro, era como un río de lava recorriendo su ser e hirviendo su sangre. Le parecía increíble que Spencer pensara que podía volver de repente a su vida como si no hubiera pasado nada. Sin darle ni excusas ni explicaciones, limitándose a hablarle como si no hubieran estado catorce años sin verse.

—¿Qué estás haciendo aquí, Spencer? —le preguntó Ben.

—¿No te alegra verme? Ha pasado tanto tiempo, Ben… —repuso Spencer sorprendido por su tono.

—Siempre has sabido dónde podías encontrarme —lo interrumpió furioso.

—Tú también —contrarrestó Spencer.

—Pero yo no tenía ni idea de que supieras la verdad —le recordó Ben.

—¿Lo contrario habría cambiado las cosas entre nosotros? —le preguntó Spencer.

Ben apartó su mirada.

—Puede que sí.

Se preguntó si habría decidido regresar con su familia si hubiera tenido la seguridad de que Spencer sabía que era hijo ilegítimo, pero era demasiado difícil tratar de adivinar qué habría hecho en esa situación. Después de todo, no tenía demasiados recuerdos buenos de su infancia con el resto de los Chatsfield.

—El caso es que no me has contestado —insistió Ben—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Cada vez estaba más enfadado. Tenía la sospecha de que estaba allí porque quería algo de él.

—Bueno, me pareció que ya era hora de que nos reuniéramos de nuevo los tres mosqueteros —le aseguró Spencer—. James también está en Niza, aunque solo durante el fin de semana, y quiere verte. Así podremos por fin estar los tres juntos de nuevo, Ben, por el bien de los

Chatsfield.

Los Chatsfield… Sabía que no se refería a su familia, sino al imperio hotelero que era el orgullo de su padre. Y Spencer habría sido el heredero de los hoteles si no hubiera sido hijo ilegítimo. Al final, aunque no le correspondiera por nacimiento, había terminado por heredar de algún modo los hoteles cuando su tío Gene decidió nombrar a Spencer nuevo director general después de que renunciara al puesto su prima Lucilla.

Eran cosas que sabía por la prensa, aunque trataba de no prestar demasiada atención a ese tipo de noticias. Aun así, a veces no podía evitar enterarse de ciertos acontecimientos.

Y acababa de descubrir que Spencer había ido a verlo, después de tantos años sin verse, para que hiciera algo por el bien de la cadena Chatsfield. Era como si no tuviera en cuenta que habían pasado la mitad de sus vidas separados.

—Lo que menos te interesa es que nos juntemos de nuevo los «Tres Mosqueteros» —le dijo a su hermano sin poder ocultar su amargura—. Déjate de excusas, Spencer. Lo que quieres es que haga algo para ti. Y para los Chatsfield, ¿no?

Spencer echó hacia atrás la cabeza. Estaba sorprendido y quizás también algo ofendido.

«Le debe de extrañar ver cuánto he cambiado, comprobar que ya no soy aquel joven…», se dijo Ben al recordar su infancia. Se había pasado esos años tratando de agradar a la gente y hacer feliz a todo el mundo, pero siempre fracasaba. Pero ya no era así, ya no trataba de complacer a la gente sin más. Y no estaba dispuesto a hacer nada por Spencer ni por los Chatsfield.

—Como puedes ver, estoy ocupado —le dijo a Spencer mientras le dedicaba una fría sonrisa.

No quería tener que decirle lo que pensaba de él. Era mucho más fácil así. Porque lo que tenía ganas de hacer en ese momento era dejarse llevar por la ira y darle un puñetazo a algo, quizás incluso a Spencer.

—Lo sé, lo sé —repuso Spencer—. Has hecho un gran trabajo en este sitio. He oído que te han otorgado incluso una estrella Michelin. Es impresionante, felicidades —añadió—. ¿Cuántos restaurantes tienes ya?

—Siete.

—Increíble.

Ben no dijo nada, se limitó a apretar los labios. No necesitaba los elogios de su hermano mayor.

—Lo que quería comentarte… —comenzó Spencer—. Supongo que habrás oído algo en las noticias sobre el acuerdo con la cadena Harrington.

—¿Lo de que al final ha fracasado? Sí, lo he oído.

Los dos grandes imperios hoteleros habían aparecido continuamente en las noticias durante esas últimas semanas. Había sido imposible no enterarse de los problemas que habían ido surgiendo durante la operación por la que la cadena Chatsfield había tratado de hacerse con los hoteles Harrington. También había leído en la prensa que su hermano James se había comprometido con Leila, la princesa de Surhaadi.

Al parecer, James le había pedido que se casara con él frente al hotel que su familia tenía en Nueva York después de declararle su amor de la manera más pública posible, en una de las gigantescas pantallas publicitarias que decoraban Times Square.

Todo ese asunto se había convertido en el tipo de circo mediático que tanto odiaba Ben, pero sabía que a la gente le encantaban esas historias y las últimas noticias habían contribuido a disparar la popularidad de los hoteles Chatsfield.

—Los Harrington tendrán que entrar en razón en algún momento —le dijo a Spencer en un tono algo desdeñoso—. Su cadena no es tan fuerte como la Chatsfield, no tienen los recursos para seguir siendo vuestros competidores.

—Las negociaciones van a ser muy complicadas —le contestó Spencer—. Tengo el apoyo de algunos accionistas, pero no de todos. Aún no…

Ben se encogió de hombros. La verdad era que no le preocupaban para nada los hoteles. Ya no.

—Mira —le dijo Spencer—. Tengo que estar presente en las negociaciones, tanto en Nueva York como en Londres, para tratar el tema de la adquisición. Es una etapa crítica del proceso y tengo que estar allí.

—Muy bien, ¿por qué me lo estás contando? Si tienes que estar allí, ve.

—Pero también me esperan en Berlín a partir de la próxima semana. Tengo que encargarme de supervisar todas las actividades del hotel durante la Berlinale, el festival internacional de cine.

Ben se quedó mirando perplejo a Spencer. No entendía nada.

—Va a haber varias estrellas de Hollywood que se alojarán en el Chatsfield durante el festival. Es un momento importante para el hotel y también para la empresa, por supuesto.

—No sé por qué me estás diciendo todo esto —le dijo Ben a pesar de que empezaba a sospecharlo.

—Necesito a alguien de confianza allí —le explicó Spencer—. A un Chatsfield.

Eso no podía negarlo. Aunque le pesara, Ben era un miembro de esa familia.

—¿Y esperas que lo deje todo para ir a Berlín solo porque necesitas mi ayuda? —le preguntó Ben con incredulidad—. ¿Y me lo pides después de catorce años de silencio?

Vio que a Spencer le brillaban de repente los ojos. Sus palabras lo habían molestado.

—Tú fuiste el que se fue de casa, Ben.

Tuvo que contenerse para no darle un puñetazo. Apretó las manos para calmarse. Tenía el corazón a mil por hora. La necesidad de pegar a Spencer era casi abrumadora, pero consiguió no dejarse llevar por su enfado. Sabía que debía controlar su ira. No podía olvidar que una vez había estado a punto de matar a un hombre por culpa de esa furia sin control.

—Sí, lo hice. Y no pienso volver para ayudarte a ti ni a tu hotel, Spencer.

Su hermano lo observó durante unos segundos.

—Has cambiado —le dijo en voz baja Spencer.

—Sí.

—Pero sigues siendo mi hermano, Ben —le recordó Spencer con una triste sonrisa—. Y yo sigo siendo el tuyo. Sé que debería haber intentado contactar contigo antes, pero también tú podrías haberlo hecho. Los dos tenemos parte de culpa, ¿no te parece?

Sabía que al joven Ben le habría faltado tiempo para aceptar su culpa, pedirle disculpas y tratar de hacer las cosas bien. El joven que había sido habría hecho lo que fuera para que Spencer fuera feliz, para que toda su familia lo fuera.

Pero se había convertido en un hombre que había tenido que vivir aislado de su familia durante catorce largos años, que se había centrado absolutamente en el trabajo mientras trataba de ignorar la rabia y la amargura que aún sentía dentro de él. Ese hombre se limitó a encogerse de hombros al oír a su hermano.

—Por favor —le dijo entonces Spencer inclinando a un lado la cabeza y dedicándole una sonrisa ladeada y contagiosa que recordaba muy bien—. Te necesito, Ben.

No podía mirarlo sin recordar su infancia, pero negó con la cabeza, no iba a dar su brazo a torcer por mucho que su hermano estuviera consiguiendo hacerle pensar en el pasado.

—Acabo de abrir un restaurante en Roma y tengo que ir a verlo…

—Dos semanas, Ben, eso es todo. Tenemos que volver a ser una familia y permanecer unidos por el bien de los hoteles Chatsfield. Es lo que más me importa.

Todo lo que siempre había querido Ben había sido tener una familia unida. Había tenido que ver durante años cómo discutían sus padres y sufrir el mal humor de su progenitor. No había dejado de intentar que mejoraran las cosas, pero no había conseguido nada. Sentía que ya se

había sacrificado una vez por su familia y, muy a su pesar, supo en ese momento que iba a volver a hacerlo. Había lamentado en más de una ocasión haberse ido de casa como lo había hecho y no sabía si iba a ser capaz de arreglar las cosas con su familia, pero se dio cuenta de que estaba dispuesto a intentarlo. Aunque había cambiado mucho, seguía teniendo vocación de pacificador.

—Dos semanas —le dijo entonces.

Vio la expresión de alivio de la cara de Spencer.

—Sí.

—Soy chef, Spencer, no me dedico a dirigir hoteles ni a tratar con la gente —le advirtió—. Eso se lo dejo a otras personas.

—Todo irá bien —le aseguró Spencer—. Solo hay que sonreír y saludar a un montón de gente. Esa es la base del trabajo.

No le hacía ninguna gracia, quería echarse atrás, pero sabía que no iba a hacerlo. Se dio cuenta de que no había cambiado tanto como pensaba y eso lo sacaba de quicio.

—No he tenido relación alguna con la cadena Chatsfield durante estos catorce años —le recordó a su hermano—. Casi la mitad de mi vida.

—Bueno, más razón aún para participar en el negocio familiar —le dijo Spencer con sinceridad—. Te he echado de menos, Ben. Lamento que te fueras de casa hace tantos años. Sé que estabas tratando de protegerme…

—Olvídalo —lo interrumpió Ben con un nudo en la garganta.

Una mezcla de ira y tristeza lo invadió en ese instante. No quería hablar del pasado. Ni siquiera quería pensar en eso.

—Te agradezco lo que trataste de hacer —insistió Spencer.

Ben lo interrumpió de nuevo sacudiendo la cabeza. No quería hablar de eso. Le costó tranquilizarse lo suficiente para poder hablar.

—De acuerdo, iré al hotel de Berlín, pero a cambio de algo —le dijo —. Quiero abrir uno de mis restaurantes en el Chatsfield de Londres.

—Pero Londres ya cuenta con un restaurante que tiene varias estrellas Michelin…

—Sí, pero el chef está a punto de jubilarse. Además, ya no es el que era —repuso Ben.

Spencer lo miró fijamente durante un buen rato y Ben le sostuvo la mirada.

—De acuerdo —cedió al final Spencer—. Supervisa el hotel de Berlín durante el festival de cine y trataré de arreglar lo de tu restaurante en Londres.

—Quiero firmar un contrato.

—¿No confías en mí? —le preguntó Spencer.

—Se trata de negocios, no es nada personal.

Spencer asintió con la cabeza.

—De acuerdo, mándame algo a mi despacho y lo firmaré. ¿Te parece?

Ben asintió y Spencer se echó a reír.

—Hay que ver cómo te las gastas, Ben. Te has endurecido durante estos años.

No le sorprendieron sus palabras. A los dieciocho años, había sido aún un joven muy ingenuo. Sí, sabía que había cambiado bastante. Pero por primera vez desde que lo viera aparecer por la puerta de su restaurante, fue de verdad consciente de que su hermano Spencer estaba allí, de que volvía a tener contacto con alguien de su familia y, a pesar de su enfado y su tristeza, otro sentimiento comenzó a abrirse hueco en su interior. Un sentimiento limpio, fresco y bienvenido.

Uno de pura felicidad.

Capítulo 1

Olivia Harrington miró la habitación estándar que había reservado en el Chatsfield y suspiró. Había visto armarios más grandes.

Cansada, se quitó los zapatos de tacón que había llevado puestos durante su largo vuelo nocturno desde Los Ángeles, soltó la maleta y se sentó en la estrecha cama. Le bastó con levantar la pierna para cerrar la puerta de una patada. Esa habitación parecía una celda y no quería ni pensar en tener que pasar allí toda la semana.

No había esperado que le ofrecieran la suite presidencial, no era tan importante, pero había esperado que una habitación estándar en el mejor hotel de la ciudad fuera mejor. Ni siquiera tenía baño y la ventana daba a un muro de hormigón que podía tocar con los dedos.

Además, le dio la impresión de que nadie había limpiado la habitación después de que la dejara el último huésped. Había migas en la alfombra y la colcha estaba arrugada y manchada.

Suspirando de nuevo, se inclinó hacia delante y abrió la puerta de la pequeña nevera que había bajo un televisor aún más pequeño. Necesitaba beber algo.

Pero vio que la nevera estaba casi vacía. Solo había una botella de agua y una chocolatina abierta y mordida. No se lo podía creer. Su día iba de mal en peor.

Había tenido problemas con vuelos anulados y, al final, había conseguido que le dieran un asiento en clase turista, pero le había tocado sentarse al lado de un bebé que no había dejado de llorar ni un minuto. Se había puesto guapa para el viaje, sabiendo que iba a haber paparazzi en el aeropuerto, y le dolían los pies después de pasarse más de trece horas con unos zapatos de tacón alto. Para colmo de males, no había podido dormir.

Esa horrible habitación era la gota que colmaba el vaso de su paciencia. Indignada, se levantó de la cama, se puso de nuevo los zapatos y se pintó los labios. No era una diva, pero creía que tampoco tenía por qué aceptar una habitación así. Ese sitio era diminuto y allí no iba a poder vestirse para ir a los estrenos y fiestas de esos días. Además, sabía por qué le habían dado la peor habitación del hotel y no pensaba aceptarlo.

Porque era una Harrington. Su hermana Isabelle había rechazado la oferta de Spencer Chatsfield para comprar sus acciones, no estaba dispuesta a dejar que los Chatsfield se hicieran con el negocio familiar.

Estaba segura de que Spencer estaría encantado sabiendo que le habían dado a una Harrington ese cuchitril.

Lamentó haber hecho una reserva en el Chatsfield. Con la tensión que había en esos momentos entre las dos familias, se debería haber imaginado que no era el mejor hotel para ella, pero sabía que las grandes estrellas y los mejores directores se alojaban allí durante la Berlinale y había querido quedarse también en ese hotel. Después de todo, se jugaba demasiado en ese festival, había trabajado muy duro y durante mucho tiempo para no aprovechar la primera gran oportunidad que tenía. Sabía cómo funcionaban esas cosas y lo importante que era estar en el lugar adecuado en el momento oportuno, codearse con gente importante y hacer contactos. Era algo que tenía que hacer, estaba dispuesta a cualquier cosa para avanzar en su carrera cinematográfica y demostrar que había tomado la decisión correcta al dejarlo todo para ser actriz. Creía que era la mejor manera de honrar la memoria de su madre y conseguir que estuviera orgullosa de ella.

Además, Isabelle era la que odiaba a los Chatsfield, ella nunca había estado tan involucrada en el negocio de la familia como su hermana. Pero, aun así, no iba a dejar que nadie se riera de ella. Salió de la habitación para hablar con el hombre que había decidido meterla en ese cuartucho.

El elegante vestíbulo del hotel estaba lleno de actores y periodistas, hablando o cruzándolo deprisa de camino a sus respectivas habitaciones. Le fascinaba el glamour de ese hotel. Tenía que admitir que era impresionante.

Reconoció a varias personas y se abrió paso entre ellas mientras las saludaba rápidamente, tirándoles besos al aire o haciéndoles algún gesto con la mano.

—Quiero hablar con el director del hotel —le dijo a la recepcionista cuando llegó al mostrador.

—Me temo que el señor Chatsfield está ocupado, señorita…

—Harrington. Soy Olivia Harrington.

Le pareció que no había conseguido impresionarla al decirle quién era y apretó los dientes. Sabía que debía tener paciencia, no era una actriz famosa, pero pensaba serlo muy pronto. Tenía un papel secundario en una de las películas que se iban a mostrar en el festival y le habían prometido un papel aún más importante en una película mucho mejor, el tipo de película que sabía que iba a conseguir llegarle a la gente y lograr muchos premios.

—Ya me lo imagino, pero teniendo en cuenta que soy una Harrington, de la cadena de hoteles Harrington, creo que querrá hablar conmigo, ¿no le parece?

Vio que la recepcionista seguía sin tenerlo claro.

—Hágame caso —insistió Olivia.

—De acuerdo, voy a ver si puede hablar con usted —repuso la otra mujer algo irritada.

Olivia asintió y suspiró aliviada. Había conseguido superar al menos ese primer obstáculo. Lo malo era saber que iba a tener que enfrentarse a muchísimos más.

—¿Olivia Harrington? —repitió Ben mientras miraba fijamente a la recepcionista que acababa de entrar en su despacho.

Tenía un millón de problemas que resolver. No era fácil tratar con decenas de estrellas de cine, a cual más caprichosa y excéntrica. Había tenido que lidiar, por ejemplo, con una actriz que había pedido flores frescas, pero que no quería lirios ni rosas. Hacía pocos minutos, un conserje había tenido que recoger el ramo porque la actriz había encontrado un pequeño capullo de rosa en él.

Había sentido en más de una ocasión la tentación de decirles a esas estrellas lo que pensaba de sus caprichos. Afortunadamente, había logrado contenerse. Con quien iba a desahogarse sería con Spencer. Su hermano le había hecho creer que su trabajo iba a ser mucho más fácil, que se iba a limitar a hacer de relaciones públicas. No se había imaginado el nivel de atención que necesitaban las estrellas de Hollywood. Para colmo de males, verse de vuelta en un hotel Chatsfield le estaba haciendo recordar el pasado y eso hacía que tuviera aún menos paciencia para las escandalosas peticiones de actores y directores.

Miró cansado a la recepcionista.

—¿Quieres decir que un miembro de la familia Harrington, de la cadena hotelera, quiere verme?

—Sí, quería ver al director. Me ha parecido que está bastante enfadada —le dijo Anna.

Ben cerró los ojos un segundo, era lo último que necesitaba. Además, no entendía qué demonios estaría haciendo un Harrington en Berlín. Spencer le había dicho que las negociaciones estaban teniendo lugar en Londres y en Nueva York.

—Gracias —repuso entonces de mala gana—. Dile que pase.

La recepcionista tuvo a Olivia esperando durante al menos diez minutos y cada vez le dolían más los pies. Suspiró aliviada al ver que volvía a recepción para hablar con ella.

—El señor Chatsfield la recibirá ahora, señorita Harrington. Venga por aquí —le dijo la mujer.

—Gracias —respondió Olivia con cierto sarcasmo.

Había oído que los hoteles Chatsfield eran los que mejor servicio daban al cliente, pero le pareció que el comportamiento de la recepcionista dejaba mucho que desear, por no hablar de su pequeña y sucia habitación. No le parecía que le estuvieran ofreciendo un servicio propio de un hotel de lujo. Pero pensó entonces que quizás le hubieran reservado solo a ella esos desplantes por ser una Harrington.

Siguió a la recepcionista hasta un despacho que había detrás del vestíbulo y miró al hombre que la esperaba sentado tras la mesa mientras se pasaba la mano por el pelo castaño. Frunció el ceño al verlo. Ya había visto a Spencer Chatsfield en alguna fotografía, pero no lo recordaba tan… tan atractivo. Además, creía que Spencer solía vestir de una manera más seria. El hombre que tenía frente a ella llevaba puesto un elegante traje de rayas grises, pero tenía el tipo de cuerpo y el tipo de actitud más propios de alguien que prefería llevar unos vaqueros desgastados y una camiseta, quizás incluso con una chaqueta de cuero como las que llevaban los motoristas.

Olivia se dio cuenta demasiado tarde de que se había quedado mirándolo. Apartó la vista y levantó con orgullo la cabeza.

—¿Es Spencer Chatsfield? —le preguntó con frialdad.

—No, soy Ben Chatsfield. ¿Y usted es…?

—Olivia Harrington.

El hombre la miró con los ojos entrecerrados. Parecía tener muy poco interés en lo que ella tenía que decirle. Olivia, en cambio, cada vez estaba más interesada. No podía dejar de mirar, y admirar, sus masculinos rasgos, su barba de tres días, su mirada…

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Harrington? —le preguntó él.

Estaba segura de que sabía lo de la habitación, podía adivinarlo en sus ojos de color avellana… La miraba recostado en su sillón, como si estuviera muy relajado, pero de su cuerpo emanaba una energía que apenas conseguía contener. Solo hacía unos segundos que sabía de la existencia de ese hombre, su hermana solo mencionaba a Spencer y a James Chatsfield lo conocía por la prensa del corazón, pero ya había llegado a la conclusión de que era un imbécil.

Plantó las manos sobre la mesa e inclinó el torso hacia él, invadiendo deliberadamente su espacio personal. Pero Ben Chatsfield no se inmutó.

—A lo mejor le parece divertido poner a un miembro de mi familia en una habitación que parece un cuarto de la limpieza, pero yo creo que solo denota un pésimo servicio al cliente, señor Chatsfield —le dijo casi sin aliento—. Y sea cual sea mi apellido, soy una clienta más. Lo que ha hecho dice muy poco de usted y de su hotel.

Ben Chatsfield siguió sin inmutarse.

—¿Quiere eso decir que no está satisfecha con su habitación?

—Sí, eso es lo que trato de decirle —repuso ella con incredulidad—. Mi habitación es horrible.

—Horrible —repitió Ben totalmente impasible.

Se echó hacia atrás en su sillón mientras la miraba con los ojos aún entrecerrados. Le estaba molestando más de lo que querría tener que admitir que ese hombre fuera tan condenadamente sexy, no se lo estaba poniendo nada fácil.

Se enderezó y se cruzó de brazos esperando a que él le dijera lo que iba a hacer.

—¿Y qué es lo que hace que su habitación sea tan horrible, señorita Harrington? —le preguntó Ben en un tono tan exageradamente dulce como falso.

Durante un segundo, se limitó a mirarlo boquiabierta. Le parecía increíble que se estuviera comportando de manera tan impasible e indiferente.

—Todo —le contestó.

Con un movimiento rápido y ágil, Ben se inclinó hacia delante y empezó a teclear algo en su ordenador. Olivia esperó mientras trataba de controlar su ira.

—Veo aquí que reservó una de las habitaciones estándar o básicas.

—Sí, pero la mía no podría siquiera considerarse básica. Es como un cuarto de la limpieza.

—El Chatsfield no ofrece a sus huéspedes ningún cuarto de la limpieza —le aseguró Chatsfield.

—¿No? Entonces, ¿por qué no va a ver mi habitación?

Ben Chatsfield se quedó mirándola, aún con los ojos entrecerrados, y apretó los labios.

El gesto hizo que se fijara en su boca y, muy a su pesar, no se le pasó por alto que también era muy sexy. Tenía unos labios carnosos, casi demasiado para un hombre tan masculino.

—Puede que tenga razón, debería ver esa habitación tan horrible —repuso él con sarcasmo.

Olivia le hizo un gesto con la mano hacia la puerta.

—Encantada —le dijo con firmeza.

Ben se levantó de su sillón.

Ben suspiró mientras se levantaba. Lo último que necesitaba esa semana era tener que lidiar además con una caprichosa heredera de la familia Harrington. Se preguntó qué sería lo que había conseguido escandalizarla. A lo mejor las sábanas no eran de su color favorito o no había flores frescas en el cuarto de baño. Le habría encantado decirle que se aguantara y lo dejara tranquilo, pero no podía hacerlo.

Se giró hacia ella mientras abría la puerta del despacho. Olivia

Harrington seguía mirándolo muy indignada. Supuso que estaría haciendo un poco de teatro y que estaría disfrutando dejándole claro que ese hotel no estaba a la altura de los de su familia, pero decidió que no iba a morder el anzuelo. Después de todo, no era su problema. Había accedido a ayudar a Spencer, pero no le preocupaba nada que tuviera que ver con la lucha entre las dos cadenas hoteleras.

Tenía que reconocer que era una mujer muy guapa, aunque tenía un tipo de belleza que le parecía demasiado falsa, demasiado perfecta. Ya había tenido demasiadas mentiras en su pasado y había aprendido a huir de todo lo que le parecía falso.

Aun así, no pudo evitar admirar su brillante melena castaña ni sus grandes ojos marrones. Su cuerpo era perfecto, esbelto y elegante. Llevaba un vestido corto de color verde y altos zapatos de tacón. Se le fueron los ojos a sus largas piernas y a la tentadora curva de sus pantorrillas. Subió la mirada mientras caminaba tras ella hasta detenerse en su trasero. Esa parte de su anatomía tampoco estaba nada mal.

Decidió levantar los ojos y clavar la mirada en sus hombros, le parecía mucho más seguro.

Llegaron al ascensor y Olivia apretó el botón con firmeza. Vio que su manicura era perfecta.

—¿Cuándo llegó a Berlín? —le preguntó él.

Decidió que lo mejor que podía hacer era tratar de ser amable. Pero ella se volvió y le dedicó una mirada gélida.

—Hace una hora. He estado metida en un avión toda la noche, señor Chatsfield.

Se lo dijo como si él tuviera la culpa. Decidió limitarse a sonreír.

—Por favor, llámame Ben —repuso.

Pero Olivia Harrington no respondió.

Por suerte, se abrió el ascensor y entraron. En el último segundo, justo antes de que se cerraran las puertas, entró una mujer rubia con un chándal rosa y zapatillas de deporte decoradas con lentejuelas. Vio que miraba a Olivia fingiendo sorpresa.

—¡Olivia! No sabía que fueras a venir al festival —la saludó la recién llegada.

Ben sintió cómo se tensaba Olivia Harrington, pero solo duró un segundo, enseguida sonrió.

—Hola, Amber, me alegra verte. Sí, estoy aquí porque tengo un papel en *Blue Skies Forever*, la película indie.

—¡Ah, es verdad! —repuso la otra mujer arrugando la nariz—. ¿Como actriz de reparto?

—No, tengo un papel secundario —replicó Olivia orgullosa y sin dejar de sonreír.

Se abrió el ascensor y Olivia Harrington pasó junto a Amber con la

cabeza bien alta.

—Bueno, ya nos veremos por aquí. Adiós.

Así que Olivia era actriz. La miró pensativo mientras caminaban por el pasillo, con la barbilla levantada y el gesto desafiante. No le sorprendía. Ya le había parecido que tenía dotes dramáticas cuando le describió la habitación.

La siguió por otro pasillo, ese era más estrecho que los corredores en los que estaba el resto de las habitaciones. Frunció el ceño al ver que abría una salida de emergencia. Creía que no había ninguna habitación en esa parte del edificio, que allí solo estaban las zonas para el personal.

—Aquí es —le anunció Olivia finalmente mientras sacaba del bolso una llave.

Era una llave de verdad, no una de las tarjetas magnéticas del hotel. Entró cuando ella abrió la puerta y rozó a Olivia con el hombro al hacerlo. La habitación era diminuta. Se dio cuenta de que su huésped había tenido motivos para quejarse, era poco más grande que un armario.

—¿No te parece horrible? —le preguntó ella con falsa dulzura mientras le mostraba las manchas de la arrugada colcha—. Y, como ves, nadie ha cambiado la ropa de cama. El minibar está casi vacío y no hay cuarto de baño —añadió girándose hacia él con las manos en las caderas.

Su cuerpo estaba muy cerca del suyo. Fue en ese instante más consciente que nunca de lo pequeña que era la habitación. Trató de mantener la compostura y no pensar en cómo su cabello le había acariciado la mejilla cuando Olivia se dio la vuelta ni en cómo, incluso después de un largo vuelo, esa mujer podía oler tan bien. A fresas y a vainilla.

—Lo siento. Es evidente que ha habido un error —le dijo tratando de mantener la calma.

—¿Un error? ¿Vas a hacerme creer que ha sido un error que me metieran en este cuchitril?

No pudo evitar que sus palabras lo enfadaran. Era una mujer muy bella y la habitación era pésima, pero no entendía lo que le pasaba ni por qué le hablaba de esa manera.

—Sí, ha sido un error —contestó con firmeza—. ¿Crees que alguien pondría a un huésped a propósito en una habitación como esta?

—Eso es exactamente lo que pienso, Ben.

La miró con incredulidad y después con desdén.

—¿Crees que te he puesto en este cuarto porque eres una Harrington?

—No hace falta ser astrofísico para adivinarlo.

Ben se echó a reír al oír sus palabras.

—Y está claro que tú no eres astrofísica, cariño.
—No te atrevas a hablarme de manera condescendiente… —replicó Olivia enfadada.
—Lo mismo podría decirte yo —la interrumpió Ben—. Debes de pensar que eres muy importante para que pierda el tiempo tratando de sacarte de tus casillas.
—Bueno, tú lo has dicho, no yo.
—¿Crees que he estado revisando la lista de huéspedes durante el festival de cine, cuando el hotel está completamente lleno, para ver si viene alguien de la familia Harrington y poder así gastarle una broma de mal gusto? Siento decirte que tu llegada a Berlín no ha aparecido en las noticias. En realidad, no creo que se haya enterado nadie de que estás aquí.
—No sé cómo te enterarías, pero… —comenzó enfurecida.
—¡Déjalo ya! —replicó Ben con impaciencia.
Estaba cansado de aguantar a caprichosas estrellas de Hollywood durante días y lo último que necesitaba era tener que soportar además a una Harrington.
—Fue un error sin ninguna intención, eso es todo. Ni siquiera sabía que iba a venir alguien de tu familia, pensé que estaríais todos en Nueva York, negociando con mi hermano.
—¿Negociando? —repitió Olivia frunciendo el ceño—. Mi hermana se ha negado…
—No puedo explicarte nada más. Solo sé que las adquisiciones empresariales no son fáciles —respondió Ben con sequedad—. La verdad es que no me importa. No tiene nada que ver conmigo.
—¿No? —repuso Olivia levantando una ceja—. Pero si diriges uno de los hoteles…
—Sí, pero se trata de algo temporal. Solo durante la duración del festival.
—Así que los Chatsfield sois una familia unida —susurró ella mirándolo de arriba abajo.
Ben contuvo el aliento. En realidad, no estaban unidos. Ni siquiera en el pasado, cuando él había creído que lo estaban.
—Bueno, somos una familia —le dijo sin querer dar más explicaciones—. Igual que los Harrington.
Olivia apretó los labios y se quedaron mirándose a los ojos. Había mucha tensión entre los dos y también algo más… algo que le costaba admitir, aunque sabía lo que era. Atracción.
A pesar de lo poco que le gustaba su personalidad, tenía que reconocer que era una mujer muy bella y sexy. Sus ojos brillaban con la fuerza de su indignación, tenía el pelo revuelto y la cara sonrosada. Tenía el aspecto de una mujer furiosa o excitada. O quizás las dos cosas.

Después de todo, a él le estaba pasando. Algo incómodo, trató de apartarse de ella, consciente de que era el momento menos apropiado para que Olivia notara la evidencia de esa atracción.

—Me encargaré de que te trasladen a otra habitación y, a modo de disculpa, tendrás una noche de estancia gratis en el hotel.

Olivia parecía sorprendida, pero no tardó en asentir con la cabeza para dejarle claro que no habría esperado menos.

—Gracias —dijo ella con amabilidad.

—No hay de qué —repuso él con la certeza de que debía alejarse de esa mujer cuanto antes.

Capítulo 2

Una hora más tarde, Olivia entró en una de las suites del Chatsfield de Berlín y se quedó con la boca abierta. Estaba claro que esa habitación no era una de las básicas. Un botones le había llevado su maleta y la había dejado en el vestíbulo de la suite.

Cerró la puerta y exploró lentamente las habitaciones. Además del hall de entrada, había una pequeña cocina, un dormitorio y un baño enorme con una impresionante bañera de mármol. Le entraron ganas de darse un baño de burbujas y quedarse allí toda la vida.

Aunque la suite era maravillosa, no pudo evitar sentirse mal. Además de haberle regalado una noche de estancia, esa suite debía de costar cien veces más que la que había reservado ella. No sabía si Ben Chatsfield le proporcionaría ese tipo de servicio a cualquier cliente para contrarrestar un error o si lo había hecho porque se sentía culpable después de meterla a propósito en el cuchitril de habitación al que había llegado esa tarde.

Pero decidió que era mejor no pensar más en ello. El caso era que tenía una habitación fabulosa y que iba a gastar menos dinero de lo que había pensado. Nunca había usado el dinero de su familia para financiar sus sueños y le gustaba poder ahorrar en gastos de ese tipo.

Deshizo la maleta y colgó su ropa en el vestidor. Después, llenó la bañera de agua y burbujas. Se quitó la ropa y se metió lentamente. Estaba en el cielo.

Apoyó la cabeza en el mármol y cerró los ojos. Era increíble, pero seguía sin poder relajarse del todo. Seguía sintiéndose intranquila, pero sabía que no tenía nada que ver con lo que había pasado y mucho con ese hombre.

Le molestaba que Ben Chatsfield tuviera que ser tan atractivo y tan sexy. No le costó nada recordarlo. Podía cerrar los ojos e imaginar su pelo castaño ligeramente desordenado, esos ojos de color avellana tan brillantes, su fuerte mandíbula sin afeitar… Era muy atractivo, pero casi le atraía más su energía. Le había parecido que transmitía una fuerza que apenas podía contener. Algo muy salvaje y muy real.

No pudo evitar echarse a reír. Sabía que Ben Chatsfield nunca estaría interesado en ella y, aunque lo estuviera, no habría sabido qué hacer con un hombre como ese. Había tenido muy pocas relaciones y, además, habían sido muy poco reales y muy poco apasionadas.

Y la verdad era que ella ni siquiera quería tener nada distinto, nada

salvaje o real. De hecho, huía de todo tipo de emociones. Había sido así desde los doce años. Entonces no había conseguido manejar sus sentimientos y eso no había cambiado. Lo cierto era que prefería no hacerlo y había evitado durante años tener algo íntimo, emocional o real con nadie. Y menos aún con alguien como Ben Chatsfield.

Pero, mientras se deslizaba en lo más profundo de la bañera, no pudo evitar preguntarse cómo sería dejarse llevar por las emociones y hacer una locura. Suspirando, se deslizó un poco más en el agua, hasta que las burbujas le llegaron a la nariz. Sabía que no tenía sentido pensar en Ben Chatsfield, que no iba a pasar nada con él. Se iba a asegurar de que así fuera. Esa noche pensaba ponerse su pijama más cómodo y ver alguna película romántica en el enorme televisor del dormitorio. Después, esperaba poder dormir al menos ocho horas.

Al día siguiente iba a tener que enfrentarse a un montón de entrevistas para hablar de su próxima película e iba a tener que estar muy centrada. Sabía que iba a ser un día muy largo, pero no le importaba porque creía que era mucho más fácil ser Olivia Harrington, la actriz, que otra persona. Por ejemplo, ella misma.

Ben apretó los dientes al ver el mohín que le hacía la famosa actriz. Era muy bella, pero también insoportable. Casi tanto como Olivia Harrington.

—Me temo que no puede reservar el vestíbulo —le dijo a la actriz con firmeza.

Ya odiaba bastante ese trabajo como para tener que ceder a los caprichos de esa actriz rubia y tonta. Aunque nunca había estado en Berlín, se había sentido de vuelta al pasado desde que entró el primer día en ese hotel Chatsfield. El tintineo de las copas de cristal en el restaurante, el olor a cuero de los sillones y el de la cera que usaban en los muebles, el timbre de los ascensores… Había sido como volver a su infancia. Recordaba haber esperado a su padre en un vestíbulo como ese, deseando que su progenitor le sonriera y que también sonriera a Spencer.

—Pero sería el lugar perfecto para mi fiesta de cumpleaños —insistió la actriz.

Su voz lo devolvió al presente. Era a la vez un alivio y una molestia. Vio que le dedicaba una sensual sonrisa mientras ponía la mano en su brazo. Aunque era muy atractiva, no estaba consiguiendo nada con su seductora actitud. Con Olivia Harrington, en cambio, le había pasado todo lo contrario.

—¿Por favor? —añadió susurrando mientras agitaba sus pestañas postizas.

—El vestíbulo es un lugar público —respondió Ben quitándole la

mano del brazo—. Tienen que usarlo otros huéspedes para ir a sus habitaciones. Lo siento, pero es imposible. Si quiere reservar uno de nuestros salones, me encargaré de que alguien se los muestre. Le aseguro que el Salón Parisino es impresionante —le dijo mientras hacía un gesto a uno de los recepcionistas.

Se alejó antes de que la actriz pudiera protestar, odiaba tener que componérselas con todos esos problemas y verse obligado a hablarles con una amabilidad que no sentía. Durante catorce años, se había ganado la reputación de ser un hombre muy honesto, casi demasiado. La gente sabía lo que le esperaba cuando visitaban el Ben's Bistro. Pero le había bastado con pasar unos días en un hotel Chatsfield para convertirse en un adulador, lo que Spencer le había pedido que hiciera.

—Muy bien hecho, señor Chatsfield —le dijo el botones que había oído la conversación—. Esa mujer es realmente insoportable. He subido sus ocho maletas y ni siquiera me ha dado propina.

—No me sorprende —respondió Ben.

Sabía que debería haber reprendido al botones por hablar así de un huésped, pero no estaba dispuesto a hacerlo. Creía que los clientes tenían derecho a recibir un buen servicio, pero no hasta el límite de que los empleados tuvieran que perder su dignidad. Sabía que ese botones era cortés con todos los invitados y no le extrañó que necesitara desahogarse.

—Señor Chatsfield —lo llamó alguien.

Se giró y vio que era Rebecca, su asistente personal.

—Está aquí el periodista que quería entrevistarlo para preguntarle por su experiencia durante el festival y cómo es tener a tantas estrellas en el hotel estos días —le recordó la joven.

—¡Es verdad!

No le apetecía hacerlo, pero dejó que la joven lo guiara hasta donde lo esperaba el periodista.

Doce horas más tarde, ya casi a medianoche, por fin pudo relajarse. Se había pasado el día solventando todo tipo de problemas, tratando con insoportables estrellas de cine y calmando a muchas de ellas sin perder los estribos. Llevaba catorce años sin dejarse llevar por su ira, pero esos días le estaba costando mantener la calma. Todo su cuerpo estaba en permanente tensión.

Mientras subía a la azotea para darse un baño en la piscina, se dio cuenta de que había sido un error volver a un hotel Chatsfield, aunque fuera de manera temporal. Había creído que podría lidiar con los recuerdos y las emociones, pero le estaba costando mucho. Suspirando, se puso el bañador en el vestuario masculino y se dirigió a la zona donde estaba la piscina.

Ese lugar era uno de los grandes atractivos del hotel. La piscina era

de tamaño olímpico, estaba acristalada y ofrecía una maravillosa vista panorámica de la ciudad. Siempre le había gustado nadar para relajarse y quemar el exceso de emociones y estrés.

Por suerte para él, la piscina estaba vacía a esas horas y se quedó ensimismado mirando la ciudad bajo el cielo estrellado. Pudo distinguir el palacio de Bellevue, la famosa Columna de la Victoria y el parque Tiergarten, cubierto de nieve. Era la primera vez que estaba en Berlín, pero temía que no iba a tener tiempo para conocer bien la ciudad durante esas semanas.

Después de eso, podría volver a Francia, a su vida.

«¿Y si me pide Spencer que abra un restaurante en cada hotel Chatsfield?», se dijo. Era una pregunta que lo había perseguido durante esos últimos días. La verdad era que ni siquiera estaba seguro de que quisiera hacerlo. No necesitaba el dinero y no le atraía la idea de estar vinculado de esa manera a la empresa familiar. No podía volver al pasado, no quería hacerlo.

Trató de olvidar todas las preguntas que se arremolinaban en su cabeza saltando a la piscina. Se sintió más despejado en cuanto se sumergió en el agua. La tensión que había sentido todo el día en los hombros fue aflojando después de hacer un par de largos. Se dio la vuelta y siguió nadando boca arriba, de manera mucho más lenta mientras contemplaba el cielo y dejaba que su mente se vaciara por completo.

Oyó de repente la puerta del ático y levantó la cabeza. Solo pudo ver un par de tobillos y fuertes pantorrillas yendo hacia la piscina. Alguien parecía haber tenido la misma idea que él.

Se dio de nuevo la vuelta y comenzó a nadar hacia la orilla. Tenía muy claro que sus quince minutos de relajación acababan de terminar.

Estaba solo a un metro del borde de la piscina cuando vio algo de reojo, pero fue demasiado tarde para poder hacer algo al respecto y no tardó en sentir cómo se quedaba sin aliento cuando la mujer que acababa de llegar a la azotea se lanzó al agua directamente sobre él.

Olivia sintió como si acabara de golpear una pared de cemento. Estaba aturdida y no pudo ahogar un grito de dolor. Se había hecho daño en la cabeza por culpa del fuerte impacto y se quedó sin aliento al sentir que unos brazos la sujetaban por los hombros.

—¿Por qué saltas siempre sin mirar? —le preguntó de mal humor una voz masculina.

Parpadeó para poder abrir los ojos y se apartó el pelo de la cara. Fue entonces cuando se encontró con el rostro enfadado y arrogante de Ben Chatsfield. Le brillaban mucho los ojos y tenía las mejillas sonrosadas. A pesar de que aún estaba aturdida, pensó durante un

segundo que parecía una especie de dios de los océanos, una criatura que acababa de salir del agua del mar. Se le fueron los ojos a su torso, pero recobró entonces la cordura y trató de explicarse.

—Pensé que no había nadie en la piscina… —le dijo con dificultad.

Le entró entonces un ataque de tos. Había tragado bastante agua al golpearse con el duro cuerpo de ese hombre.

Un hombre que estaba demasiado cerca como para que pudiera pensar con claridad. Ben la seguía agarrando por los hombros y sus piernas se enredaban con las de ella. El corazón le latía con fuerza por la conmoción del golpe que se había dado y también por algo más. Algo que no quería tener que reconocer. Además, estaba tosiendo demasiado para poder pensar en nada.

Ben murmuró algo en voz baja. Después, le puso un brazo entre las axilas y el pecho y la llevó a remolque hasta el borde de la piscina. La estaba tratando como si estuviera inconsciente.

—No… ¡Espera! —trató de decir ella antes de que le entrara de nuevo la tos.

Ben la sacó de la piscina y se sentó a su lado. Se desplomó contra él y dejó que le pusiera el brazo sobre los hombros. No podía dejar de toser.

Unos minutos más tarde, su tos fue calmándose y pudo respirar profundamente.

—Gracias —murmuró—. Supongo que tragué algo de agua.

—¿Algo?

No entendía por qué, de entre todas las personas del hotel, tenía que haber caído justo encima de Ben Chatsfield. Lo miró tratando de no fijarse en lo atractivo que era, en las gotas de agua que se aferraban a sus largas pestañas y a su barbilla… Bajó los ojos y tragó saliva al ver sus perfectos abdominales.

Apartó la vista y le sonrió débilmente. Ben le devolvió la sonrisa y algo le dijo que no se le había pasado por alto cómo lo había estado mirando ella.

—¿Por qué me has acusado de saltar siempre sin mirar? —le preguntó ella.

—Porque deberías haberte asegurado de que no había nadie en la piscina antes de saltar en ella.

—Pero no te vi… —protestó ella.

Sabía que se había equivocado. Había estado cansada, distraída y de mal humor. El primer día de festival no le había ido bien. Dos medios de comunicación habían anulado sus entrevistas con ella y un tercer periodista había cambiado de opinión en el último momento y tampoco había querido entrevistarla, le había dicho a la cara que Olivia no era lo suficientemente conocida como para que hablara de ella en su periódico. Para colmo de males, se había enterado de que el

director había cortado a la mitad su aparición en *Blue Skies Forever*.

—Además, lo que quería saber es por qué me acusaste de saltar siempre sin mirar. Que yo sepa, es la primera vez que te asalto… —le explicó ella—. Perdón, que salto encima de ti.

—Ya te había entendido —repuso Ben con una media sonrisa al ver que ella se sonrojaba.

Molesta, se apartó un poco de él y Ben le quitó el brazo de los hombros. No pudo evitar estremecerse, echaba de menos el contacto.

—Era una manera de hablar. Me pareció que lo de ayer también fue una especie de salto a lo loco, no te paraste a pensar por qué estabas en esa habitación. Entraste en mi despacho atacándome, dando por supuesto que te puse en ese cuchitril a propósito.

Olivia se cruzó de brazos. Acababa de recordar que llevaba un diminuto bikini rosa. Había olvidado meter en la maleta un bañador deportivo. Cuando hizo el equipaje, se había limitado a meter los atuendos que más le favorecían por si alguien le hacía una foto. Había llegado a Berlín con la ropa de lo que quería ser, una futura estrella de Hollywood.

—Creo que era una suposición normal —le dijo con frialdad—. De hecho, aún no has conseguido convencerme de que no lo hicieras a propósito.

Vio que su comentario había conseguido irritarlo. Parecía fuera de sí y le brillaban los ojos.

Ben se metió de nuevo en la piscina. Después, se volvió hacia ella y la fulminó con la mirada.

—Eres tal y como me había imaginado, una mujer superficial, engreída y con delirios de grandeza. No me extraña que creas que el mundo gira a tu alrededor. En realidad, no me importa en absoluto tu familia y nunca perdería el tiempo tramando algo contra un Harrington, algo tan absurdo como darte un cuchitril de habitación en un hotel donde solo voy a estar trabajando durante dos semanas —le dijo Ben sin dejar de mirarla a los ojos—. Buenas noches.

Olivia se quedó con la boca abierta, no podía hablar. Se limitó a mirarlo mientras Ben se alejaba nadando hasta el otro lado de la piscina. Salió cuando llegó al borde y fue directo al vestuario masculino. Abrió la puerta, entró y cerró después dando un portazo.

Ben sabía que no debería haberle hablado como lo había hecho, pero había sido un alivio poder desahogarse, poder soltar parte de la ira que lo carcomía por dentro. Aunque sabía que gran parte de esa ira no tenía nada que ver con Olivia Harrington. Se quitó el bañador y entró en una de las duchas. Cerró los ojos y dejó que el agua caliente golpeara su cara.

Creía que había sido un poco injusto con ella y temía que Olivia protestara por la manera en la que la había tratado. Sabía que podría hablar de ellos con la prensa y crear un escándalo.

Frustrado, apoyó la cabeza contra las baldosas de mármol y maldijo entre dientes.

«¿En qué estaba pensando?», se dijo.

La verdad era que no había estado pensando, se había limitado a reaccionar de esa manera por culpa de la tensión que había ido acumulando durante el día. Y estar tan cerca de Olivia Harrington había sido demasiado. No podía olvidar su cuerpo, el traje de baño con el que la había visto ni el hecho de que había podido adivinar la forma de sus pezones bajo la fina tela del bikini. Si a eso añadía el trauma que le producía verse de vuelta en un Chatsfield, era más de lo que había podido soportar…

Por eso había hablado sin pensar. Había sido agradable desahogarse, pero no quería ni imaginarse las posibles repercusiones que podían tener sus palabras. Se dio cuenta de que iba a tener que disculparse. No sabía si le iba a servir de algo, pero debía al menos intentarlo.

Salió de la ducha y se cubrió con una toalla. Se vistió rápidamente y salió a la piscina, pero ya no había nadie allí.

Olivia se había quedado donde estaba, sentada al borde de la piscina, durante un buen rato. No pudo dejar de temblar mientras recordaba las palabras de Ben. Seguía con la boca abierta. Era la primera vez que alguien le hablaba de esa manera. Exceptuando a algunas compañeras del colegio, pero entonces no le habían afectado tanto sus insultos, había estado completamente centrada en lo que le consumía por dentro, ver a su madre apagándose poco a poco.

En cuanto a lo que le había dicho Ben… Le habría encantado ignorar sus palabras. No podía dejar que le afectara lo que había dicho ni el desprecio que había visto en sus ojos.

Creía que se equivocaba. No era engreída ni superficial. En cuanto a lo de los delirios de grandeza… Era una actriz, tenía que ser una mujer segura y aspirar a ser la mejor. Además de cuidar su aspecto físico.

Soltó de golpe el aire que había estado conteniendo y se puso en pie. Fue al vestuario femenino y se cambió. Creía que quizás hubiera exagerado un poco con lo de la habitación, pero le seguía costando pensar que no lo hubiera hecho a propósito. Dudaba que ese cuarto apareciera siquiera como habitación en el sistema de reservas del hotel. Pero Ben le había dado una estupenda suite y alojamiento gratuito durante una noche, así que…

Supuso que podía demostrarle que era una persona razonable disculpándose por haberle acusado y dándole la oportunidad de que le pidiera perdón por sus insultos.

Volvió a su habitación mucho más tranquila.

Seis horas más tarde, ya estaba levantada y lista. Se había puesto un vestido lila con la cintura ceñida y falda acampanada. Se dejó el pelo suelto sobre los hombros. El maquillaje era sencillo, natural, y solo llevaba una pulsera de plata y el colgante con un corazón de plata que la acompañaba siempre. Se lo había dado su madre poco antes de morir. Le pareció que estaba guapa y que tenía un aspecto profesional. Esperaba conseguir más entrevistas ese día.

Desayunó un café y algo de fruta y fue después hacia la zona de recepción con el objetivo de encontrar a Ben. Eran las siete y media de la mañana, pero vio que ya estaba en su despacho, con la vista perdida en el ordenador mientras se pasaba la mano descuidadamente por el pelo.

No pudo ignorar la atracción que sintió en ese momento, pero sabía que no podía pensar en eso. Iba a pedirle disculpas, demostrándole así que no era una mujer superficial, y a aceptar las de él.

Después, no quería tener que volver a verlo.

—Hola.

Ben levantó la vista y entrecerró los ojos al ver quién era.

—Por favor, dime que no tienes un problema con tu suite.

—No, claro que no, la suite es increíble —repuso ella tratando de mantener la calma.

Le estaba costando hablarle, era como si no supiera cómo tener una conversación normal con ese hombre. La miraba sin moverse, pero podía percibir que estaba conteniendo esa energía casi salvaje que parecía emanar de él sin que pudiera hacer nada por evitarlo

—Me cuesta creer que estuviera disponible, pensaba que estaba todo ocupado por el festival.

Ben apretó los labios un segundo y miró la pantalla de su ordenador.

—Esa no lo estaba.

Olivia se irguió y le dedicó su sonrisa de agradecimiento, la que había ensayado tantas veces frente al espejo. Soñaba con poder usarla algún día para agradecer su primer Óscar.

—Bueno, he venido para darte las gracias por la suite, supongo que no sería fácil encontrarme alojamiento estos días y siento también haberme precipitado al pensar que lo de la otra habitación no hubiera sido un simple error —le dijo sin dejar de sonreír.

—De nada —repuso él—. Ahora ya sé lo que ocurrió. Estamos remodelando esa zona del hotel y alguien en recepción le dio esa habitación a un huésped bastante desagradable que tuvimos hace

poco. Por eso esa habitación aparecía en el sistema y otra persona la reservó para ti pensando que ya había sido remodelada. Pero como pudiste ver, no es así.

Olivia asintió con la cabeza. Le pareció una excusa creíble. Tenía que reconocer que había reaccionado de manera exagerada, pero le dolía que él no sintiera la necesidad de disculparse por su letanía de insultos de la noche anterior. Estaba lista para darse la vuelta y salir de allí decepcionada cuando su voz la detuvo.

—Siento haber perdido los estribos anoche. No debería haber ocurrido. No debería haberte insultado. Por favor, acepta mis disculpas —le dijo Ben con dificultad.

—Disculpa aceptada —repuso ella sonriendo—. Lo de los delirios de grandeza fue lo peor.

Ben la sorprendió sonriendo y le pareció que se relajaba un poco.

—Sí, pensé que eso era lo que más te iba a molestar.

—Pues acertaste.

—Lo siento.

Olivia le dedicó una sonrisa aún mayor mientras se preguntaba si estarían coqueteando. Tenía la sensación de que lo estaban haciendo y era… era muy raro, pero también bastante excitante.

—Solo por curiosidad —le preguntó ella—. ¿Por qué estaba disponible una de las suites más grandes del hotel? No tuviste que echar a nadie por mi culpa, ¿verdad?

Ben vaciló unos segundos antes de contestar.

—No.

—Entonces, ¿estaba vacía?

—No exactamente.

—Me da la impresión de que estás evitando contestarme.

Ben se encogió de hombros.

—Era la suite en la que me alojaba yo —admitió él.

Olivia se quedó con la boca abierta y se sintió muy mal al ver que lo había echado de su suite.

—¿Dónde estás ahora?

—Adivínalo —contestó Ben mirándola a los ojos.

—No…

—Pero me he encargado de que cambiaran la ropa de cama, por supuesto.

Estaba desconcertada. No se podía creer que se alojara en ese diminuto cuarto. Además, solo se lo había dicho porque ella había insistido en preguntarle. Su sacrificio hizo que se sintiera tan engreída y superficial como Ben le había dicho que era.

—Gracias —le dijo una vez más.

Ben se limitó a mirarla con esa expresión inescrutable que ya había visto a menudo. Su mirada le recordó a la de un tigre o una pantera.

Pero sabía que era mejor no dejarse llevar por la fantasía. Se dio cuenta de que Ben estaba esperando a que se fuera. Y así lo hizo, saliendo de su despacho con una inquietante mezcla de alivio y decepción.

Una hora más tarde, Olivia estaba centrada en la entrevista que le estaban haciendo, respondiendo preguntas sobre la película que iba a empezar a rodar. Casi había conseguido quitarse a Ben de la cabeza. Se sintió bien, muy relajada y profesional. Estaba satisfecha. Al menos hasta que la periodista le hizo una pregunta que la dejó desconcertada.

—¿Qué puede comentarme sobre su relación con Ben Chatsfield?

Se quedó sin aliento y perdió de inmediato la sonrisa. No entendía por qué le hacía esa pregunta. Tras unos segundos interminables, su cerebro por fin volvió a funcionar.

—No voy a hacer ningún comentario —le dijo secamente.

—¿Ni siquiera va a hacer un comentario sobre esta foto? —le preguntó la mujer con una cruel sonrisa mientras le mostraba una revista.

Olivia no se lo podía creer. Un paparazzi les había hecho una foto en el peor momento posible, cuando Ben la sujetaba por los hombros en la piscina. Tenía la cara cerca de la de ella como si estuviera a punto de besarla cuando, en realidad, había estado echándole en cara que saltara sin mirar.

Y vio que había otras fotos. En una, estaban sentados juntos en el borde de la piscina y Ben tenía el brazo sobre sus hombros. Olivia se había estado recuperando entonces de un ataque de tos, pero parecía como si se estuvieran abrazando.

El famoso chef Ben Chatsfield en comprometidas fotos con una joven actriz, decía el titular.

Le dolió que ni siquiera supieran quién era ella, no pudo evitarlo. Pero se tragó su resentimiento y miró a la mujer con una dulce sonrisa.

—Como le he dicho antes, no voy a hacer ningún comentario.

Le pasó lo mismo con el resto de las entrevistas. Todos le preguntaron muy por encima por su película para pasar directamente al tema que de verdad les interesaba, su relación con el famoso chef. Aunque en la revista no dieran su nombre, al menos esos periodistas la habían reconocido.

A todos les contestó con las mismas palabras, no iba a hacer comentarios. Fueron horas agotadoras y muy estresantes. Durante su última entrevista esa tarde, cuando un hombre gordo y calvo de una revista del corazón le preguntó que qué creía que Ben Chatsfield había visto en ella, se quedó con la boca abierta. Le pareció una pregunta insultante. Tanto que estalló.

—La verdad es que Ben y yo hemos estado saliendo desde que la cadena Chatsfield trató de hacerse con los hoteles Harrington —replicó enfadada sin poder morderse la lengua—. Somos una especie de Romeo y Julieta modernos, ¿no le parece?

Y, sin esperar respuesta, salió de la habitación y su agente, Melissa, fue tras ella.

—Eso sí que les dará algo de lo que hablar —le dijo con satisfacción—. No sabía que estuvieras saliendo con Ben Chatsfield. ¡Te va a dar una publicidad estupenda!

Olivia se quedó paralizada al oír sus palabras, pero no se volvió para mirarla. Estaba horrorizada al darse cuenta de repente de lo que acababa de hacer.

—No estoy con él —susurró.

—¿Qué has dicho?

—¡Que no estamos juntos! —exclamó girándose para mirarla—. Lo dije porque ese periodista era un impertinente, pero seguro que nadie le hace caso. Son los típicos chismes de Hollywood. Dentro de un par de días ya nadie se acordará de lo que han leído, ¿no te parece?

Melissa frunció el ceño y se quedó callada. Olivia cada vez estaba más preocupada.

—Pero acabas de confirmar tu relación —le recordó su agente—. No se trata solo de un rumor, Olivia. Es un hecho confirmado por la principal fuente, una de las protagonistas de la noticia.

Olivia se sonrojó al oírlo, lamentó haber reaccionado como lo había hecho con el periodista. No entendía por qué había dicho algo así, pero había estado tan harta de que nadie la tomara en serio como actriz… Se había pasado todo el día soportando preguntas sobre Ben Chatsfield.

—Bueno, podría explicarle a la gente que lo dije porque estaba molesta…

Dejó de hablar al ver que Melissa sacudía la cabeza.

—No, eso arruinaría tu imagen. Te verían como a una mujer inestable que ni siquiera es capaz de controlar lo que dice en público. Además de confirmar que mentiste, claro.

Recordó entonces lo que le había dicho Ben. La había acusado de saltar sin mirar. Nunca se había visto como una mujer impetuosa. De hecho, había planeado su carrera de actriz de la manera más racional posible, pero durante las últimas veinticuatro horas no había mostrado demasiado sentido común. Estaba estresada.

Además del festival, su hermana Isabelle trataba de presionarla para que le vendiera sus acciones. No tenía interés alguno en la empresa, pero tampoco quería alejarse por completo de los negocios de su familia. Lo que más le importaba en ese momento era la película en la que quería participar, aunque aún no tenía ningún contrato firmado.

Sabía que ese trabajo iba a tener la capacidad de lanzarla o hundir para siempre su carrera. Y, hasta ese momento, no había estado centrada, no le extrañó que Ben no tuviera un buen concepto de ella. Y eso solo iba a empeorar cuando se enterara de lo que acababa de hacer.

—Está claro que he cometido un error —le dijo a Melissa—. ¿Cómo puedo arreglarlo?

—No estoy segura. ¿Qué relación tienes con Ben Chatsfield, Olivia?

—Ya te he dicho que no tengo ninguna…

—Entonces, ¿por qué estabais juntos en la piscina del hotel?

—Fue un accidente.

—¿Un accidente?

—Sí, salté sin mirar —le explicó Olivia—. Y no es una metáfora, es lo que hice.

Melissa sonrió brevemente cuando le explicó lo que había pasado, pero después suspiró y frunció el ceño de nuevo.

—Creo que lo mejor que podemos hacer, al menos de momento, es seguir con la farsa y hacer creer a todo el mundo que estás con Ben Chatsfield. ¿Crees que podrás conseguir que te siga el juego?

—Bueno… Sí, supongo que sí —mintió Olivia.

—Al menos hasta que termine la Berlinale y te den ese papel en la película. Después, puedes decirle a la prensa que ya no estáis juntos.

—Muy bien, de acuerdo —susurró.

Pero sabía que Ben no iba a querer participar en esa farsa. Podía imaginarse su mirada de incredulidad cuando le explicara lo que quería que hiciera por ella. Y creía que no solo iba a mirarla con incredulidad, sino también con desdén. Estaba segura.

—Después de todo, sois amigos, ¿verdad? —le preguntó Melissa—. Lo hará por ti, ¿no?

Olivia sonrió alegremente, como si no estuviera preocupada. Después de todo, era actriz.

—¡Por supuesto! —repuso—. Somos uña y carne. No me costará convencerlo.

Capítulo 3

Has visto la prensa?

Ben frunció el ceño al oír la voz de Spencer al otro lado de la línea telefónica.

—¿La prensa? No. He estado demasiado ocupado tratando de encontrar un alojamiento adecuado para el caniche de una de las actrices.

—Tenemos un acuerdo con una residencia canina para esos casos —respondió Spencer.

—Me habría encantado saberlo hace dos horas —repuso Ben con impaciencia—. ¿Qué es lo que se supone que debería haber visto en la prensa?

—Tu foto.

—¿Qué?

Aunque sabía que los medios de comunicación lo habían bautizado como un chef famoso, se las había arreglado para mantener un perfil bajo desde que abrió su primer restaurante. Ni quería ni necesitaba más publicidad, prefería que su comida hablara por él.

No tenía ni idea de por qué estaría en la prensa ese día.

—La prensa habla de ti y de una de las herederas Harrington —le aclaró Spencer.

—¿Una de las…? ¿Te refieres a Olivia? —preguntó aturdido Ben.

—Sí, a Olivia —le espetó Spencer—. ¿Cuándo pensabas decirme que estás saliendo con ella?

—¿Que estoy qué?

Fue entonces Ben el que elevó la voz. Rebecca lo miró con curiosidad desde su despacho, contiguo al de él. Confuso y enfadado, se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No estoy saliendo con ninguna Harrington. Y menos aún con Olivia —le aseguró con firmeza—. Y, si estuviera con ella, tampoco tendría por qué darte ninguna explicación.

—Entonces, ¿es verdad que…?

—No —lo interrumpió Ben con impaciencia—. Solo estoy recordándote que no soy tu empleado, Spencer. Te estoy haciendo un favor y mi vida personal no es asunto tuyo.

Su hermano se quedó en silencio durante unos segundos.

—Muy bien —le dijo a regañadientes—. Pero la prensa asegura que estás con ella y que eso puede afectar a las negociaciones…

—La prensa se equivoca —respondió Ben.

—Es que ha sido la propia Olivia la que lo ha confirmado —le explicó Spencer.

Sus palabras lo dejaron sin aliento y apretó con fuerza el teléfono.

—¿Qué?

—Concedió una entrevista esta tarde y le dijo al periodista que habéis estado juntos desde que la cadena Chatsfield trató de hacerse con los hoteles Harrington.

Ben no se lo podía creer. Supuso que era la venganza de Olivia por lo que él le había dicho la noche anterior y que sus disculpas de esa mañana habían sido puro teatro. Pero le parecía increíble que hubiera decidido contarle a la prensa que estaban juntos. No entendía nada. No sabía si estaría tratando de avergonzarlo o de sacarlo de sus casillas, pero estaba fuera de sí. Respiró profundamente para controlar la oleada de ira que comenzaba a dominarlo.

—No sé por qué habrá dicho eso —le dijo a Spencer—. Apenas conozco a esa mujer.

—¿Apenas? —repitió su hermano con algo de escepticismo.

—Sí, eso es lo que te he dicho. Y no me gustan tus preguntas. La conocí cuando entró enfadada en mi despacho y me acusó de haberla puesto en una diminuta y horrible habitación a propósito, de que lo había hecho porque ella era una Harrington.

—¿Y era verdad?

Ben se levantó de su sillón y comenzó a dar vueltas por el despacho para tratar de liberar parte de la energía que hervía en su interior.

—¿A ti qué te parece? Ya te he dicho que no tengo ningún interés en las negociaciones con los Harrington. No me podría importar menos lo que hagas con la empresa. Así que no, no traté de vengarme de una mujer a la que ni siquiera conocía. Y no quiero hablar más del tema.

—Lo siento —le dijo Spencer en voz baja.

Ben tuvo la inquietante sensación de que Spencer se estaba disculpando por otra cosa, que no estaban hablando solo de lo que había pasado con Olivia Harrington.

Se dejó caer de nuevo en el sillón y respiró profundamente. Oyó que Spencer suspiraba.

—No sabes cuántos problemas hemos tenido durante las negociaciones y ahora todo está en el aire. No puedo dejar que los Harrington se enfaden ni podemos quedar como idiotas.

—No sé qué tiene eso que ver conmigo —repuso Ben.

—Si niegas lo que ha dicho Olivia y la dejas por mentirosa en la prensa, se complicarán mucho las cosas. Afectaría a la imagen de las dos familias.

—¿Por qué? ¿Cómo podría perjudicarnos a nosotros? Ella es la que

ha mentido.

—No has visto las fotos, ¿no?

Ben sintió que se le aceleraba el pulso y tuvo que respirar profundamente para calmarse.

—Han sacado fotos en las que estáis juntos en la piscina del hotel. Son bastante elocuentes.

Recordó entonces que le había pasado la mano por los hombros cuando le dio un ataque de tos. Tampoco se le había olvidado la sensación de tener sus largas y delgadas piernas enredadas con las suyas bajo el agua ni la presión de sus pechos contra el brazo cuando la remolcó hasta el borde de la piscina.

—No, no he visto las fotos, pero confía en mí, no pasó nada. Había tragado un poco de agua y la ayudé a…

—¿Tuviste que rescatarla? —lo interrumpió Spencer con sarcasmo.

Ben hizo una mueca. Supuso que su excusa no sonaba muy creíble, aunque fuera la verdad. Más o menos. Porque, aunque no había pasado nada entre ellos, tenía que reconocer que se sentía muy atraído hacia ella. Le había costado conciliar el sueño, no había dejado de pensar en Olivia y en ese pequeño bikini con el que la había visto.

Sacudió la cabeza. Creía que llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —le preguntó.

—Por alguna razón, Olivia Harrington ha confirmado que estáis juntos. A lo mejor le gustas.

A él le costaba creerlo. Pero, por otro lado, quizás no hubiera sido fruto de su imaginación la tensión sexual que había sentido entre ellos la noche anterior. Lo que tenía claro era que no iba a hacer nada al respecto. No se veía capaz de tener una relación seria con nadie y una breve aventura con alguien como Olivia Harrington no le parecía buena idea.

—Creo que deberías seguirle el juego hasta que termine el festival y firmemos el acuerdo.

—¿Quieres que finja que estamos juntos? —le preguntó Ben con incredulidad.

—Sí —repuso Spencer—. Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que es la única solución.

—No.

—Ben. este acuerdo es crucial para mí y el tío Gene cree que ya casi lo tenemos…

—¿Y por qué está tan seguro?

Spencer suspiró antes de contestar.

—Porque eso es lo que le dije yo. El inepto de John Harrington me aseguró que iban a firmar y ahora estoy en un aprieto —le confesó Spencer—. Ayúdame, Ben. Por favor.

—Ya te estoy ayudando —le recordó Ben—. Esto es peor de lo que creía. No estoy dispuesto a hacer nada más por el bien de la empresa. Esto no va conmigo.

—Y ¿qué pasa con nuestra familia? —le preguntó Spencer en voz baja—. ¿Estarías dispuesto a hacerlo por tu familia, Ben?

—Esto no tiene nada que ver con la familia…

—Claro que sí, lo que le pase a la empresa afecta a la familia y viceversa —le aseguró su hermano rotundamente—. Aunque no te guste, sabes que es así, Ben. Los éxitos y fracasos de una afectan a la otra.

—No me parece que nuestra familia pueda considerarse un éxito.

—Lo sé.

Los dos se quedaron unos segundos en silencio, recordando la ira y el dolor de su infancia. Las discusiones, los insultos, la impaciencia de su padre, el silencio de su madre… Las mentiras.

—Esto es todo lo que tengo —le dijo Spencer en voz baja—. He entregado mi vida a la empresa. Es mi familia. Equivocado o no, eso es lo que he hecho.

Ben no respondió. No se le había pasado por alto el dolor que había en la voz de Spencer. Él también se había concentrado por completo en su empresa. Era la manera en la que había conseguido llenar el vacío que había en su vida, era todo lo que tenía.

—De acuerdo —repuso finalmente—. Lo haré. Pero no me pidas nada más, Spencer.

—No lo haré.

Ben colgó y se quedó con la vista perdida durante unos segundos, recordando su infancia mientras trataba de controlar los sentimientos de ira y resignación. En lo que prefería no pensar era en lo que acababa de prometerle a su hermano, iba a tener que fingir que era el novio de Olivia Harrington.

Olivia cruzó deprisa el vestíbulo con las gafas de sol puestas y la cabeza inclinada. Había tenido la suerte de no ver a Ben desde que hiciera la famosa entrevista y logró llegar a los ascensores sin encontrarse con nadie. Necesitaba tiempo para pensar en la conversación que tenía pendiente con Ben.

Se abrió el ascensor y entró rápidamente, suspirando aliviada al ver que estaba vacío. Le dio al botón de su planta y estaban ya cerrándose las puertas cuando una mano se introdujo entre ellas y provocó que se abrieran de nuevo. Se aplastó contra la pared opuesta al ver quién era.

—Bueno… —le dijo Ben mirándola con los ojos entrecerrados—. ¡Qué casualidad!

Consiguió sonreír a pesar de todo. Tenía un nudo en el estómago. Y

esa no era la única parte de su cuerpo que reaccionaba al verlo. A pesar de las circunstancias y de que Ben parecía muy enfadado, le seguía pareciendo tan sexy… Llevaba el pelo algo despeinado, como si acabara de levantarse, barba de tres días y los hoyuelos… Respiró profundamente y trató de calmar sus revolucionadas hormonas.

Fuera o no atractivo, iba a tener que tratar con él, sobre todo si quería convencerlo para que le siguiera el juego y fingiera ser su novio durante los siguientes diez días.

—Sí, el mundo es un pañuelo —repuso Olivia con aparente tranquilidad.

Esperaba que Ben no pudiera percibir lo nerviosa que estaba. Siguió mirándola con atención mientras cruzaba los brazos sobre su impresionante torso. Era una tortura casi insoportable.

—No habrás estado tratando de evitarme, ¿no? —le preguntó Ben mientras subía el ascensor.

Olivia abrió los ojos fingiendo inocencia.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Por lo que dijiste esta tarde. Por eso.

Se quedó sin saber qué decir durante unos segundos, tratando de decidir qué papel jugar. Podía coquetear con él o ser sincera y disculparse. No sabía cuál de las dos opciones sería mejor.

—¿Te has quedado sin palabras? —le preguntó Ben con cinismo—. ¿O acaso estás pensando en una buena excusa para lo que has hecho?

Se dio cuenta de que era mejor ser sincera. No le quedaba más remedio.

—Me temo que hablé sin pensar.

Ben apretó los labios, no parecía satisfecho con su explicación.

—¿Seguro? ¿Pretendes hacerme creer que no fue una venganza que le contaras a la prensa que estamos saliendo?

Abrió la boca, pero no dijo nada. Se abrieron las puertas, pero ninguno de los dos se movió.

—Este es mi piso —susurró ella.

—Lo sé, antes era el mío.

—Es verdad —repuso Olivia tragando saliva—. ¿Te gustaría entrar para que podamos hablar de esto de manera tranquila y razonable? —le sugirió con una tímida sonrisa.

—Me encantaría —repuso Ben con una sonrisa que le hizo pensar en un peligroso tiburón.

Olivia fue hacia la puerta con nerviosismo. Era muy consciente de que Ben la seguía hasta la suite. Casi podía sentir sus ojos en la piel. Abrió con algo de torpeza la cerradura electrónica y entró en el vestíbulo de la suite, estaba muy nerviosa. Respiró hondo y se giró para mirarlo con una sonrisa.

—Sé que esto es difícil e incómodo. Y soy consciente de que ha sido

culpa mía.

—¡Vaya! ¡Qué alivio! —repuso Ben con sarcasmo mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba contra el marco de la puerta del salón. Podía sentir su tensión, estaba muy enfadado.

—No lo conté a modo de venganza —le aseguró—. Sería absurdo que lo hubiera hecho para vengarme. Te bastaría con negarlo y dejarme ante todos como una idiota que ha mentido a la prensa porque está enamorada de ti o algo así.

Ben asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—Bueno, ¿recuerdas que me acusaste ayer de saltar sin mirar? —le preguntó ella—. Me temo que eso es lo que pasó esta tarde.

—¿Me estás diciendo que se te escapó que éramos novios? ¿Cómo surgió el tema? No entiendo.

—¿No has visto las fotos?

Vio que apretaba los labios con frustración y que negaba con la cabeza.

—No, aún no.

—Aquí tengo la revista —repuso ella sacándola del bolso y mostrándosela.

Después, se dio la vuelta. No quería tener que ver esas fotos de nuevo. Isabelle la había llamado furiosa al ver la revista.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le había preguntado su hermana—. ¡Es un Chatsfield!

—No estamos juntos, Isabelle —le había explicado Olivia—. No es lo que parece. Además, no me hables de nuestra familia y de la de ellos como si fuéramos Romeo y Julieta. No creo que sea para tanto. Tú eres la que te empeñas en enfrentarte a ellos, no yo.

—Entonces, ¿no te importaría que se hicieran con nuestra empresa familiar?

Había estado a punto de decirle que quizás fuera lo mejor, que tal vez así Isabelle pudiera ser feliz y dejar de obsesionarse con esa lucha. También a ella le gustaría que su familia no estuviera tan preocupada con los hoteles. Habían puesto la empresa por encima de todo lo demás y no le gustaba que lo hicieran.

—Lo único que digo es que deberíamos tranquilizarnos todos un poco —le había dicho Olivia.

—Estoy muy tranquila, pero hay que solucionar esto, Olivia. No quiero este tipo de publicidad en estos momentos, ¿de acuerdo?

—Yo tampoco —había respondido ella.

Le había molestado que su hermana ni siquiera le hubiera preguntado cómo le estaba yendo en el festival. A nadie de su familia parecía importarle su carrera de actriz. No la tomaban en serio, pero estaba dispuesta a demostrarles de lo que era capaz. Y quería además

honrar la memoria de su madre, aunque sabía que no podía reescribir la historia ni arreglar los errores del pasado.

Pero creía que al menos podía orientar su vida para no volver a cometer los mismos errores.

—¿Cómo ha podido pasar? —le preguntó Ben de repente tirando la revista a la mesa que tenía más cerca—. Estábamos en una zona privada, en la piscina de una azotea… —murmuró mientras comenzaba a dar vueltas por el salón como un animal enjaulado.

—Supongo que han usado una cámara con teleobjetivo desde otro edificio —respondió ella.

—Me parece mucha casualidad que hubiera allí un paparazzi preparado a esas horas.

—¿Me estás acusando de haberlo organizado para que nos hicieran las fotos? ¿Por qué iba a hacer algo así? —le preguntó muy ofendida.

—¿Por qué iba yo a meterte en un cuchitril de habitación a propósito? —replicó Ben.

—Ya me disculpé contigo por haberte acusado de ello —respondió cansada.

Ben se quedó mirándola un segundo, pero vio que después se relajaba su rostro y su cuerpo, como si la ira lo hubiera abandonado de repente. Se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Y yo te pedí disculpas por las cosas que te dije anoche.

—¿Te refieres a lo de engreída, superficial…?

—Sí, a eso.

—Muy bien. Entonces, ya nos hemos disculpado mutuamente y creo que podemos estar de acuerdo en que ninguno de los dos está intentando hacerle daño al otro, ¿no?

Ben la miró con recelo, pero al final asintió con la cabeza.

—No, supongo que no —le dijo.

—En cuanto a lo que ha pasado con las fotos… Tengo que pedirte un favor —comenzó ella—. Sería bastante complicado y malo para mi imagen el tener que admitir que cometí un error al decir que estábamos juntos.

—Admitir que mentiste —la corrigió Ben.

Olivia trató de contener su irritación y se limitó a sonreír.

—Supongo que vas a pedirme que siga con esta farsa de relación durante un tiempo, ¿no? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que termine el festival?

—Eso sería fantástico —repuso ella con algo de suspicacia.

Le había costado muy poco convencerlo y algo le decía que no se lo iba a poner tan fácil.

—Estoy a punto de conseguir un importante papel en una película y esto me podría perjudicar.

—¿Qué tiene que ver tu vida personal con tu trabajo en una

película?

Olivia se encogió de hombros.

—Todo. Así son las cosas en Hollywood. Además, se trata de una película seria, con posibilidades de ganar premios. No quieren a una actriz que salga en fotos así y que después mienta a la prensa.

Ben ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué supondría para mí el seguirte el juego?

—No mucho, de verdad —le aseguró Olivia rápidamente—. Un par de apariciones en público… Mañana por la noche, por ejemplo, tengo que ir a un estreno. La gente espera que vayamos juntos. Después, supongo que podríamos ir otro día a una fiesta o a cenar. Algo así.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Como está claro que no soportarías la idea de pasar más tiempo conmigo del necesario, no voy a obligarte a hacerlo —le dijo tratando de añadir una nota de sarcasmo a su voz.

—Bueno… Supongo que podría hacerlo.

—¿De verdad?

No había esperado que se lo pusiera tan fácil. Había creído que no iba a estar dispuesto a ayudarla a salir del lío en el que se había metido ella misma.

—Sí, ya te he dicho que sí, aunque no me hace gracia engañar a la gente.

—Bueno, te agradezco mucho tu ayuda y tu comprensión. De verdad, gracias.

—De nada. Supongo que no será muy difícil hacerlo —contestó Ben sin dejar de mirarla.

Sin poder evitarlo, ella se sonrojó.

Miró a Ben y le sorprendió ver una especie de fuego en sus ojos. Sintió que le costaba respirar y el aire se había hecho más espeso, había más tensión que nunca entre ellos dos. Tensión sexual. Se dio cuenta entonces de que esa pequeña farsa iba a ser más peligrosa de lo que había previsto. Ese hombre le tentaba demasiado.

—Bueno… —comenzó ella carraspeando—. ¿Podrás ir al estreno de mañana por la noche?

—Supongo que no me queda más remedio. ¿Qué voy a tener que hacer?

—Llegaremos juntos a la alfombra roja y posaremos para los fotógrafos, por supuesto —le dijo—. Para eso vamos juntos, para que nos hagan esas fotos —añadió al ver que no le gustaba la idea.

—De acuerdo.

—Tenemos que mostrarle al público…

—Que estamos saliendo. Sí, lo entiendo —la interrumpió Ben—. Como ya te he dicho antes, no me gusta engañar a la gente. Eso es todo.

Supuso que, si tanto odiaba las mentiras, sentiría verdadera repugnancia por el tipo de trabajo que hacía ella. Estaba claro que tenían muy poco en común.

—Como te decía, nos harán un par de fotos, veremos la película y después habrá una fiesta. Pero no tenemos por qué quedarnos mucho tiempo —le aseguró.

Aunque lo cierto era que a ella le vendría muy bien esa fiesta para codearse con otros actores y directores, hablar con ellos y darse a conocer. Era algo fundamental para su carrera.

—De acuerdo —le dijo él una vez más.

Olivia tragó saliva. Aunque fuera a ser una farsa, no pudo evitar imaginarse cómo sería salir con ese hombre, sentirse entre sus brazos o que la besara, cómo sería sentirse atrapada entre su duro cuerpo y una pared, sintiendo contra ella sus músculos y su pasión.

Se ruborizó de nuevo, no pudo evitarlo. Lo miró a los ojos. Él también la observaba con intensidad. La fuerza de su mirada hizo que sintiera la necesidad de apartarse de él. Trató de recordar que era un hombre peligroso para alguien que no tenía relaciones sentimentales ni aventuras amorosas. Alguien que estaba completamente centrada en su carrera y en nada más. Pero, por mucho que su mente tratara de recordárselo, su cuerpo no la escuchaba.

—Bueno, hasta mañana —susurró entonces con dificultad.

Ben asintió, se dio la vuelta y salió de su habitación.

Capítulo 4

Olivia se quedó mirando su reflejo en el espejo. Llevaba un maquillaje sencillo. Solo se había puesto delineador de ojos y un pintalabios natural. Había ido esa tarde a la peluquería y su melena caía en ondas perfectas sobre sus hombros. Era una pena que estuviera lloviendo. En cuanto a su vestido, esperaba que hubiera acertado. Se movió frente al espejo para comprobar que el escote no se movía demasiado. El vestido era plateado y tenía una falda con bastante vuelo. Quería ofrecer una imagen sexy, pero también profesional. Era complicado, pero creía haberlo conseguido con ese vestido. Se puso unos zapatos de tacón de aguja que también eran plateados y se giró una vez más frente al espejo.

Abrió su bolso de fiesta para comprobar que lo tenía todo. Había guardado allí un pintalabios, pañuelos, la llave del hotel, una tarjeta de crédito y el teléfono.

Estaba tan nerviosa que se le pasó por la cabeza abrir una botellita de whisky del minibar, pero el alcohol siempre se le subía a la cabeza y esa noche necesitaba estar en plenas facultades. Después de todo, iba al estreno de la primera película en la que tenía un papel importante. Veinte líneas de texto no eran mucho, pero iba a pasar bastantes minutos en pantalla. La gente iba a verla y, si todo iba bien, la esperaba un papel mucho más importante en la siguiente película. Estaba deseando poder demostrarle a su familia, y a ella misma, que había tomado la decisión correcta, que su esfuerzo había valido la pena. Por eso era tan importante que todo el mundo creyera que estaba con Ben y que no descubriera que había mentido.

Estaba pensando en eso cuando sonó el timbre de su suite. Abrió la puerta con una sonrisa, pero se quedó sin aliento al ver a Ben. Llevaba un traje gris de seda que parecía hecho a medida para resaltar su increíble físico. No llevaba corbata y se había desabrochado el primer botón de su camisa blanca. No podía dejar de mirarlo, estaba guapísimo. Sabía que tenía que apartar la vista, que no podía dejar que viera cuánto le atraía.

—Estás… —comenzó ella—. Estás muy guapo. ¡Y vamos a juego!

Ben la miró de arriba abajo y sintió entonces que su vestido era demasiado corto y sexy.

—Tú también. También estás muy guapa —le dijo a trompicones.

Era como si le costara elogiar a la gente, pero se había visto

obligado a ser sincero y decírselo. Olivia no pudo evitar sonreír.

—Gracias —repuso agarrando su bolso y saliendo.

—¿No llevas abrigo? Hace mucho frío.

—Tengo que lucir en la alfombra roja. No quedaría bien que me pusiera encima un abrigo.

—Pero podrías dejarlo en el coche.

—Pensé que iríamos en taxi…

No podía permitirse otra cosa. Ese festival ya le estaba resultando muy caro.

—Entonces, menos mal que se me ocurrió alquilar una limusina —le dijo Ben.

—¿En serio?

Ben se encogió de hombros.

—Si tenemos que hacerlo, prefiero hacerlo bien —le aseguró él.

—Vaya, es todo un detalle —le dijo con sinceridad.

Sabía que no quería ir ni tener que fingir, pero le conmovió que fuera tan considerado.

—No es para tanto —repuso él encogiéndose de hombros una vez más.

Olivia se puso su abrigo y salieron de la suite. Le encantó tenerlo sobre sus hombros cuando salieron a la calle. La noche era muy fría y vio que era aguanieve y no lluvia lo que caía del oscuro cielo.

—No entiendo por qué Berlín celebra su festival de cine en febrero —le dijo.

—Estoy de acuerdo —repuso Ben mientras le abría la puerta de la limusina que los esperaba frente al hotel.

Olivia no pudo evitar sentir un estremecimiento al darse cuenta de que iba a llegar al estreno en una limusina y que iba a pasar toda la noche cerca de Ben. Podía oler su masculina y especiada colonia. Era muy agradable y sensual.

—Me dijiste el otro día que solo estás trabajando en el hotel de manera temporal. ¿Dónde vives? —le preguntó ella mientras se acomodaba en los lujosos sillones de cuero de la limusina.

Ben se sentó a su lado y sus muslos se rozaron brevemente mientras lo hacía.

—En Niza.

—¿En Francia?

—Eso es.

—No supe que eras un famoso chef hasta que leí ese estúpido artículo de la revista.

Ben hizo una mueca.

—No me gusta que me llamen así.

—Pero lo eres —insistió ella sonriendo—. Los restaurantes Ben’s Bistro son muy conocidos y prestigiosos. Traté de ir una vez al de

Londres y la lista de espera era interminable.

—Vaya, lo siento.

—No te disculpes. Debes estar satisfecho de tus éxitos.

—Y lo estoy.

—Así que eres chef… —susurró mientras lo observaba.

Ben sonrió lentamente. Nunca había conocido a un hombre tan sexy como él. Se dio cuenta de que no sonreía a menudo y le gustaba mucho que lo hiciera.

—¿Te sorprende? —le preguntó él.

—Tengo que admitir que pensaba que serías un hombre de negocios, un alto cargo en una empresa o algo así.

—No, odio ese tipo de trabajo —repuso Ben mientras estiraba las piernas frente a él—. Estas dos semanas dirigiendo el hotel están siendo un infierno.

—Entonces, ¿por qué accediste a hacerlo?

Ben dejó de sonreír y se volvió hacia la ventanilla.

—Porque mi hermano Spencer me lo pidió.

—Y ¿por qué no está él aquí?

—Al parecer, está muy ocupado en Nueva York con ciertas negociaciones —le dijo Ben con ironía—. ¿Acaso no estás al tanto de lo que ocurre en la empresa de tu familia? —le preguntó.

—No, nunca me ha atraído el tema —repuso ella—. Isabelle y John sí que están involucrados en la empresa. Y supongo que también Eleanore.

—¿Hablas de tus hermanos?

—Sí. John e Isabelle están a cargo de la gestión y Eleanore, de la decoración de los hoteles.

—¿Y tú? —susurró Ben.

—Yo actúo.

Lo había hecho desde los doce años, cuando se dio cuenta de que no le gustaba su realidad ni cómo era ella. Había sido más fácil escapar y ser otra persona. Por extraño que pudiera parecer, eso le había hecho sentirse más cerca de su madre.

—¿Cómo es que tú tampoco trabajas en la empresa de tu familia?

Ben apretó los labios y vio que hacía un puño con la mano que tenía sobre el muslo.

—A mí tampoco me atrajo nunca ese mundo.

—Pero ¿has montado tú solo los restaurantes? Siendo un negocio de hostelería, ¿no podrías beneficiarte trabajando con la empresa de tu familia?

—Sí, podría hacerlo —repuso él girándose de nuevo hacia la ventanilla—. Hace un tiempo horrible esta noche, pero ya casi hemos llegado.

—Sí… —repuso ella nerviosa.

Estaba deseando saber cómo iba a ser recibida esa película.

Ben le lanzó una mirada que le sorprendió. Había compasión en sus ojos.

—No tienes motivos para estar nerviosa. Estás muy guapa, de verdad.

—Gracias —le dijo en voz baja—. Es que me juego tanto esta noche…

—Hablas de esa otra película en la que esperas poder trabajar, ¿no?

—Sí. Llevo años esperando una oportunidad como esta y no quiero echarlo todo a perder.

Sabía que estaba hablándole con tanta ansiedad como emoción y temió que le pareciera patética.

—No lo harás —le dijo Ben mirándola a los ojos.

Parecía tan seguro que se tranquilizó un poco.

—Gracias —le dijo con una sonrisa.

La limusina se detuvo junto a la acera y un miembro del personal del teatro abrió la puerta, sosteniendo un paraguas. Sonrió una vez más a Ben, se quitó el abrigo y salió del coche.

Ben salió de la limusina sin dejar de mirar a Olivia. Estaba saludando a la gente que se agolpaba a ambos lados de la alfombra roja. Comenzaron enseguida los flashes y las preguntas.

—¿Cuánto tiempo lleva con Ben Chatsfield? —le dijo un periodista.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó otro.

—¿Qué le parece que la cadena Chatsfield quiera comprar su empresa familiar?

Sintió cómo se tensaba el cuerpo de Olivia, aunque no dejó de sonreír. Se dio cuenta de que era toda una profesional. Supuso que le dolería que le hicieran tantas preguntas sobre un romance que no existía y ninguna sobre su carrera cinematográfica.

Le había quedado claro que había trabajado muy duro para conseguir triunfar en ese mundo y la entendía perfectamente. También él había dejado que su ambición y sus sueños lo empujaran cada día a trabajar duro y probar de lo que era capaz.

Impulsado por la compasión que sentía hacia ella, tomó su mano y sonrió a la prensa.

—Olivia no quiere hablar de nosotros esta noche, sino de su película, *Blue Skies Forever* —les dijo a los periodistas—. La verdad es que estoy deseando verla.

Pero los periodistas volvieron a bombardearlos con preguntas y Ben rodeó la cintura de Olivia con el brazo y la condujo así hacia la entrada del teatro.

—Gracias —murmuró Olivia en cuanto se alejaron de la prensa y

entraron en el vestíbulo.

—Es parte del servicio —repuso él.

Olivia se volvió hacia él. Sonreía, pero lo miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? Sé que no te caigo muy bien.

Ben se rio al oír sus sinceras palabras. Le gustaba que fuera tan directa. Y le gustaba mucho la vista que tenía esa noche. Ese pequeño vestido plateado que llevaba lo estaba torturando. No podía dejar de admirar sus largas y bronceadas piernas. Deseaba recorrerlas con sus manos.

—¿Qué quieres que te diga? Soy buena persona.

—Eso me cuesta creerlo.

Decidió contarle la verdad.

—La verdad es que he hablado con mi hermano y también él quiere que siga con esta farsa.

—¿Hablas de Spencer? ¿Por qué le preocupa todo esto? —le preguntó Olivia frunciendo el ceño.

—Por las implicaciones que podría tener ahora mismo un escándalo con alguien de tu familia.

—Una vez más, estamos hablando de la adquisición de la cadena Harrington, ¿no?

Olivia suspiró. No parecía enfadada, sino cansada.

—¿Qué te parecería vender la empresa? ¿Te importaría? —le preguntó con curiosidad—. ¿O te gustaría que siguiera perteneciendo a tu familia?

—La verdad es que no lo sé —repuso Olivia encogiéndose de hombros—. Nunca me ha interesado la empresa, pero siempre ha estado ahí. Por otro lado, a veces creo que todos estaríamos mejor si la vendiéramos. No sabes la presión a la que está sometida Isabelle… Bueno, y también John —añadió mientras se mordía el labio inferior —. Pero supongo que no debería estar hablando contigo de esto. Técnicamente, eres el enemigo.

—Técnicamente, también soy tu novio.

—Es verdad —contestó ella sonriendo— Es un poco complicado, ¿no? ¿En qué demonios estaría pensando cuando le dije a ese periodista que estábamos juntos?

—Creo que no estabas pensando, que saltaste sin mirar. ¿No lo recuerdas?

—Es verdad.

Olivia le dedicó una sonrisa que le hizo sentir una oleada de calor por todo el cuerpo. Su libido parecía estar funcionando a todo tren después de pasar algún tiempo hibernando. Había estado demasiado centrado en sus restaurantes y en controlar sus emociones para dejarse

llevar por ese tipo de deseo. Había tenido ocasionalmente alguna breve aventura, pero hacía mucho que no estaba con nadie y su cuerpo se lo estaba recordando en ese preciso instante.

—Así que, cuando ayer accediste tan fácilmente a seguirme el juego, fue solo porque tu hermano te obligó a hacerlo.

A Ben no le gustaron sus palabras, pero trató de relajarse.

—Mi hermano no me obliga a hacer nada —repuso—. Solo se trata de un favor.

—Damas y caballeros, por favor, tomen sus asientos en el teatro —anunciaron de repente.

Notó que Olivia volvía a ponerse nerviosa. Y, sin pararse a pensar, tomó su mano.

—Vamos —le dijo mientras tiraba de ella—. Tienes que sentarte en la primera fila, ¿no?

—No lo sé —murmuró Olivia mirando a su alrededor.

Se les acercó entonces una actriz que a Ben le sonaba de haberla visto en algún sitio.

—¡Qué alegría verte! —le dijo la mujer—. Estarás deseando ver la película, ¿no?

Olivia se enderezó y le dedicó a la otra actriz una sonrisa deslumbrante.

—Pues sí, lo estoy deseando, la espera se me ha hecho eterna.

—¿Quién era esa mujer? —le preguntó Ben cuando se quedaron de nuevo solos.

—¿Liz Chellis? —repuso Olivia con incredulidad—. ¡Es una de las mejores actrices del mundo!

—De eso me sonaba…

Olivia se rio y sacudió la cabeza mientras se sentaban en la tercera fila.

—No quiero que parezca que estoy demasiado ansiosa —le susurró ella.

—Me parece buena idea —repuso él.

Pocos segundos después, se apagaron las luces y comenzó la película.

Ben no se había parado a pensar en la película que iban a ver. Había estado demasiado concentrado en actuar como creía que lo haría si su relación con Olivia fuera real. Y, por otro lado, seguía molesto al saber que estaba engañando a la gente, mintiendo.

No había pensado en la película de Olivia, pero la historia lo atrapó desde los primeros minutos. Era un drama que tenía lugar en la época de la Gran Depresión. Le gustó el tono de la película y las imágenes panorámicas de las grandes llanuras norteamericanas y tenía que reconocer que Olivia estaba muy guapa en la gran pantalla. Lo cautivó por completo.

Hacía el papel de la hija mayor de la protagonista, una mujer que luchaba por salir adelante después de que su marido se fuera a buscar trabajo a Chicago y tenía que cuidar y alimentar a sus hijos sin ayuda. Olivia no tenía muchos diálogos, pero llenaba la pantalla con su talento y su entrega. No le costó creer que Olivia era Grace Wilton, una chica de dieciocho años que se había quedado sin esperanza ni ilusiones.

Le sorprendió hasta qué punto le emocionó su papel y la historia. Hacía mucho tiempo que una película no le hacía sentir tantas cosas. No podía apartar la mirada de ella ni en la pantalla ni en la vida real. De hecho, la estuvo observando de vez en cuando durante toda la película. Aunque sonreía y parecía relajada, vio que apretaba con fuerza los reposabrazos.

Cuando terminó la película y las luces se encendieron, Olivia suspiró aliviada.

—¿Ha sido agradable o una tortura? —le preguntó en voz baja.

—Las dos cosas —reconoció Olivia volviéndose hacia él.

Trataba de fingir que estaba tranquila, pero le pareció ver una vulnerabilidad muy conmovedora en sus bellos ojos marrones.

—¿Me atrevo a preguntarte qué te ha parecido? —le dijo ella.

—Me ha gustado mucho. Sobre todo, tu trabajo —repuso con sinceridad—. Me pareció que la película se hacía demasiado dramática y profunda durante la segunda parte, pero a Grace Wilton me la he creído por completo.

—¿De verdad?

—¿Acaso te sorprende?

—No, es que… —comenzó Olivia jugueteando con el sencillo colgante de plata que llevaba en el cuello—. No sé qué hacer ni qué pensar cuando eres tan amable conmigo.

—Podrías limitarte a corresponderme con la misma amabilidad.

Le intrigó ver que Olivia se sonrojaba como si hubiera malinterpretado sus palabras. O quizás lo hubiera hecho él a propósito. Era casi como si estuvieran coqueteando.

—¿Nos vamos? —le preguntó él para no seguir por ese peligroso camino—. Parece que todo el mundo está saliendo ya.

—Sí, van a la fiesta —le dijo Olivia mientras salían del teatro—. ¿Te importa?

—No, está bien.

Pero no estuvo bien. No le gustaban ese tipo de reuniones, tener que saludar a los actores, hablar y fingir que todo el mundo le caía bien. Odiaba esas situaciones y era aún peor esa noche, teniendo que fingir que tenía una relación con Olivia. Había sido más fácil posar para los fotógrafos. No le apetecía tener que contestar las preguntas de la gente. Afortunadamente, lo estaba haciendo Olivia y tenía que

reconocer que lo estaba haciendo bien. Demasiado bien, como si tuviera experiencia mintiendo.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, los opuestos se atraen —le contó Olivia a un grupo de actores de Hollywood sin soltar el brazo de Ben —. ¿Verdad, cariño?

—Eso es —repuso él sonriendo—. Hubo chispas desde el primer momento —agregó mientras apretaba cariñosamente su brazo y la atraía contra su cuerpo.

—¿Y lo de los hoteles? —les preguntó una mujer—. Al menos tenéis eso en común.

—Sí, es verdad —respondió Olivia sonriendo—. Nuestras infancias fueron muy similares. ¿Verdad, Ben? Cumpleaños en el comedor del hotel, juegos por los pasillos…

—Es verdad —asintió él.

Fue un alivio que se pusieran a hablar de cine y de Hollywood. Por fin pudo relajarse un poco y pensar en lo que Olivia había dicho. Se preguntó si de verdad habrían tenido infancias similares. Recordaba haber celebrado un par de cumpleaños en el hotel Chatsfield de Londres. Se suponía que era todo un privilegio, pero él se había cansado muy pronto de ese tipo de vida.

Lo doloroso había sido darse cuenta de que todas esas cosas: los cumpleaños, los juegos por los pasillos y la imagen que ofrecían a los demás no había sido más que una sarta de mentiras, un truco para hacerle creer a la gente que eran una gran familia feliz. Lo único real era lo que había vivido en su casa, las discusiones de sus padres o la forma en la que su progenitor miraba a su hermano Spencer. Aun así, había tratado por todos los medios de contentar a todos, suavizar las discusiones, tratar de que se llevaran bien. Pero, cuando su padre le dijo la verdad, se dio cuenta de que había estado perdiendo el tiempo. Llegó a pensar que quizás les hubiera ido mejor a todos, también a él mismo, si no se hubiese esforzado tanto por hacer feliz a su familia.

Los recuerdos consiguieron que se tensara su cuerpo. Estaba cansado y hambriento. Se había saltado la cena para ir al estreno y estaba harto de fingir, harto de todos los pensamientos que se agolpaban en su cabeza y de las emociones que se agitaban en sus entrañas. Verse de nuevo en un hotel Chatsfield era muy difícil, pero tener además que fingir que salía con Olivia Harrington no estaba ayudando a hacer su vida más fácil.

—¿Nos vamos? —le susurró a Olivia al oído en cuanto tuvo la oportunidad.

Ella lo miró con una gran sonrisa y los ojos brillantes. Sabía que estaba disfrutando mucho, que esa era su gente y su momento. Le dolía tener que pedirle que se fueran, pero no aguantaba más.

—Sí, por supuesto —repuso ella.

Tardaron unos quince minutos en despedirse de todo el mundo. Ben esperó con las manos metidas en los bolsillos, cada vez más nervioso y estresado. Iba a tener que hacer mil largos en la piscina para librarse de tanta tensión.

—Estoy lista —le dijo Olivia por fin.

Fueron hacia la puerta. Seguía lloviendo y los periodistas aún estaban a la puerta del teatro.

—¡Olivia! ¡Ben! ¿Cómo ha ido todo?

Estaba decidido a ignorarlos e ir directo al coche, pero notó que Olivia caminaba más despacio. Supuso que quería que le preguntaran por la película.

—¿Un beso para la posteridad? —sugirió alguien de repente.

Se quedaron inmóviles unos segundos. Después, Olivia se giró hacia él con una sonrisa juguetona en los labios.

Ben no quería hacerlo, se negaba a darle un beso delante de esos payasos. No pensaba besarla solo para satisfacer la petición de un periodista. No iba a llegar tan lejos.

Él no iba a besarla, pero Olivia a él sí. Sin dejar de sonreír, se le acercó, rodeó su cuello con los brazos y lo miró a los ojos. Pudo sentir la presión de sus pechos contra el torso, la tela del vestido le pareció una barrera casi inexistente entre los dos. Instintivamente, llevó las manos a sus caderas. Olivia se puso de puntillas y lo besó.

Fue apenas un roce, un suave beso, pero hizo estallar una tormenta en su interior. Apretó con más fuerza su cadera y la atrajo contra él, contra la parte de su anatomía que no podía ocultar lo excitado que estaba. Se olvidó de todo y la besó entonces apasionadamente, como si le fuera la vida en ello, consiguiendo con su lengua que ella separara los labios y dejando que el beso se hiciera más íntimo y profundo. Pudo sentir lo conmocionada que estaba Olivia.

Él tampoco entendía lo que estaba haciendo.

Dejó de besarla de una manera demasiado brusca, apartándola de su lado. Vio que Olivia parecía sorprendida. Tenía los labios hinchados y el pelo húmedo y algo rizado por la lluvia. Uno de los periodistas aulló en respuesta al apasionado beso. Estaba tan enfadado con Olivia como con él mismo. Fue hacia la limusina sin esperarla.

Capítulo 5

A Olivia le había quedado muy claro que Ben besaba muy bien. Le había parecido desde el principio que tenía una naturaleza salvaje que trataba de ocultar bajo una apariencia exterior de control y acababa de descubrir que había acertado. Había sido increíble. Aún podía sentirlo en sus labios. Y también en otras partes de su excitado cuerpo.

Lo siguió perpleja hasta la limusina. Apenas podía oír los gritos de los periodistas.

Nunca la habían besado de esa manera. De hecho, apenas la habían besado. Pero eso no podía contárselo a Ben.

Aunque no tenía mucha experiencia, sabía que había sido increíble. Había estado deseando que pasara toda la noche. En realidad, creía que lo había deseado desde que lo viera por primera vez. Cuando un periodista les pidió que se besaran, decidió que era su oportunidad. Había deseado besarlo y se le presentó la excusa perfecta para tocarlo y saborearlo.

Entró en la limusina y vio que Ben estaba sentado al otro extremo y que tenía la vista perdida en la ventanilla, estaba casi de espaldas a ella.

Se le pasó por la cabeza hacer algún comentario irónico sobre el beso, decir alguna broma, pero no podía hacerlo. El beso había sido maravilloso, pero la forma en que Ben la había apartado…

Tenía que reconocer que había conseguido herir su orgullo. No sabía por qué lo había hecho y no se sentía cómoda preguntándoselo, no cuando tenía tan poca experiencia en ese terreno.

No hablaron durante los diez minutos que duró el trayecto de vuelta al Chatsfield, cada vez estaba más incómoda. Ya no podía hacer ninguna broma sobre el beso, era demasiado tarde.

Decidió que iba a tener que olvidarse de ello y no decir nada. Esperaba que así todo volviera a la normalidad entre ellos dos.

Un botones abrió la puerta de la limusina cuando llegaron al hotel. Ben salió primero, pero al menos tuvo esa vez la educación de esperarla hasta que se bajó del coche.

—Bueno… —comenzó ella mientras entraban en el elegante vestíbulo.

Había mucha gente alrededor. Ben la acompañó hasta donde estaban los ascensores.

—Bueno —repuso él también sin mirarla a los ojos—. Avísame

cuando quieras que vuelva a acompañarte. Querías que fuera contigo a una fiesta, ¿no?

—Sí. O podríamos salir a cenar… —repuso ella.

La posibilidad de pasar varias horas a solas con él hacía que sintiera una mezcla de nervios y excitación, pero tenía muy claro que quería volver a verlo. Y también deseaba volver a besarlo.

—Como quieras. Habla con mi secretaria si no consigues localizarme —le dijo Ben.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y fue hacia su despacho.

Olivia se quedó donde estaba. Sabía que no tenía derecho a sentirse abandonada o rechazada, pero esa era la sensación que tenía. No se le podía olvidar que nada de eso era real.

No era la primera vez que pasaba por algo parecido. Había salido con dos aspirantes a actores siguiendo las sugerencias de su agente. Esas relaciones habían sido tan falsas como esa. Había salido con ellos a cenar o a tomar algo, lo mínimo para mantener la atención de la prensa y darse a conocer. No había habido nada más entre ellos.

No podía olvidar que lo que tenía con Ben era igual, pero había disfrutado mucho con él esa noche. Se habían reído y la había ayudado a relajarse. La había escuchado y cuando la besó…

Pero sabía que era mejor no pensar en eso, tenía que recordar que aquello no tenía futuro. Él era un Chatsfield y ella, una Harrington. Además, Ben le había dejado muy claro que no le gustaba. De todos modos, ella tampoco buscaba tener nada con nadie. Debía pensar en su carrera y hacía tiempo que había decidido no tener relaciones serias.

En cuanto a relaciones breves y esporádicas… Era una idea tentadora, pero creía que no tenía la experiencia suficiente como para tener una aventura con un hombre como él.

Cuando llegó a su suite, se quitó el vestido y se preparó un baño de espuma. Necesitaba relajarse y pasar una buena noche. Tenía varios eventos programados para el día siguiente, como una comida benéfica, el estreno de un documental por la tarde y un cóctel por la noche.

Se sumergió en el baño y cerró los ojos. Estaba decidida a no pensar en Ben ni en cómo la había besado esa noche.

Tumbada en la cama horas más tarde, revivió una y otra vez el maravilloso beso que habían compartido. Había sido increíble cómo le había sujetado la cadera con las manos, cómo había deslizado la lengua en su boca… Se estremeció al recordar la pasión con la que la había besado.

No entendía por qué le había parecido tan excitante, quizás porque no había casi nada en su vida esos días que no fuera una actuación, que fuera real. Creía que la reacción de Ben había sido real. Por eso no comprendía por qué la había empujado como lo había hecho. Casi

como si hubiera estado enfadado con ella o con él mismo por haber disfrutado del beso. Porque de eso sí estaba segura, Ben había disfrutado tanto como ella, había notado la evidencia de su excitación contra su vientre.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar que quizás las cámaras hubieran captado el empujón de Ben y hablaran ya de problemas en la pareja. Se dio cuenta de que no iba a poder dormirse. Se levantó y fue al salón, donde tenía su portátil.

Tuvo que mirar en las páginas web de varias revistas del corazón antes de encontrar lo que había estado buscando. O, en realidad, lo que le habría gustado no encontrar.

Suspiró al ver una foto de Ben empujándola para apartarla de él. Parecía enfadado o asqueado. Fuera lo que fuera, no decía nada bueno de ellos. El artículo que acompañaba a la foto aseguraba que ya había problemas en la pareja. Lo leyó por encima, no mencionaban su película ni su carrera. De hecho, el famoso chef Ben Chatsfield era el protagonista de la noticia.

De ella solo decían que era una joven que aspiraba a ser actriz. Le dolía que hablaran así de ella cuando había trabajado ya en media docena de películas y estaba a punto de conseguir un importante papel en otra más.

Disgustada, apagó el portátil y se acercó a los ventanales. Seguía lloviendo y las gotas bajaban por los cristales como lágrimas.

No podía quedarse allí, necesitaba saber por qué Ben la había apartado de esa forma y debían hablar de qué iban a hacer al respecto. Se puso una bata y salió de su suite.

Dos minutos más tarde estaba frente a la puerta de su antigua habitación. Esperaba que siguiera estando allí porque eran las dos de la mañana y no quería despertar a un desconocido.

Llamó con los nudillos y esperó. Después de un buen rato oyó por fin a alguien gruñendo al otro lado de la puerta y esta se abrió. Apareció Ben en el umbral, parpadeando para tratar de adaptar sus ojos a la luz del pasillo. Estaba muy despeinado y solo llevaba puestos unos boxers.

Olivia se quedó sin aliento y se le olvidó de repente por qué estaba allí. Se quedó mirando su pelo, su incipiente barba y sus abdominales. Sintió una oleada de deseo que la sacudió con la fuerza de un tsunami. Supo entonces que se había estado engañando a sí misma, tratando de convencerse de que quería despertarlo en mitad de la noche para que pudieran hablar de cómo iban a arreglar lo de la fotografía de esa noche. No era cierto. Había ido hasta allí porque quería que volviera a besarla.

Ben se pasó una mano por la cara y la miró como si no pudiera creerse que de verdad estuviera allí. Decidió que lo mejor que podía

hacer era ir al grano.

—¿Por qué me empujaste esta noche? —le preguntó acercándose a él.

Él volvió a parpadear y frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Sí, después de que… después de que me besaras.

Ben levantó una ceja y la miró con arrogancia.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú la que me besó.

—¿Y qué? Puede que lo hiciera yo, pero está claro que te gustó —le espetó ella antes de que pudiera pensar en lo que le estaba diciendo.

Vio entonces que Ben la miraba con un peligroso brillo en los ojos.

—Y después me empujaste como si no pudieras siquiera soportar tener que verme —continuó ella muy consciente de que estaba balbuceando—. Adivina lo que están diciendo las webs de cotilleos.

—¿Ya han publicado fotos de esta noche? —le preguntó él con incredulidad.

—Sí, acabo de verlo en Internet.

Ben sacudió lentamente la cabeza, parecía asqueado, como si le costara creerlo.

—Bueno, ¿no vas a decirme por qué lo hiciste? —le preguntó ella de nuevo.

—¿Qué más te da? ¿Por qué te importa tanto?

—Por las fotos. Ya están comentando que a lo mejor en realidad no estamos juntos…

Ben se cruzó de brazos y ella se quedó sin aliento al ver cómo se marcaban los impresionantes músculos de sus brazos. Parecía tan sexy y tan desnudo… Se moría de ganas de tocarlo. Trató de dar un paso hacia atrás, pero su cerebro no parecía capaz de dominar su cuerpo porque hizo lo contrario, fue hacia él.

Ben la agarró por los hombros y, durante un segundo, pensó que iba a volver a apartarla de él. A lo mejor se le pasó por la cabeza hacerlo, pero se quedó inmóvil un momento y ese tiempo se le hizo interminable.

Pero, de repente, la atrajo contra él y la besó como lo había hecho esa noche frente al teatro. O mejor aún, porque en ese momento no había nadie mirándolos, no había necesidad de frenar al salvaje que Ben parecía esconder en su interior, no tenían por qué controlar su deseo.

La estaba devorando con sus labios y sus manos la acariciaban de arriba abajo. Tiró de su bata sin darle siquiera un respiro.

Olivia se quedó sin aliento al sentir sus manos en el trasero. Entró con ella en la habitación y cerró la puerta con el pie. Olivia apenas era consciente de lo que Ben estaba haciendo, se limitaba a dejarse llevar por las sensaciones. Su lengua continuaba explorándole la boca y

sintió cómo dejaba de acariciarle el trasero para desanudarle con habilidad el cinturón de la bata. Se estremeció cuando Ben deslizó una mano bajo la parte superior del pijama y acarició uno de sus pechos. Sintió que se tambaleaba y, tal y como había ocurrido en su fantasía, Ben la empujó hasta tenerla entre su cuerpo y la puerta. Se clavó el picaporte en la columna vertebral, pero apenas sintió ese dolor, no cuando él le estaba quitando la ropa con movimientos bruscos. Le excitó notar que también a él le costaba respirar con normalidad, el deseo era cada vez más intenso y se quedó sin aliento cuando Ben metió una mano bajo los pantalones de su pijama y tiró de ellos hacia abajo.

Se dejó caer contra la puerta, se sentía completamente impotente mientras él acariciaba su sexo. Deslizó un dedo dentro de ella y Olivia no pudo ahogar un gemido de placer. Podía sentir su imponente erección contra su pelvis y supo que, si no detenía las cosas cuanto antes, no iba a tener la voluntad suficiente para hacerlo más tarde. Y sabía que tenía que parar aquello. Estaba claro hacia dónde iban encaminados y no estaba lista para dejar que las cosas fueran tan lejos.

De mala gana, pero con decisión, colocó las manos en su torso y lo empujó.

—Ben…

Él se detuvo al instante y dio un paso atrás. Tenía la cara enrojecida y la mirada algo aturdida. Sacudió la cabeza como si necesitara despejarse la mente.

—Lo siento —le susurró mientras la miraba como si no entendiera qué hacía allí ella—. Lo siento.

Olivia se recolocó el pijama y se cerró la bata. Todavía estaba temblando y su cuerpo protestaba insatisfecho, aún lo deseaba.

—No es que no quiera… —empezó ella.

Se mordió el labio inferior. No sabía cuánto contarle, si debía admitir…

—No tienes nada que explicarme —le aseguró Ben—. Es culpa mía, perdí… perdí el control.

Su sinceridad la conmovió aún más.

—La verdad es que me gustó verte así —confesó ella con voz temblorosa—. Pero no creo que…

—Lo sé —la interrumpió Ben con una sonrisa—. Supongo que ahora estamos en paz. Tú me besaste antes y ahora te he besado yo.

—Ha sido algo más que un beso —repuso ella devolviéndole la sonrisa.

Ben se quedó mirándola y ella no pudo evitar sonrojarse.

—Sí, algo más —admitió Ben—. ¿Tienes hambre? —le preguntó de repente.

—¿Qué? —replicó Olivia sin entender.
—No he cenado. Pensé que nos iban a dar de comer después del estreno.
—Nunca hay comida en ese tipo de eventos. Nadie come.
—Yo sí como y ahora mismo estoy muerto de hambre —le dijo Ben —. Si me dejas usar la cocina de tu suite, puedo hacer un par de tortillas.
—¿Mi cocina? Creo que no tengo comida.
—¿Has mirado en la nevera?
—No.
—Pues sí hay comida, Olivia. La dejé allí.
Recordó entonces que había estado en la suite hasta que se la cedió a ella para irse a ese cuartucho. Creía que, a pesar de su mal genio y su frialdad, Ben Chatsfield era un buen chico. Además, acababa de ofrecerse a hacerle la cena después de que ella cortara por lo sano el apasionado beso que habían estado compartiendo hacía solo unos minutos.
Le dio la impresión de que podía llegar a gustarle ese hombre, pero sabía que era mejor no pensar en eso, que no tenía sentido hacerlo.
—La verdad es que una tortilla ahora mismo estaría fenomenal.
Acababa de darse cuenta de que también ella tenía hambre y no le apetecía volver sola a su habitación y pasarse toda la noche preguntándose qué estaba pasando entre Ben y ella.

De vuelta en la suite, Ben fue directo a la cocina. Se había puesto unos vaqueros desgastados y una camiseta gris. Olivia no podía dejar de mirarlo. Le parecía que estaba tan sexy con esa ropa vieja como lo había estado con elegantes trajes. O quizás incluso más.
Se sentó en uno de los taburetes altos de la cocina y lo observó mientras rompía seis huevos con una sola mano y comenzaba a batirlos rápidamente.
—¿Cómo decidiste hacerte chef? —le preguntó ella.
Ben sacó un pimiento y setas de la nevera y comenzó a cortarlo todo con precisión y rapidez.
—Empecé de manera casi accidental.
—Entonces, ¿no te gustaba hacer magdalenas y galletas desde pequeño? —dijo bromeando.
—Soy un cocinero, no repostero —respondió él mientras sacaba una sartén y ponía un poco de mantequilla en ella.
—Bueno, ¿cómo ocurrió entonces?
Ben tardó en contestar y Olivia pensó que estaría demasiado concentrado en la tortilla para hacerlo. Pero se dio cuenta después de que se trataba de Ben Chatsfield, propietario de siete restaurantes, y

que era probablemente capaz de hacer una tortilla con los ojos cerrados.

Algo le dijo que estaba dudando porque no sabía cuánto decirle ni qué compartir con ella. Lo entendía perfectamente. Ella también era muy reservada. Prefería actuar para encubrir las deficiencias de su propio carácter, deficiencias que habían sido especialmente evidentes cuando tenía doce años y su madre se estaba muriendo. Su madre la había necesitado y ella no había estado a la altura.

—Me fui de casa cuando tenía dieciocho años —le dijo Ben de espaldas a ella mientras vertía los huevos en la sartén—. Terminé viviendo en el sur de Francia y trabajando en la cocina de un restaurante. El ayudante del chef no fue una noche porque estaba enfermo y yo lo sustituí. He estado cocinando desde entonces.

—¿Pasaste de ser sustituto del ayudante del chef a cocinero de fama mundial?

Ben la miró por encima del hombro con una sonrisa que brillaba en sus ojos.

—Supongo que sí.

—¿Por qué te fuiste de casa?

Él volvió a concentrarse en la tortilla. Temía que fuera una pregunta demasiado personal, pero quería saberlo. Algo había cambiado entre ellos esa noche. Había empezado con el apoyo que le había prestado Ben durante el estreno. Después, el beso y esa conversación mientras él hacía la cena. Le gustaba mucho estar así con él.

—Me pareció una buena idea entonces —contestó por fin.

El tono implacable de su voz le dejó muy claro a Olivia que no quería hablar de eso.

—¿Por qué me empujaste esta noche, cuando salimos del teatro? —le preguntó ella de nuevo.

Creía que era mejor aclarar las cosas.

—¿Otra vez con lo mismo? —protestó Ben mientras agregaba las verduras a la tortilla.

—Soy una mujer, no me tomo demasiado bien que me rechacen.

—No te estaba rechazando.

—Eso es lo que sentí entonces —contestó ella tratando de no mostrarle lo que le había dolido.

—Ya te he dicho que no me gusta engañar a la gente, odio las mentiras. Me molestó que me besaras delante de la prensa solo porque te lo pidió un periodista.

Pero ella sabía que no lo había besado solo por eso. En realidad, le había besado porque había estado pensando en ello toda la noche, porque Ben le había sostenido la mano cuando ella lo había necesitado y le había demostrado que creía en ella cuando sentía que nadie más lo hacía. Pero no podía decirle todo eso.

—A mí no me pareció que el beso fuera falso, Ben —le dijo con una sonrisa coqueta.

—No puedo negar que existe cierta atracción entre los dos —repuso Ben.

No era un comentario muy halagador, pero le emocionó que al menos se lo confirmara. Lo miró mientras terminaba la tortilla y le servía la mitad en un plato que puso frente a ella.

—Entonces, ¿lo que te molestó fue que hiciera lo que me pidieron los periodistas? —le preguntó ella—. ¿Que te besara para convencerlos de que estamos juntos?

—No, la verdad es que llevaba incómodo toda la noche. No me gustó tener que contestar a las preguntas de la gente durante la fiesta, la manera en la que se supone que nos conocimos, lo que les dijiste sobre lo parecidas que fueron nuestras infancias… Sé que tenemos que hacerlo y que te prometí que lo haría, pero no me gustan las mentiras.

Olivia tomó un tenedor y probó la tortilla. Era suave, esponjosa y deliciosa.

—¡Madre mía! ¡Está buenísima! —exclamó con sinceridad.

Ben deslizó la otra mitad de la tortilla en un plato y se sentó junto a ella a la barra de la cocina.

—Gracias.

—¿Por qué eres así, Ben? ¿Tuviste una novia mentirosa? ¿Una mujer horrible que te mintió o te fue infiel? ¿Por eso te molesta tanto tener que formar parte de esta farsa?

Vio que le brillaban de nuevo los ojos.

—¿No crees que tus preguntas son demasiado personales?

—Bueno, se supone que estamos juntos, deberíamos hablar de estas cosas.

—Deberíamos hacerlo si de verdad fuéramos novios y no es el caso.

—Está claro que di en el clavo con la pregunta…

Ben le sonrió entonces y ella sintió que se derretía. Ese hombre le afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Te equivocaste en algo. No he tenido ninguna exnovia que me engañara —le dijo con la mirada fija en el plato—. Pero sí había una persona en mi vida que lo hacía. Mi madre.

Ben no entendía por qué se lo había dicho. Molesto consigo mismo, se concentró en comer la tortilla. Nunca hablaba de su madre, del resto de su familia ni de nada. Había sido una persona muy reservada desde que se fuera de casa. No entendía lo que le estaba pasando.

—Lo siento —le dijo Olivia en voz baja.

Le sorprendió que no le preguntara nada más. Supuso que habría notado que no era un tema fácil para él. Tenía ya treinta y dos años y

sabía que debía superar de una vez por todas lo que había ocurrido durante su infancia. Había creído que ya lo tenía olvidado, pero ver de nuevo a Spencer, volver a un hotel Chatsfield y tener que fingir que estaba saliendo con Olivia era más de lo que podía soportar.

—¿Cómo empezaste tú a actuar? —le preguntó él entonces para cambiar de tema.

—Bueno, me di cuenta enseguida de que era mejor fingir ser otra persona que seguir siendo yo misma —repuso ella con una sonrisa triste mientras apartaba rápidamente la mirada.

Algo le dijo a Ben que ella también había admitido más de lo que quería.

—¿Por qué no te gusta ser tú misma?

Olivia se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia a lo que había confesado.

—Ahora no me pasa tanto, pero durante mi adolescencia… No era demasiado popular en el colegio. Tenía unas compañeras que decidieron hacerme la vida imposible. Fingir ser otra persona era la mejor manera de escapar de esa situación.

—Te entiendo —le aseguró él—. A mí me pasó con la cocina. Cuando encuentras algo que se te da bien es más fácil lidiar con las dificultades de la vida.

—Sí, es verdad —repuso ella—. Además de los problemas en el colegio, mi madre murió cuando tenía doce años y mi afición por la interpretación me ayudó a afrontarlo.

Ben sintió una gran compasión por ella. Esa mujer le estaba haciendo sentir cosas a las que no estaba acostumbrado.

—Lo siento —le dijo.

—Gracias —repuso Olivia deprisa—. Fue duro, pero sobreviví.

A Ben le sorprendió sentir una extraña sensación al verla así, quería protegerla. No estaba acostumbrado a ese tipo de emociones y creía que debía tratar de controlar lo que esa mujer le estaba haciendo sentir. Olivia levantó entonces la vista, tenía lágrimas en los ojos.

—Aunque aún la echo de menos —añadió con una triste sonrisa.

—Es normal —repuso él cada vez más emocionado—. ¿Estabais muy unidas?

—Sí —le contestó Olivia bajando de nuevo la mirada—. Mucho —añadió con voz temblorosa mientras se secaba las lágrimas con la mano—. Lo siento, normalmente no estoy tan sensible, pero han sido unos días muy duros. Perdona.

—No tienes por qué disculparte. Es normal que te emociones al hablar de tu madre, Olivia —le dijo él en voz baja—. ¿De qué murió?

—De cáncer. La verdad es que fue bastante rápido. Solo pasaron un par de meses desde el diagnóstico… —le explicó Olivia—. Mi padre volvió a casarse poco después. Eso también fue difícil. Fue entonces

cuando empecé a tener problemas en el colegio. Ya no me importaba nada de lo que preocupaba a las chicas de mi edad y algunas compañeras decidieron torturarme. Lo que no sabían era que mi vida ya era un infierno, no consiguieron su propósito.

A Ben se le encogió el corazón al imaginarse a Olivia a los doce años.

—Lo siento mucho —susurró.

—Gracias —repuso ella sacudiendo la cabeza—. Mi padre murió el año pasado de un infarto, ya debería tener todo lo que pasó más que superado. De hecho, no sé por qué te estoy contando todo esto. No necesitas escuchar mi triste historia.

—Pero a lo mejor tú sí necesitabas hablar de ello. No sueles hacerlo con nadie, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Olivia sorprendida.

Lo había adivinado porque eran muy parecidos. Él tampoco hablaba de su pasado. Y, aunque una parte de él casi deseaba hablar de ello con Olivia, sabía que no iba a hacerlo.

—Porque me da la impresión de que te sorprende estar hablando de ello conmigo. Igual que estaría yo si estuviera hablando de…

Se detuvo a tiempo, pero Olivia lo miró con interés mientras ladeaba la cabeza.

—¿De tu madre? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Qué es lo que pasó con ella?

Ben negó con la cabeza, no iba a desahogarse con ella. No podía dejarse llevar por las emociones, sabía que no le convenía. Pero también era consciente de que Olivia se merecía un poco de sinceridad por su parte.

—Mis padres nunca tuvieron una buena relación. Ella trataba de aparentar que éramos la familia perfecta —le contó—. Yo también, como tú, celebré algunos cumpleaños en el hotel. Yo quería que de verdad fuéramos esa familia feliz que todo el mundo creía que éramos. Traté de lograr que todos se llevaran bien, pero no funcionó. Algún tiempo después, supe que mis intentos habían sido en vano. Mi madre había tenido un amante durante años. Todo había sido una mentira… —agregó apretando los puños y con dificultad para ocultar la ira en su voz—. Mi padre también tuvo aventuras extramatrimoniales. Sé que debería estar tan enfadado con él como con mi madre, pero…

Se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado en presente.

—Debería haber estado tan enfadado con él como con ella —se corrigió.

Olivia le dedicó una sonrisa tan llena de comprensión y compasión que sintió cómo iba desapareciendo su enfado. Ese enfado que había tratado de negar.

—Me llevaba mejor con mi madre que con mi padre. Supongo que por eso su traición me dolió más, pero soy consciente de que fui algo injusto, de que los dos hicieron lo mismo.

—No se pueden controlar los sentimientos.

—Pero a veces conviene hacerlo —repuso él poniéndose en pie y llevando los platos al fregadero.

Llevaba catorce años tratando de reprimir sus sentimientos, tratando de controlar la rabia que hervía en su interior.

—Entonces, ¿descubriste lo de tu madre a los dieciocho años?

Ben se dio la vuelta al oír su pregunta. Le había sorprendido demasiado su perspicacia para poder ocultar la verdad.

—Sí…

—Por eso te fuiste de casa, ¿no?

—Así es, Sherlock.

—Soy bastante lista —repuso Olivia con una sonrisa.

Ben sonrió mientras se apoyaba en el fregadero y se cruzaba de brazos. Podía sentir de nuevo esa misma tensión entre ellos dos. No podía olvidar el sabor de sus labios suaves y cálidos. Cuando la había visto aparecer en su habitación, había dejado de pensar, solo había podido dejarse llevar por el deseo. Y cuando la besó… El deseo no hizo más que intensificarse e ignoró por completo que aquello no era buena idea. Había sido Olivia la que había tenido que pararle los pies. No sabía por qué lo habría hecho. Quizás hubiera sido demasiado rápido o demasiado brusco.

—Después de que tú me besaras y yo te empujara, te vengaste haciéndome lo mismo. También hemos compartido historias lacrimógenas sobre nuestras madres. ¿Qué toca ahora?

—¡Podríamos pintarnos las uñas de los pies los dos juntos! —exclamó Olivia.

Ben se rio con ganas.

—Una idea tentadora, pero no me he traído mi esmalte de uñas.

—Yo tengo uno rosa con purpurina en el baño —repuso Olivia riéndose.

—Creo que no, gracias.

—Supongo que haces bien en rechazar mi sugerencia —le dijo ella mientras se levantaba.

Ben no sabía mucho de comunicación no verbal, pero tenía claro que Olivia lo estaba invitando a irse. Él mismo también lo había hecho a menudo durante los últimos años, pero le dolía que lo hiciera Olivia con él.

Sabía que no tenía derecho a sentirse así, pero había disfrutado mucho hablando con ella. Más de lo que había esperado.

—Es muy tarde y mañana tengo un montón de eventos —le dijo Olivia—. Debería dormir un poco.

—Sí, yo también.

—Y gracias por la tortilla. Ha sido la mejor que he probado en mi vida.

Ben se encogió de hombros. Tuvo de repente la necesidad de salir de allí y sabía que se sentía así porque en realidad quería quedarse y eso le asustaba.

—De nada. Bueno… Hasta otro rato —fue hacia la puerta y se giró en el último momento para decirle adiós con la mano.

La miró y le pareció que estaba algo triste y perdida. Tan triste y perdida como debía de haberlo estado a los doce años. Estuvo a punto de ir hacia ella, pero sabía que era mejor no hacerlo.

—Hasta entonces —susurró ella.

Capítulo 6

Olivia estuvo tan ocupada al día siguiente con entrevistas, un acto benéfico y un estreno que no tuvo tiempo para pensar en Ben. Pero, aun así, se las arregló para tenerlo presente en sus pensamientos durante todo el día. No podía olvidar sus besos, la sorprendente dulzura de su sonrisa ni la sincera conversación que habían tenido. Estaba segura de que ninguno de los dos había querido admitir tanto. Ella le había hablado de la muerte de su madre, de lo que no hablaba nunca con nadie, y tenía la sensación de que tampoco a Ben le gustaba hablar de la infidelidad de su propia madre. Por eso no entendía por qué habían confiado el uno en el otro.

No sabía si habría sido la magia de la madrugada la que los habría ayudado a hablar de esas cosas o si estarían sintiendo algo que ninguno de los dos parecía querer admitir.

No tenía nada claro, ni siquiera sabía si quería tener algo real con Ben. Siempre había huido de las relaciones y tenía una razón para hacerlo. No confiaba en sí misma. Pero tenía que reconocer que lo que había experimentado con Ben estaba haciéndole cambiar de opinión. Le gustaba tener a alguien con quien hablar y reír.

Alguien a quien besar… Pero sabía que sería patético que se enamorara como una colegiala de su ficticio novio. Estaba segura de que Ben no quería tener nada con ella.

Además, tenía una vida lejos de allí y un plan en el que Ben Chatsfield no tenía cabida.

No podía evitar imaginarse un futuro distinto, pero no sabía si estaba dispuesta a arriesgar su corazón para intentar tener algo con lo que nunca había soñado.

Cuando por fin volvió al hotel tras la fiesta a la que había sido invitada, estaba agotada. Solo había dormido un par de horas la noche anterior y ese día había sido muy duro.

Decidió darse un baño nocturno para despejarse la cabeza. Además, sabía que existía la pequeña posibilidad de que Ben también estuviera en la piscina. Pero esa vez no iba a saltar sin mirar.

Subió hasta la piscina de la azotea y, aunque le gustó que no hubiera nadie allí, también se sintió algo decepcionada. Hizo un par de largos, pero se cansó pronto. Estaba agotada.

Después de unos veinte minutos en el agua, salió de la piscina y se sentó en el borde. Todo estaba en silencio, solo se oía el sonido del

agua golpeando los bordes de la piscina. Desde allí se veía toda la ciudad, que estaba casi a oscuras. Se sintió de repente muy sola.

Y le parecía absurdo sentirse así en ese momento cuando había estado sola la mayor parte de su vida. La muerte de su madre la había distanciado de su padre y sus hermanos. También había sido una joven muy solitaria en el colegio. Solo se había sentido viva sobre el escenario. Le había pasado lo mismo en la universidad y el mundo de Hollywood era demasiado competitivo y duro como para que tuviera amigos de verdad.

Además, había estado demasiado ocupada con su carrera durante los últimos años para sentirse sola. Pero era una sensación que la había invadido varias veces desde que llegara a Berlín y conociera a Ben. Le parecía bastante triste que un par de besos y un poco de conversación le hubiera hecho darse cuenta de que en realidad estaba muy sola y aislada.

Fue a levantarse para ir al vestuario cuando oyó una voz enfadada rompiendo de repente el silencio.

—No, Spencer. No pienso hacerlo. Ya accedí a estar un par de semanas en el hotel, pero no estoy dispuesto a hacer lo que me pides.

Se quedó inmóvil al darse cuenta de que era Ben. Vio que comenzaba a abrirse la puerta del vestuario masculino y, sin pensar en lo que estaba haciendo, se escondió detrás de un par de tumbonas que estaban apiladas cerca de allí.

Vio a Ben entrando en la zona de la piscina con el teléfono móvil en la mano.

—A lo mejor a ti no te importaría prostituirte por el bien del hotel, pero a mí sí.

Olivia se quedó sin aliento al entender sus palabras. Estaba hablando de ella, de lo que le repugnaba tener que fingir que estaban juntos. No podía olvidar que lo que había entre ellos no era real.

Pero ese beso y la sincera conversación le habían parecido tan reales… Pero se dio cuenta de que Ben se había limitado a hacer su papel. Le dolió ver que era mejor actor que ella.

Oyó que murmuraba algo más y después, para sorpresa de Olivia, le tiró el teléfono a la cabeza. En realidad, lo lanzó contra las tumbonas, pero ella estaba agachada tras ellas y el móvil se coló entre los listones de plástico y cayó a sus pies.

Oyó que Ben gruñía mientras iba hacia ella para recoger su teléfono. Se dio cuenta de que no tenía escapatoria, no había dónde esconderse.

Decidió tomar el teléfono y salir de su escondite mientras se lo ofrecía con una sonrisa.

—Creo que se te ha caído esto —le dijo algo nerviosa.

Ben abrió sorprendido la boca. Después, la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estabas escondida?

Ella se quedó unos segundos en silencio.

—No, claro que no.

Ben la miró con escepticismo.

—De acuerdo. Sí, lo hice, pero solo después de oír que hablabas de mí como si fuera tu clienta.

—¿Qué?

—Te oí decir que no querías prostituirte así que, por asociación, supongo que yo sería tu… tu clienta, ¿no? —le dijo cada vez más incómoda.

—¿Pensabas que estaba hablando de ti? —le preguntó Ben.

Olivia lo miró fijamente. Cada vez estaba más desconcertada.

—Bueno… Sí.

—No todo gira a tu alrededor, Olivia.

—¡Eso no es justo! —replicó ella enfadada—. Nunca actúo como si creyera que es así.

—¿Y lo de la habitación?

—¿Otra vez tienes que sacar ese asunto a colación?

Le sorprendió ver que Ben parecía relajarse mientras negaba con la cabeza.

—De acuerdo, es verdad —le dijo—. Y entiendo que pudieras pensar que estaba hablando sobre ti y nuestra… nuestra relación.

También ella sintió que se tranquilizaba al mirarlo. Parecía cansado y tenía ojeras, pero seguía estando muy sexy. Le bastaba con mirarlo para recordar cómo había sido besarlo, lo que había sentido entre sus brazos… Pero sabía que era mejor no seguir por ahí. Ya habían llegado los dos a la conclusión de que había sido un error dejar que pasara nada entre ellos.

Aunque recordó entonces que, en realidad, no habían hablado de ello. Se habían limitado a seguir como si no hubiera pasado nada.

—Si no hablabas de mí, ¿a quién te referías? —le preguntó ella.

Ben frunció el ceño y se pasó una mano por el cabello. Lo dejó de punta y le enterneció verlo así. Ese hombre era demasiado atractivo y demasiado salvaje para su propio bien.

—A Caris Dowling.

—¿Caris Dowling, la estrella de Hollywood? —preguntó atónita.

—Sí, eso es.

—¿Cómo has conseguido su atención? —le preguntó con una sonrisa.

Sabía que era algo totalmente irracional, pero estaba celosa.

—No lo sé. El caso es que se aloja aquí y quería usar el vestíbulo para celebrar su fiesta de cumpleaños. Ya le dije que no podía hacerlo. Me encargué de que otra persona le mostrara los diferentes salones que tenemos para organizar fiestas. Y ahora me entero de que ha

llamado un montón de veces a Spencer para exigirle que yo asista a su fiesta de cumpleaños —le explicó sacudiendo la cabeza como si no entendiera nada.

—¡Pobrecito! —repuso ella sonriendo—. Caris Dowling quiere que seas su novio…

—Si eso es lo que quiere, no lo va a conseguir.

—Es muy guapa.

Ben hizo una mueca.

—No es mi tipo.

Estuvo a punto de preguntarle cuál era su tipo, pero, afortunadamente, se mordió la lengua.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—¿No es obvio? Voy a usar nuestra farsa para mi propio beneficio —le dijo—. Su fiesta es mañana por la noche y tú irás conmigo.

Ben se ajustó la pajarita mientras hacía una mueca. Odiaba tener que vestirse de esmoquin y tampoco le apetecía tener que ir a esa fiesta solo porque a una actriz se le había antojado que lo hiciera. Creía que lo único bueno de esa noche era que estaría de nuevo con Olivia.

Le agradaba la idea, pero sabía que era peligroso. No había sido su intención besarla la noche que fue a su habitación, pero el cerebro había dejado de funcionarle en cuanto la vio allí de pie, mirándolo con gesto indignado. Era tan bella… Cuando le preguntó que por qué la había empujado después de que se besaran frente al teatro, perdió la cabeza.

Le había parecido ridículo que Olivia pudiera pensar que no había querido besarla, era todo lo contrario. Él había pensado que ella solo lo había hecho por los periodistas.

Después de lo de su habitación, en cambio, empezaba a ver que la atracción era mutua. Los dos lo habían admitido. Aunque el comienzo había sido complicado, estaba claro que él le gustaba tanto como ella a él. Habían tenido una conversación muy sincera en la suite de Olivia y, aunque nunca se había sentido cómodo hablando de esas cosas, le había sentado bien poder desahogarse un poco. En cierto modo, le había parecido necesario hacerlo. Empezaba a ver que tenían más en común de lo que jamás habría creído posible.

Pero, aun así, creía que no tenía sentido darle vueltas al tema. La única relación que tenían era un noviazgo ficticio y no tenía espacio en su vida ni en su corazón para nada más. No confiaba en sí mismo lo suficiente como para ser capaz de tener una relación real con alguien.

Seguía sin ser capaz de controlar completamente su ira. Le había pasado cuando Olivia cayó sobre él en la piscina o cuando lo llamó

Spencer y terminó lanzando el teléfono contra unas tumbonas. Lamentaba profundamente que Olivia lo hubiera visto así, perdiendo los papeles de esa manera.

Había mantenido su ira bajo control durante catorce años, pero verse de nuevo en un hotel Chatsfield había sido como abrir la caja de Pandora, la caja en la que había enterrado sus emociones. Odiaba tener que lidiar con tantos recuerdos a diario.

Sabía que no tenía sentido intentar tener ningún tipo de relación con Olivia, ni siquiera una aventura temporal. Era demasiado complicado.

Fue hacia su suite y llamó a la puerta. Se quedó sin respiración al verla. Estaba espectacular. Siempre lo estaba, pero llevaba un vestido largo de color verde esmeralda que hacía que destacaran aún más los reflejos de su pelo y sus bellos ojos. La prenda se moldeaba con perfección a su cuerpo. Se le fueron los ojos a sus firmes pechos, su estrecha cintura, sus largas piernas…

Volvió a levantar la mirada hacia su cara y vio que sonreía con picardía.

—¿Ya has terminado?

—No, aún no —respondió él riéndose mientras dedicaba unos segundos más a admirar su cuerpo.

Olivia se echó a reír mientras sacudía con incredulidad la cabeza.

Estaban coqueteando y esa vez no lo estaban haciendo para beneficio de la prensa. Parecía claro que su relación había pasado a un nivel superior. Después de besarse y hablar como lo habían hecho, las cosas habían cambiado entre ellos. Se dio cuenta de que ya no estaban fingiendo y no sabía si debía estar asustado o alegrarse.

—Estás preciosa —le dijo él.

Olivia movió la cabeza de manera muy coqueta y se dio cuenta de que estaba imitando a Caris Dowling.

—Gracias, cariño, pero la verdad es que no hay necesidad de decir algo que es obvio.

Ben no pudo evitar echarse a reír, impresionado con su capacidad para emular a la otra actriz.

—Está claro que tienes talento para la imitación.

—Tengo muchos talentos ocultos, cariño —continuó ella haciéndole un mohín.

—Esa mujer es un horror —repuso él.

—Sí, pero gana un montón de premios —le recordó Olivia—. ¿Cómo ha pasado un conocido y serio chef a convertirse en el anfitrión de un montón de caprichosas estrellas de cine?

—No lo sé. O soy tonto o demasiado bueno.

—Yo creo que ninguna de las dos cosas —murmuró Olivia frunciendo el ceño mientras lo observaba.

Creía que estaba allí porque seguía siendo ese niño que se empeñaba en agradar a la gente y conseguir que su familia se llevara bien, pero eso no pensaba contárselo. No estaba de ánimo esa noche para que nadie lo psicoanalizara.

—Vamos. No deberíamos llegar tarde a la fiesta —le recordó él.

—La gente más importante siempre llega tarde.

—Pero cuanto antes lleguemos, antes podremos irnos.

Se dio cuenta demasiado tarde de que Olivia podría malinterpretar sus palabras y creer que él tenía la intención de llevársela después a algún sitio, quizás para terminar lo que empezaron la otra noche. Aunque no estaba seguro de que ella estuviera interesada.

Después de todo, había sido ella la que le había parado los pies.

—¿Dónde es la fiesta? —le preguntó Olivia obligándolo a interrumpir sus pensamientos.

—En el Salón Parisino.

—¿No le molestará a Caris Dowling que aparezcas conmigo del brazo?

—Supongo que sí —repuso él encogiéndose de hombros.

—No creo que me convenga enfrentarme con una de las mujeres más poderosas de Hollywood.

—A lo mejor no, pero lo que quieres es que la gente te vea como la próxima estrella del cine. Además, seguro que solo soy una diversión temporal para la señorita Dowling. Mañana ya se habrá olvidado de mí.

—Ya me encargaré yo de que ese sea el caso —le prometió Olivia.

Ben no pudo evitar sonreír.

—No irás a hacer ninguna locura, ¿verdad?

Olivia fingió estar muy sorprendida.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Cuándo he hecho yo algo sin pensar?

—Estoy deseando ver qué va a ocurrir… —susurró Ben mientras entraban en el salón.

Caris fue directa hacia él en cuanto lo vio. Sintió que su cuerpo se tensaba al ver que se le acercaba con los brazos extendidos y una copa medio llena de champán en la mano.

—¡Caris! —exclamó de repente Olivia adelantándose para saludar a la otra actriz antes de que esta pudiera acercarse a Ben.

Las dos mujeres se besaron en las mejillas y Ben tuvo que contener una sonrisa al ver cómo Caris fulminaba a Olivia con la mirada.

Observó divertido el entusiasmo con el que Olivia saludaba a la otra actriz antes de girarse hacia él y tomar su mano.

—Ben, cariño, ven aquí —le dijo Olivia con una gran sonrisa y sin soltar posesivamente su mano—. ¿No te estaba diciendo antes lo curioso que es que Caris y tú seáis amigos? ¡El mundo es un pañuelo!

Caris parecía tan perpleja que no pudo articular palabra, se limitó a

asentir con rigidez. Estaba claro que no iba a perder la compostura durante su fiesta de cumpleaños. Y menos aún para enfrentarse a una actriz que era más joven y más bella que ella.

Olivia había conseguido salirse con la suya.

Después de unos momentos de incómoda conversación, Caris les dio una excusa y se alejó. Olivia tomó entonces una copa de champán de una bandeja y se quedó mirando cómo se alejaba la otra actriz hasta desaparecer entre la multitud.

—No creo que vuelva a molestarte —le dijo Olivia.

—No sabía que necesitara que me rescataran —respondió él.

Olivia se volvió hacia él con un brillo diabólico en los ojos.

—¿Acaso crees que los hombres no necesitan a veces que los rescaten las mujeres?

—Supongo que sí —le dijo sonriendo—. Tengo que reconocer que lo has hecho muy bien.

Olivia abrió los ojos al recibir el halago y su boca se curvó en esa sonrisa burlona que tanto le estaba empezando a gustar. Había pensado que era una mujer superficial, pero se había dado cuenta de que en realidad no lo era. A pesar de haber sufrido mucho, era divertida y positiva.

—Sí. Pero, por desgracia, acabo de enemistarme con una de las mujeres más poderosas de Hollywood.

—Pero ella está en decadencia y tú eres una actriz con todo el futuro por delante.

—Eso espero —repuso Olivia haciendo una mueca.

Pero Ben se dio cuenta de que estaba disfrutando mucho con todo aquello. Y él también. Quizás demasiado.

Estaba claro que Caris no iba a volver a molestarlos. Ya no tenían motivos para quedarse y le habría encantado irse a nadar a la piscina y después, a la cama.

Pero en ese momento tenía a una hermosa mujer agarrada a su brazo y una copa de champán en la mano. Por primera vez en mucho tiempo, le entraron ganas de divertirse. Con Olivia.

—¿Te apetece bailar? —le preguntó.

Olivia lo miró con sorpresa. Después, sonrió y dejó su copa en la bandeja de un camarero.

—Pensé que no ibas a pedírmelo nunca.

Mientras iba a la pista de baile y se acercaba a Ben para bailar, Olivia se dio cuenta de que aquello era muy peligroso. Pero también muy agradable. El cuarteto de cuerda comenzó a tocar una pieza y Ben colocó las manos en su cintura. Podía sentir lo cerca que estaban esos fuertes dedos de su trasero. Sintió estremecimientos de placer que

la recorrían de arriba abajo y echó la cabeza hacia atrás para sonreírle.

—No pensé que te gustara bailar.

—No suele gustarme, pero me pareció una pena echar a perder las circunstancias.

—¿A qué te refieres?

—A esta música, a la fiesta… A tu vestido.

Olivia sintió que se le encogía el estómago.

—Te gusta este vestido, ¿eh?

Ben la atrajo hacia su cuerpo y contuvo el aliento. La sensación era increíble.

—No me gusta, me encanta… —le susurró al oído.

Ella no pudo evitar estremecerse.

No entendía lo que le estaba pasando. Aquello ya no formaba parte del plan, no estaban coqueteando para que los vieran juntos y felices. Lo de esa noche le parecía demasiado real y demasiado intenso.

Y ella no sabía lo que quería. Sí sabía lo que deseaba. Más de lo que había deseado nada, pero eso le daba miedo por un montón de razones distintas.

Ben la abrazó aún con más fuerza contra él y, después de dudar un segundo, apoyó la mejilla en su hombro. La verdad era que había estado deseando hacerlo desde que la tomara por primera vez en sus brazos. Se sentía muy segura con él. Era reconfortante y su tentadora garganta estaba tan cerca de sus labios que no le habría costado nada besarlo.

Pero no iba a hacer algo tan estúpido. Aun así, le gustaba saber que tenía esa posibilidad.

Siguieron bailando lentamente al ritmo de la maravillosa música. Era increíble sentir las manos de Ben en su cadera. No quería que llegara el final, sabía que no iba a cansarse de estar así con él, entre sus brazos y dejando que la embriagara su cálido y masculino aroma.

Se sentía segura, cuidada y querida.

Sabía que era ridículo sentirse así, pero lo cierto era que había compartido más de sí misma con Ben que con cualquier otra persona. Y sentía más cosas por él de lo que había sentido por ningún otro hombre.

Cuando terminó la música, las parejas comenzaron a abandonar la pista de baile. Durante unos minutos, ninguno de los dos se movió. Siguieron moviéndose al compás de una música que ya no sonaba.

Después, Ben se echó hacia atrás y, cuando Olivia se arriesgó a mirarlo a los ojos, vio que había un deseo casi primitivo en su mirada. Sus ojos ardían en llamas y el corazón le dio un vuelco. Sintió que se le aceleraba el pulso cuando Ben tomó su mano y sin decir nada la sacó de la pista de baile y del salón.

Capítulo 7

En algún momento mientras bailaban en la fiesta, Ben decidió ignorar sus buenas intenciones y sus principios. Deseaba a Olivia y ella lo deseaba a él. Se dio cuenta de que todo podía ser muy sencillo. Había estado convencido de que era mejor no tener una aventura con ella, pero estaba cansado de ser precavido y de ignorar sus deseos. Solo iban a estar en ese hotel durante una semana y después, no iban a volver a verse. Decidió que quería explorar y disfrutar de esa atracción que había ido surgiendo entre los dos.

Además, no tenía la fuerza de voluntad necesaria para no hacerlo.

Había sacado a Olivia del salón de la fiesta sin que ella se resistiera ni le hiciera pregunta alguna. Atravesaron deprisa el vestíbulo del hotel y entraron después en el ascensor para subir a la planta donde estaba la suite de Olivia.

Se volvió hacia ella cuando el ascensor comenzó a subir. Olivia lo miraba con sus grandes ojos y los labios entreabiertos. Se quedó sin aliento cuando la aplastó entre su cuerpo y la pared para besarla con toda la necesidad y el deseo que había estado reprimiendo. La sangre le hervía en las venas y se dejó llevar por la libido. Agarró su resbaladiza falda de satén y tiró de ella hacia arriba, necesitaba sentir su piel desnuda contra la de él. Su mano encontró la suave y cálida piel de su gemelo y no pudo reprimir un gemido mientras subía la mano hasta su muslo.

Olivia echó la cabeza hacia atrás, respirando con dificultad.

—Demasiado vestido —murmuró él.

Sonó un timbre y se abrieron las puertas.

Ben dio un paso atrás, el deseo era tan fuerte que casi lo cegaba. Salió del ascensor y ella lo siguió, rebuscando en su pequeño bolso para encontrar la llave electrónica.

Pero Olivia estaba tardando demasiado, necesitaba sentirla de nuevo contra su cuerpo. Se volvió hacia ella, enmarcando su cara con las manos y dejando que los dedos se deslizaran por su exuberante melena. Ella inclinó hacia él la cara, esperando e invitándolo a besarla de nuevo.

No tuvo que pedírselo dos veces.

Esa vez, la besó lentamente, tratando de andar al mismo tiempo, saboreando la dulzura de su boca. Olivia se aferraba a las solapas de su chaqueta y arqueaba hacia él su cuerpo para estar aún más cerca.

Sus lenguas se entrelazaron y el deseo se hizo aún más intenso y urgente.

La presionó contra la puerta sin importarle que alguien pudiera verlos. No le importaba nada, solo ella.

Deslizó la mano hacia arriba por la suave tela del vestido y tomó uno de sus turgentes pechos, acariciando su pezón con el pulgar hasta sentir que se tensaba. Fue increíble oír sus gemidos de placer, la necesidad era cada vez más profunda.

Sintió entonces las manos de Olivia contra su torso y lo empujó ligeramente mientras apartaba la cabeza. Fue como una ducha de agua fría para Ben. Una vez más, Olivia lo apartaba de su lado. Se dio cuenta de que ni siquiera habían hablado, que no sabía si lo que acababa de ocurrir era solo fruto de su deseo o si era algo mutuo. Había estado demasiado abrumado por el deseo para pensar con claridad.

Avergonzado, dio un paso hacia atrás. Sabía que había sido demasiado agresivo.

—Olivia…

Ella se rio, parecía muy nerviosa.

—Besas muy bien, ¿sabes? —le dijo ella con la voz entrecortada.

—Pero te has apartado…

—Sí —repuso ella respirando hondo antes de seguir.

Suspiró entonces mientras se apartaba de él y conseguía por fin sacar la llave de su bolso.

—¿Quieres pasar a tomar una copa? —le ofreció Olivia.

Ben la miró con cautela, preguntándose qué estaría pensando ella en ese instante.

—Sí, buena idea.

Olivia pasó la llave por la cerradura electrónica y entraron en la suite. Notó que estaba nerviosa, aunque trataba de no parecerlo. Dejó el bolso en la mesa del vestíbulo y fue directa a la cocina. Abrió la nevera que había llenado él mismo para ver si había algo de beber.

—Hay una botella de vino blanco en el estante inferior —le dijo a Olivia.

—Estupendo —repuso ella sonriendo.

—¿Quieres que la abra yo? —le ofreció él.

—Si no te importa… —repuso Olivia dándole la botella.

Se acercó a ella y sacó un sacacorchos de uno de los cajones de la cocina. Abrió la botella y sirvió un poco de vino en dos copas.

—¿Qué te pasa, Olivia? —le preguntó en voz baja mientras le daba una de las copas.

Él vio que apretaba la copa con fuerza. Tenía los nudillos blancos.

—¿Qué quieres decir?

—Te veo muy nerviosa —le dijo—. ¿Te he asustado?

—¿Que si me has asustado? —repitió ella sorprendida—. No.

—Entonces, ¿por qué me besaste como lo has hecho para después apartarte? Creía que los dos lo teníamos muy claro… Que sabemos lo que queremos —le explicó él esperando no haberse equivocado con ella—. ¿No?

Olivia tomó un trago bastante grande de vino antes de volver a mirarlo a los ojos. Se había ruborizado.

—Sí, es verdad —susurró ella—. Pero… Creo que deberías aclararme qué es lo que quieres.

—A ti —le contestó él.

La necesidad era demasiado urgente como para andarse con rodeos.

—Lo que quiero es tenerte en la cama. Bueno, en la cama o en cualquier otro sitio.

Vio que Olivia tragaba saliva y dio un paso hacia ella.

—Te deseo —le dijo de nuevo—. Mucho. Pero, si no es eso lo que quieres, dímelo ahora, Olivia.

—Bueno… —comenzó ella.

Se pasó la lengua por los labios y Ben apenas pudo reprimir un gemido.

—Sí. También lo deseo yo —susurró Olivia—. Porque estamos hablando solo de sexo, ¿verdad? De nada más…

—Por supuesto —le confirmó Ben—. No me interesa nada serio.

—A mí tampoco.

Le entraron ganas de preguntarle por qué, pero no era el momento, solo podía pensar en una cosa.

—Entonces, estamos de acuerdo —comentó él—. Pero veo que sigues apretando la copa como si estuvieras muerta de miedo.

—Bueno, es que… —comenzó Olivia entre nerviosas risitas—. Esto es un poco embarazoso…

—No tiene por qué serlo.

—Sí, pero es que aún no te he dicho…

Olivia se interrumpió para tomar otro sorbo de vino. Él también estaba cada vez más nervioso.

—¿No me has dicho el qué?

Ella respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Esta es la parte difícil.

Fue de la cocina al salón y se dejó caer en el sofá de cuero blanco. Con el brillante vestido de color verde esmeralda sobre sus piernas, parecía una sirena flotando en un océano de cuero.

—La verdad es que nunca he hecho esto —le dijo Olivia con más firmeza.

—¿Qué? —le preguntó él con el ceño fruncido.

No sabía si se referiría a tener una aventura. Siempre le había parecido una mujer bastante segura de sí misma y le extrañaba verla

tan nerviosa.

—Y no me refiero al hecho de no haber tenido nunca una aventura de una noche —le explicó Olivia—. Supongo que eso es lo que habrás entendido. A lo que me refiero… —agregó mordiéndose el labio inferior durante un segundo—. Lo que quiero decir es que nunca he tenido relaciones sexuales.

Ben se quedó mirándola. No dijo nada. Estaba claro que lo había dejado sin palabras.

Olivia sintió que se sonrojaba de nuevo y se le hizo un nudo en el estómago. Se sentía muy avergonzada. La expresión que veía en su rostro… Era como si acabara de decirle que tenía una terrible enfermedad.

—Vaya. Eso no me lo esperaba —le dijo Ben cuando recuperó la voz.

Su tono era tranquilo, Olivia no podía saber qué estaba pensando y se arrepintió de haber admitido que era virgen. Pensó que quizás habría podido fingir tener experiencia en ese terreno.

Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse y no sabía si su confesión iba a cambiar las cosas. A lo mejor Ben no se acostaba con mujeres sin experiencia.

—Bueno, es que… No hay ningún motivo. No ha pasado, eso es todo —le explicó ella.

—Cuesta creerlo.

—He tenido oportunidades, por supuesto —le dijo—. Pero, por una razón u otra, no ha ocurrido.

—Claro —susurró él.

—No hablemos más de esto, por favor —le pidió ella.

Se bebió de un trago el resto de su vino y se levantó del sofá.

—¿Dónde está la botella?

—No creo que el vino consiga mejorar esta situación, pero la dejé en la cocina —le contestó Ben.

Fue a la cocina y llenó su copa hasta arriba.

—¿A qué situación te refieres, Ben? —le preguntó ella desafiante.

Le había costado mucho reconocer su falta de experiencia y no necesitaba su piedad, pero tampoco quería que se riera de ella.

Lo único que quería era estar con él. Lo deseaba.

Aunque estaba incómoda y algo avergonzada, lo deseaba. Tanto como para haber admitido su inexperiencia.

Ben la había seguido a la cocina y la miró desde la puerta.

—Despacio —le dijo al ver que tomaba un buen trago de vino.

Ella lo miró por encima del borde de la copa.

—Estoy bien.

—Eso ya lo sé, Olivia. Estás más que bien —le dijo él—. Eres bella, inteligente, sexy y tienes mucho talento. Si me ha sorprendido lo que me has dicho es porque es difícil de creer. ¡Eres increíble!

Olivia se quedó sin palabras al oír lo que le decía y cómo se lo decía. Sabía que le hablaba con sinceridad, de corazón. Nunca le había oído hablar así y algo le decía que tampoco Ben había esperado confesarle tanto, pero sabía que se lo decía en serio.

—Vaya… —susurró mientras dejaba su copa de vino en la encimera —. Bueno, gracias.

—De nada.

—No era eso lo que pensabas de mí cuando me conociste —le recordó ella.

—Es verdad, pero entonces no te conocía. Las cosas han cambiado.

Olivia se preguntó si de verdad habían cambiado tanto. Tenía claro que quería acostarse con ella, pero también pensaba que eso era todo, que no tenía sentido creer que podría haber algo más.

Además, cabía la posibilidad de que ya no quisiera irse a la cama con ella, prefería no preguntárselo.

Tomó otro sorbo de vino.

—Así que has tenido oportunidades… —comenzó Ben—. ¿Pero no quisiste…?

—No quería hacerlo con cualquiera —respondió ella encogiéndose de hombros—. No es que estuviera esperando a que llegara mi príncipe azul, el verdadero amor ni nada parecido —agregó rápidamente para que no la malinterpretara—. No hubo nadie que me gustara tanto como para dar ese paso. Los años en el instituto fueron muy duros y después, en la universidad, estaba totalmente centrada en mis estudios de teatro e interpretación. Entonces ya me veía algo mayor, no quería tener que dar explicaciones… Es una situación muy incómoda —le dijo sonriendo.

—No tiene por qué serlo, Olivia. No tienes nada de lo que avergonzarte, te has limitado a ser exigente y eso es algo bueno.

—¿Eso crees? —le preguntó ella—. A veces me gustaría no haber esperado tanto.

Ben dio un paso hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Y ahora? ¿Qué sientes ahora? —le susurró él—. ¿Crees que me deseas tanto como yo a ti?

—Sí —le confesó ella—. Lo hago. Quiero… quiero que mi primera vez sea contigo.

Vio cómo se encendían sus ojos con un potente fuego, pero después negó con la cabeza.

—Pero era verdad lo que te dije antes. No busco una relación, solo sería una aventura, Olivia. Nada más. Un par de semanas como mucho.

—Eso también es lo que quiero yo. Soy virgen, pero eso no significa que quiera algo serio o que voy a intentar que te cases conmigo, Ben —contestó algo ofendida.

Olivia entendía en cierto modo su preocupación, pero no quería nada más. Eso era al menos lo que trataba de decirse a sí misma.

—Muy bien —repuso él.

—Ahora mismo, lo que quiero es seguir centrada en mi carrera —le dijo con firmeza—. Y tampoco me importaría tener una experiencia sexual maravillosa. ¿Crees que podrías estar a la altura?

Ben le dedicó una sonrisa.

—Creo que sí. Siempre y cuando tengas claro que…

—No, ya basta de advertencias —lo interrumpió ella—. No me vas a romper el corazón, de verdad.

Eso era al menos lo que esperaba, porque una parte de ella no terminaba de creerse lo que le acababa de decir.

—Muy bien —repitió él.

—Entonces… —comenzó ella extendiendo los brazos—. ¿Ahora qué? —le dijo esperando que Ben se acercara a ella, la tomara en sus brazos y la llevara al dormitorio.

Ben se frotó la mandíbula, parecía pensativo.

—Bueno, lo que me has dicho cambia un poco las cosas.

—No tiene por qué…

—No voy a hacer el amor contigo esta noche.

Aunque estaba decepcionada, le sorprendió y le gustó que lo llamara «hacer el amor», le emocionaron sus palabras.

—¿Por qué no?

—Porque la primera vez debe ser especial.

—¡Por favor! —repuso ella poniendo los ojos en blanco—. No tengo dieciséis años. No necesito velas ni ramos de rosas. Además, sé que la primera vez no suele ser una buena experiencia para la mayoría de las mujeres.

—Pero yo quiero que sea especial.

Olivia se rio al oírlo.

—Sí, claro.

Pero vio que Ben la miraba de una manera completamente diferente.

—Hablo en serio, Olivia. ¿Por qué no iba a querer que fuera especial? Recuerda lo que te dije sobre la limusina la noche del estreno.

—Dijiste que si íbamos a hacerlo, merecía la pena hacerlo bien —repuso ella.

—Exacto.

Respiró hondo antes de hacerle la siguiente pregunta.

—Muy bien. Entonces, ¿cuándo?

—¿Estás libre mañana por la noche?

—¿Para acostarme contigo? Supongo que sí —contestó ella sonriendo.

—Perfecto.

Ben tomó sus manos y tiró de ella, atrayéndola hacia él. Se acercó lentamente, un poco a regañadientes. Todo lo que estaba pasando era algo extraño, pero tenía la sensación de que tenía que ser así.

Él tomó su cara entre las manos y le metió cuidadosamente un mechón de pelo tras la oreja. Fue un gesto tan tierno que la emocionó.

—Te recogeré a las siete —le dijo él.

Y le dio después un beso dulce, un beso suave, un beso que era sobre todo una promesa.

—Nos vemos mañana —susurró contra sus labios.

Y después, se fue.

Olivia Harrington era virgen. Era lo último que habría esperado descubrir esa noche. Ben sacudió la cabeza con incredulidad. Nunca habría podido adivinarlo. Era mejor actriz de lo que había pensado. Desde el primer día, Olivia había proyectado un aire de experiencia, descaro y seguridad.

Pero no podía echarle tampoco en cara que lo hubiera engañado. No lo había hecho.

Lo cierto era que le había impresionado por su valentía. Sabía que era difícil ser de una manera y sentirse de otra. Lo sabía muy bien.

Creía que Olivia había estado escondiendo su inexperiencia y nerviosismo, pero él le había estado ocultando algo mucho más peligroso. Su ira. El tipo de ira que lo había dominado en ocasiones y había estado a punto de matar a un hombre. Esos días sentía que tenía las emociones a flor de piel, que no podía controlarlas como lo hacía siempre y eso le daba miedo.

Cuando Olivia le había revelado su inexperiencia, había tenido ciertas dudas, pero no tardó en olvidarlas. Después de todo, era una mujer adulta. Tenía veintiséis años y quería acostarse con él.

Y él deseaba ser el hombre que le mostrara cuánto podía llegar a disfrutar en la cama. Cuando llegara el momento, iba a asegurarse de que fuera tan dulce, agradable y maravilloso como ella se merecía.

Capítulo 8

Olivia había pasado bastante tiempo pensando en qué ponerse para su primera vez. Había llegado a la conclusión de que la ropa interior era clave y se había ido de compras a las Galerías Lafayette de Berlín. Le costó decidirse en la sección de lencería.

No quería nada que fuera demasiado atrevido o sexy y dejó de lado los corpiños de encaje negro y los conjuntos transparentes en rojo. Creía que ese tipo de lencería le iba a hacer parecer algo desesperada, como si estuviera tratando de ser alguien que no era.

La misma razón la llevó a ignorar los camisones sencillos y recatados. Creía que no había tampoco necesidad de enfatizar lo obvio.

Por desgracia, se quedó con muy pocas opciones.

—¿Busca algo especial? —le preguntó una dependienta mientras se acercaba a ella.

Olivia tuvo que controlarse para no suspirar. Sí, buscaba algo especial, pero eso era algo que no iba a contarle a esa mujer ni a nadie.

Ben le había dicho que la primera vez debía ser especial. Y, en teoría, ella estaba de acuerdo, pero empezaba a sentir mucha presión. No quería hacerse ilusiones y descubrir después que en realidad no era tan especial. Temía hacer algo mal o decir algo inconveniente o vergonzoso. También le preocupaba no ser buena en la cama, no estar a la altura de Ben.

Porque, aunque había admitido que no había tenido relaciones sexuales, no había sido demasiado explícita sobre la poca experiencia que tenía. Un par de besos, eso era todo.

Era algo que nunca le había molestado. Había estado demasiado centrada en su carrera.

Pero empezaba a sentir que su ignorancia era un gran peso que acarreaba sobre su espalda y su alma. Había visto un montón de películas, había leído novelas románticas y tenía tantas fantasías como cualquier otra mujer, pero sabía que la realidad era distinta…

—¿Seguro que no necesita mi ayuda? —le preguntó la dependienta.

—No, gracias —repuso ella mientras elegía el primer sujetador que vio.

Salió de la tienda quince minutos más tarde con un sujetador liso de seda negra y braguitas a juego. No era un conjunto especialmente

romántico ni sexy. De hecho, tenía uno muy parecido en la suite. Si había estado tratando de lograr algo con la compra de ropa interior para tan especial ocasión, había fracasado estrepitosamente.

En cuanto volvió a su habitación, dejó la bolsa en una silla y fue a prepararse un baño. Ben iba a recogerla un par de horas más tarde y ya tenía un nudo en el estómago. Vio que le temblaban las manos mientras vertía sales en la bañera. Sabía que tenía que calmarse.

El baño la ayudó un poco y consiguió estar algo más tranquila cuando llegó la hora de que Ben fuera a recogerla. Llevaba la ropa interior que se había comprado esa tarde y un vestido negro, suelto y corto que tenía pequeños cristales cosidos a la fina tela de gasa. Le gustaba porque brillaban cada vez que se movía. Le pareció que le daba una imagen elegante y sofisticada. Eso era al menos lo que esperaba.

Sonó el timbre y sintió que se le aceleraba el pulso. Estaba tan nerviosa que le sudaban las palmas de las manos. Respiró hondo y sonrió. Había llegado la hora de la función.

—Hola —lo saludó ella tras abrir la puerta.

Llevaba una camisa negra y pantalones grises. Tenía un aspecto muy sexy.

—Estás preciosa —repuso Ben mientras se inclinaba para besarla en la mejilla—. No has cambiado de opinión, ¿no?

—No.

—Estupendo.

—¿A dónde vamos?

—Nos vamos a quedar en el Chatsfield.

—Muy bien —repuso ella mientras salían de la suite.

Ben se volvió hacia ella con una sonrisa mientras esperaban el ascensor.

—¿Has comido alguna vez en el restaurante del hotel?

—No.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —bromeó Ben.

Ella sacudió la cabeza al oírlo. Le hacía gracia, pero también se sentía algo avergonzada.

—Por favor, dime que no vas a estar toda la noche con ese tipo de bromas.

—No te preocupes, no volveré a hacerlo —le prometió Ben.

Pero la verdad era que le gustaba verlo así, riéndose y de buen humor. Entraron en el ascensor para subir al restaurante.

Le encantaba ver lo feliz y relajado que parecía. Nunca lo había visto así. Solía estar tenso, como si estuviera tratando de controlarse a sí mismo. Esperaba que no lo hiciera esa noche.

El restaurante del Chatsfield estaba bajo la piscina de la azotea y también tenía una vista panorámica de la ciudad. Era muy bueno y

caro, igual que el hotel, y se dio cuenta de que no sabía si iba a ser capaz de sobrevivir a una elegante cena de tres platos con Ben. Estaba segura de que no iba a poder dejar de pensar en lo que iba a suceder después.

—Relájate —le dijo Ben al oído.

Se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—No estoy nerviosa —mintió ella.

—No eres tan buena actriz, Olivia.

—¡Eh! No digas eso.

Ben se rio entre dientes y ella no pudo evitar sonreír. Ya estaba más tranquila. Estaba segura de que iba a ser una cena muy agradable.

Se abrió el ascensor y Ben la condujo hacia el restaurante colocando una cálida mano en su espalda. Se quedó boquiabierta al entrar y ver que todas las mesas vacías tenían velas encendidas, pero no había nadie en ellas.

—¿Dónde está todo el mundo?

—He cerrado el restaurante esta noche.

—¿Cómo?

—He cerrado el restaurante —repitió él—. Privilegios de ser el director del hotel. De todos modos, el personal necesitaba un descanso. Han estado trabajando muy duro para atender a todas esas caprichosas estrellas de cine.

Olivia miró a su alrededor. Era increíble estar en medio de ese mar de mesas y con el elegante comedor iluminado solo con la luz de las velas. Más allá, podían ver las luces de la ciudad brillando bajo un cielo oscuro. Respiró profundamente y soltó poco a poco el aire.

—Esto es todo un privilegio. Este restaurante está normalmente lleno.

—Bueno, tú te lo mereces —repuso Ben mientras la acompañaba a una mesa situada junto a una ventana que daba al parque Tiergarten.

—Bueno, eso aún no lo sabes —le dijo ella.

—¿Crees que tengo alguna duda? —le preguntó Ben con una ceja levantada—. Un solo beso me ha mantenido despierto toda la noche. No estoy preocupado, Olivia. Y tú tampoco deberías estarlo.

Ella no pudo evitar ruborizarse.

—De acuerdo —susurró mientras tomaba su servilleta.

—Déjame a mí —le pidió Ben.

Con una sonrisa, tomó la elegante servilleta de lino y se la puso en el regazo, dejando que sus manos rozaran sus muslos más de lo que era necesario. Sintió las chispas en cuanto la tocó.

Se dio cuenta de que no tenía por qué estar preocupada. Estaba claro que había mucha química entre ellos. Aun así, lo que iba a pasar esa noche era algo nuevo, extraño y excitante.

Muy excitante.

—Bueno, ¿qué hay en el menú de esta noche? —le preguntó sonriendo—. Aparte de mí, por supuesto.

—Nada tan delicioso como tú —repuso Ben—. Pero intentaré estar a la altura.

Olivia miró de nuevo a su alrededor.

—¿No hay camareros?

—No, les di la noche libre.

—Espero que no les importara.

—Les prometí la paga de esa noche, así que espero que estén contentos.

Tragó saliva al oírlo.

—No era mi intención causar tantos problemas. Te has pasado, Ben.

—Quería hacerlo —le dijo sin dejar de mirarla.

Había mucha calidez en sus ojos. Olivia tragó saliva de nuevo. No recordaba que nadie hubiera hecho nunca algo así por ella. Había sido siempre ella la que había luchado y trabajado muy duro para demostrar su valía. Le estaba empezando a gustar que la mimaran porque, como le había dicho él, se lo merecía.

Pero una traicionera voz interior le recordó que no, que no se lo merecía.

Trató de ignorarla y sonrió a Ben.

—Gracias —le dijo devolviéndole la sonrisa.

—De nada. Voy a por el primer plato.

Trató de relajarse y disfrutar del bello y lujoso entorno mientras Ben iba a la cocina. Se preguntó qué iba a servirle. Se le pasó por la cabeza que pudieran ser ostras, aunque la verdad era que no necesitaba ningún afrodisíaco. Su cuerpo ya anticipaba lo que iba a pasar esa noche.

Ben regresó unos minutos más tarde con dos platos de *carpaccio* de ternera, decorados con ramitas de tomillo y rociados con aceite de oliva.

—He preferido hacer algo sencillo —le dijo él—. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

—¿Cómo? ¿Lo has cocinado tú?

Ben sonrió y se encogió de hombros.

—Pensé que era mejor no tener a nadie en la cocina. Así tenemos más intimidad.

—Tiene un aspecto buenísimo.

Le emocionaba que se hubiera preocupado tanto por hacer que esa noche fuera especial. La luz de las velas inundaba el restaurante, y la comida y el vino eran deliciosos. También él estaba muy guapo. Todo era perfecto.

Olivia se dio cuenta, con un nudo en la garganta, de que nunca iba a olvidar esa noche. Aunque solo fueran a tener una breve aventura

amorosa, ya sentía que el momento tenía una gran carga emocional y eso le daba miedo.

—Parece que los Chatsfield sabéis cómo lograr que una chica se sienta especial —bromeó ella.

—¿Los Chatsfield? —repuso Ben frunciendo el ceño.

—Me refería a la declaración de amor de tu hermano James en una pantalla gigante de Times Square. Creo que fue el mismo día que le pidió a la princesa Leila que se casara con él —le aclaró ella—. ¿Te llevas bien con tus hermanos?

Vio que Ben apretaba los labios. Supuso que era un tema difícil.

—Sí, solíamos llevarnos muy bien —contestó bajando la mirada al plato—. Nos llamábamos los «Tres Mosqueteros».

—¿Y cuál de los tres eras tú? No he leído el libro, pero recuerdo la película —le dijo ella sonriendo—. ¿Eras Athos, Aramis o…? No recuerdo el nombre del tercero, que era un dandi…

—Porthos —apuntó Ben con una leve sonrisa—. No sé cuál era yo, pero, si había un mosquetero con vocación conciliadora, un pacificador, ese era yo.

—El pacificador —repitió Olivia con gesto pensativo—. ¿Es que había muchas peleas en tu familia?

—Mis padres discutían mucho, aunque no en público. Y también lo hacía mi padre con Spencer.

—¿Por qué con Spencer?

Ben apretó los labios antes de contestar.

—No se llevaban bien —le explicó después de unos segundos en silencio.

—Entonces, ¿tú tratabas de intervenir para que reinara la paz en casa?

—Hacía lo que podía. No tuve mucho éxito, pero al menos lo intentaba.

Olivia se lo imaginó como un joven desesperado por mantener a todos felices y sin terminar nunca de conseguirlo. Se preguntó si por eso parecía tener en la actualidad esa naturaleza salvaje dentro de él que parecía esforzarse tanto por ocultar. Era como si su personalidad se hubiera rebelado después de tener que luchar por ser siempre el más estable de su familia, el que trataba de mantener la paz en la casa. Pensó que quizás no hubiera tenido nunca la oportunidad de dejarse llevar. Esperaba que lo hiciera al menos esa noche.

—¿Y tú? ¿Te llevas bien con tus hermanas? —le preguntó entonces Ben.

—La verdad es que no —admitió ella con el ceño fruncido—. Supongo que teníamos distintos intereses. Me gustaría que estuviéramos más unidas. Como lo estaba yo con mi madre. Éramos muy parecidas, a ella también le gustaba la interpretación.

—¿Por eso te metiste en este mundo?

—Sí. Sé que le encantaría ver que ahora soy actriz.

Su carrera tenía más que ver con su madre de lo que Ben se podría imaginar, pero eso no se lo iba a decir nunca.

—Si tan unidas estabais, supongo que sufrirías mucho con su muerte.

—Sí —susurró Olivia con un nudo en la garganta.

Sabía que nunca iba a dejar de dolerle la pérdida de su madre. Llevaba catorce años viviendo con ese vacío en su interior y también con su propio fracaso. Estaba convencida de que nunca iba a desaparecer por completo el dolor.

—Esta conversación es demasiado seria —le dijo sonriendo—. Deberíamos hablar de otra cosa.

—Muy bien. Voy a por el segundo plato. Y, cuando vuelva, me hablas de esa película en la que quieres participar, ¿de acuerdo?

Ben se fue a la cocina y ella aprovechó la oportunidad para tratar de recobrar la compostura. Sabía que no debería haber mencionado a su madre. Pero, por algún motivo que desconocía, le resultaba muy fácil hablar con Ben de esas cosas. Se le daba bien escuchar y sentía que le importaba de verdad lo que le decía y lo que sentía. Era una sensación extraña para ella y tenía que admitir que le gustaba. Le gustaba sentir que era importante para alguien.

«No te adelantes, Olivia. Solo es una aventura, no lo olvides», se dijo.

Ben regresó con dos platos humeantes. Puso uno delante de ella y le llegó de repente un delicioso aroma a naranja y limón.

—Filetes de salmón salvaje con salsa de cítricos —le explicó Ben—. Una especialidad de la casa.

—Huele fenomenal y tiene un aspecto increíble.

—Gracias —repuso Ben—. Bueno, háblame de la película.

Probó el salmón y cerró los ojos un segundo cuando los sabores estallaron en su boca. Era un plato maravilloso.

—Es un drama que se desarrolla en tiempos de guerra y yo haría el papel de la esposa de un soldado que ha desaparecido. Sería mi primer papel protagonista en una película importante.

—¿Cuándo vas a saber si te dan definitivamente el papel?

Le bastaba con hablar de esa película para que se pusiera nerviosa.

—Creo que hacia el final del festival. Los productores querían verme en *Blue Skies Forever* antes de decidir, pero le dijeron a mi agente que no se preocupara, que contaban conmigo. Pero aún no he firmado nada, así que…

—Así que, como me dijiste, no puedes permitirte el lujo de hacer nada que pueda echar a perder esa oportunidad, ¿no? —le recordó Ben.

—Eso es. Siento haber tenido que pedirte que fingieras tener una relación conmigo. Sé que lo odias.

—Bueno, no lo estoy odiando tanto como pensaba… —respondió Ben.

Olivia se estremeció al oírlo. Nunca se había sentido tan apreciada ni tan deseada.

La intensa y constante mirada de Ben era el afrodisíaco más poderoso del mundo.

—Ben, no sabes cuánto te agradezco todas las molestias que te has tomado esta noche con la cena, el restaurante, las velas… Está siendo la noche más increíble de mi vida —le confesó sin poder evitar sonrojarse.

—Y esto es solo el principio —le recordó él.

—Es verdad —murmuró Olivia imaginando en su cabeza lo que aún estaba por llegar.

—Me encanta cuando veo que te sonrojas —le dijo Ben con un tono de voz tan sexy que la dejó sin aliento—. No puedo evitar preguntarme si se sonrojará también el resto de tu cuerpo.

Sintió una oleada de calor quemándole las entrañas. Le sorprendió la facilidad y rapidez con las que Ben había conseguido disparar su deseo.

—Pero ahora lo que toca es disfrutar del postre —agregó Ben mientras recogía los platos y se iba a la cocina.

Ella aprovechó para levantarse también. Estaba demasiado inquieta para permanecer sentada. Sentía que todo su cuerpo palpitaba. Estaba tan nerviosa como excitada. No podía dejar de pensar en lo que iba a pasar, en sentir de nuevo las manos de Ben sobre su piel, dejándose llevar por esa naturaleza salvaje y desenfrenada que tanto le excitaba. Iba a saber muy pronto cómo era sentir que la hacía suya por completo…

Dio vueltas por el comedor del restaurante, la ciudad se extendía a sus pies como un enorme mapa lleno de luces parpadeantes. No entendía por qué estaba tardando tanto, llevaba al menos diez minutos en la cocina y la espera se le estaba haciendo eterna.

Decidió entonces que no tenía por qué esperar ni un minuto más. Podía ser que fuera una mujer inexperta, pero no tenía por qué ser tímida. Se dio media vuelta y fue con decisión hacia la cocina.

Ben se quedó mirando el desastre con el ceño fruncido. Acababa de descubrir que la *fondue* de chocolate no había sido la mejor elección para el postre de esa noche. Había querido preparar algo romántico y sensual, pero sin tener que pasarse horas en la cocina. Por eso había puesto el chocolate al baño maría, con la esperanza de que se fundiera

a fuego lento mientras Olivia y él terminaban el segundo plato.

Pero había estado demasiado enfrascado en la conversación, y la compañía, para prestar atención al reloj. El chocolate había hervido y temía haberse quedado sin postre.

Había estado demasiado ocupado disfrutando con ella, deleitándose en la vista y admirando cómo hablaba, sonreía o incluso cómo sostenía el tenedor… No había podido dejar de mirarla durante toda la cena, pensando en lo que iban a hacer después. Había sido la forma más exquisita de tortura que podría haberse imaginado.

Agregó un poco de mantequilla y agua para tratar de recuperar la salsa de chocolate. Le preocupaba lo que Olivia pudiera estar pensando al ver que no volvía al comedor. Esperaba no haberse equivocado al cocinar para ella, pero era su pasión y la mejor manera que tenía de mostrarle a alguien cuánto le importaba.

Frunció el ceño. Hasta ese momento, no había sido consciente de cuánto le importaba esa mujer.

—¿Ben?

Levantó la vista y se encontró a Olivia entre las enormes ollas y sartenes que colgaban del techo. Le estaba dedicando una de sus sonrisas juguetonas, pero había cierta vulnerabilidad en sus ojos.

—Lo siento. Me temo que he tenido un contratiempo con el postre —le explicó él.

Olivia se le acercó contoneando sensualmente las caderas. No podía dejar de mirar cómo se pegaba la tela del vestido a sus curvas.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba preparando una *fondue* a fuego lento, pero el chocolate hirvió y se desbordó. Me temo que la compañía era demasiado fascinante y se me fue el santo al cielo.

Olivia le dirigió una mirada traviesa. Después, metió un dedo en el chocolate, se lo llevó a los labios y lo lamió muy lentamente. Ben tragó saliva.

—Sabe muy bien —le dijo ella.

Tuvo que controlarse para no ir hacia ella y besar esa boca con sabor a chocolate.

—Tenía fresas y trozos de piña para mojar en la *fondue* —dijo él con la voz algo ronca.

—¿Fresas? —repitió Olivia con una media sonrisa.

Había dejado un poco de chocolate en la comisura de su tentadora boca y le costó controlar el impulso casi animal de acercarse a ella para limpiárselo con la lengua.

—Sí…

Olivia se inclinó hacia delante, ofreciéndole una fantástica vista de su escote, y tomó una de las fresas que Ben tenía a su lado. La sumergió en el chocolate y después, lentamente, se la llevó a la boca.

Esa vez, no pudo evitar gemir. Lo tenía hipnotizado.

—Olivia… Me estás matando…

—A mí me pasa lo mismo —repuso ella—. ¿Por qué no te acercas y acabas con lo que es una tortura para los dos?

Ben se quedó sin saber qué decir. Quería hacerlo. Lo deseaba más que nada, pero tenía un plan. Quería que disfrutaran del postre. Después, pensaba llevarla de vuelta a su suite y hacerle el amor de la manera más lenta y dulce posible. Había pensado que era mejor no intentar nada demasiado radical, no se le olvidaba que era su primera vez y que Olivia necesitaba sentirse segura.

Pero Olivia lo estaba mirando en ese instante con deseo en sus ojos.

—Bésame —le dijo ella acercándose y echando hacia atrás la cabeza.

No podía decirle que no. Decidió que lo haría, un solo beso y después podrían ir a la suite, donde tenía velas y pétalos de rosa esperándolos.

Solo un beso.

Dejó la varilla que había estado utilizando y la tomó entre sus brazos. Sus bocas se rozaron. Olivia sabía a fresas y a chocolate. La besó entonces con fuerza, deslizando suavemente la lengua sobre sus labios. No pudo ahogar un gemido de puro placer. La necesidad lo dominaba, haciendo que se olvidara de todo lo demás.

Olivia le rodeó el cuello con los brazos y sintió que presionaba su cuerpo contra él para que pudiera sentir la suavidad de sus pechos y el calor de su cuerpo. Gimió de nuevo, no pudo evitarlo. Estaba deseando deslizar las manos bajo la resbaladiza tela de su vestido, necesitaba sentir la suavidad de su piel…

—Deberíamos parar… —susurró tratando de apartarse.

Pero Olivia no se lo permitió.

—¿Parar? Pensé que esa palabra no iba a formar parte de nuestro vocabulario esta noche.

—Estamos en la cocina, Olivia…

—¿Y? —repuso ella con una pícara y desafiante sonrisa.

—Y no quiero empezar algo que no tengo intención de terminar en este sitio, entre todas estas ollas y sartenes —respondió él con la poca fuerza de voluntad que le quedaba—. Vamos a tomar el postre y… O podemos saltarnos el postre si quieres, pero…

—Eso sí que es una buena idea.

—Podemos ir a tu suite…

Olivia se limitó a sacudir la cabeza.

—Te agradezco el esfuerzo, Ben. Todo esto es muy romántico, de verdad. Pero te deseo y quiero hacerlo aquí y ahora —le dijo mientras agarraba su camisa y volvía a acercarse a él.

La poca fuerza de voluntad que le quedaba a Ben se desvaneció en

cuanto Olivia lo besó.

El beso hambriento y apasionado de esa mujer hizo que su deseo se elevara hasta la estratosfera y no pudo evitar besarla de la misma manera, con el mismo deseo y necesidad.

Deslizó las manos bajo el vestido de Olivia y agarró con fuerza su delicioso y redondeado trasero. Su cálida piel era tan suave como el terciopelo y sus braguitas no eran más que un diminuto trozo de seda.

Pero aún le quedaba algo de sentido común y consiguió murmurar algo contra sus labios.

—Aquí no… —susurró Ben.

Pero Olivia debió de darse cuenta de que ya apenas podía resistirse porque se limitó a presionar con más fuerza su cuerpo contra él mientras rodeaba su cadera con una de sus largas y esbeltas piernas.

—Sí —le dijo con firmeza ella—. Aquí. Aquí y ahora. No quiero que me trates como a una delicada princesa. Quiero que esto sea real y excitante.

Olivia deslizó las manos entre los dos y tiró de su camisa para abrirla. Oyó cómo caían al suelo algunos botones.

—Hay demasiadas mentiras en mi vida, Ben. Tanta falsedad… —susurró Olivia con emoción en la voz mientras le abría la camisa—. Quiero que esto sea real. Y salvaje.

Le quitó la camisa y no pudo evitar gemir cuando Olivia mordió uno de sus hombros.

—Quiero que seas salvaje. Sé que puedes hacerlo. Lo sentí cuando te conocí y así es como quiero que seas conmigo, Ben.

Le costó entender lo que le estaba pidiendo, lo que implicaban sus palabras, pero consiguieron penetrar la espesa niebla de su deseo. No se podía creer que Olivia hubiera sentido esa energía, esa ira que tenía dentro y que eso le gustara. Una parte de él se rebeló contra esa idea. Le horrorizaba. Pero otra parte de su ser rugió con fuerza, quería perder el control, dejarse llevar por fin. Quería ser tan real y salvaje como Olivia quería que fuera. Por una vez.

Al menos por una vez.

Y esa parte de su ser fue la que ganó esa noche.

Capítulo 9

Olivia fue muy consciente del instante en el que Ben decidió hacerle caso y dejarse llevar. Sintió de repente que estaba en caída libre. Pasó de sostenerla entre sus brazos, mientras la besaba y acariciaba su trasero, a tumbarla en uno de los mostradores de acero inoxidable de la cocina.

Separó entonces sus piernas y se colocó entre ellas. Se estremeció al sentir su erección contra ella mientras la besaba con más hambre y pasión que nunca.

Le levantó el vestido hasta la cadera y tiró después un poco más de él, hasta la cintura. Tenía el rostro enrojecido y las pupilas dilatadas. Subió la mano por una de sus piernas hasta llegar a su sexo. Se estremeció de nuevo y no pudo evitar quedarse sin aliento cuando sintió que deslizaba la mano bajo su ropa interior, buscando con los dedos su calor y encontrándolo.

La cocina estaba en silencio, solo podía oír la respiración fuerte y entrecortada de ellos dos y el sonido de la tela de su vestido al rasgarse cuando Ben se lo quitó. No le importó que lo rompiera. No le importaba nada, solo lo que estaba haciéndole sentir. Quería entregarse por completo a él, sin ocultarle nada, y deseaba que Ben hiciera lo mismo.

Y eso fue lo que hizo. Ben besó apasionadamente su boca para bajar luego poco a poco por su garganta y su hombro. Se estremeció cuando la mordió levemente allí, igual que le había hecho ella antes. Una oleada increíble de sensaciones la recorrió y apretó las piernas, una contra otra, atrapando la mano de Ben entre ellas mientras dejaba escapar un suspiro tembloroso.

—Creo que voy a…

—No, todavía no. Así no —respondió Ben apartando su mano.

Se sintió algo consternada, pero no tuvo mucho tiempo para pensar. Él la empujó más hacia atrás sobre el mostrador y se quedó allí, con las piernas abiertas y casi completamente desnuda. Nunca se había sentido tan expuesta, tan consciente de las sensaciones y de lo que estaba pasando, tendida sobre una encimera de acero inoxidable con Ben de pie frente a ella y entre sus piernas. Le quitó las braguitas con un único y brusco movimiento, desgarrando la frágil seda. Después, separó aún más sus muslos con las manos e inclinó la cabeza hacia ella.

Olivia no pudo evitar arquear el cuerpo hacia él de manera casi instintiva y dejó escapar un grito de sorpresa y placer cuando sintió la boca de ese hombre en la parte más sensible de su cuerpo. Apenas la había tocado y ya se sentía cerca del clímax. Las sensaciones eran tan intensas, la manera en la que la estaba acariciando con la boca, con las manos… Era demasiado.

Y Ben no dejó que se recuperara después de ese primer orgasmo. Estaba su cuerpo aún sacudiéndose con fuerza mientras trataba de recobrar el aliento cuando tiró de ella para ayudarla a levantarse. No tenía fuerzas, era como si su cuerpo ya no tuviera huesos. Pero él la ayudó a rodear su cadera con las piernas y se deslizó en su interior.

La sensación de tenerlo dentro de su cuerpo fue extraña, pero maravillosa. No le dolió, pero sí tardó unos segundos en adaptarse y aceptar esa especie de invasión.

Ben la sujetaba por las caderas para guiar sus movimientos, para adecuar el ritmo al de sus propias embestidas. Las sensaciones que estaba provocando en su cuerpo la dejaron sin aliento, sentía que todo su ser ardía en llamas.

Se aferró a los hombros de Ben para atraerlo contra ella, para tratar de estar aún más cerca de él. No le costó adaptarse a su ritmo y disfrutar de ese momento.

Ben la apretó contra el borde del mostrador, con una mano apoyada en él mientras se movía dentro de ella, cada vez con más fuerza y rapidez. La dura encimera se le estaba clavando dolorosamente en la espalda, pero no le importaba. Esa sensación no hacía sino añadir más intensidad a ese momento. Era real y salvaje. Era lo que había anhelado y lo que ella le había pedido. Tenía la certeza de que estaba siendo el instante más auténtico de su vida.

De repente, todas las chispas que había estado sintiendo en su interior estallaron en maravillosas llamas y su cuerpo se sacudió violentamente cuando llegaron juntos al clímax.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló, seguían inmóviles y abrazados en medio del silencio de la cocina. Olivia solo podía oír los latidos del corazón de Ben contra el suyo.

Poco después, él se apartó y se deshizo del preservativo. Ni siquiera recordaba haberle visto con él. Lo miró mientras se agachaba para recoger su camisa. No podía dejar de temblar. Dejó escapar un suspiro tembloroso, recordando todo lo que había sentido, tanto física como emocionalmente.

A pesar de lo que acababa de suceder, seguía siendo la misma de siempre. Por mucho que anhelara tener más emoción e intensidad en su vida, no iba a reconocer esa necesidad. En vez de hablar de lo que sentía, se limitó a decirle la primera tontería que se le ocurrió.

—Siento lo de tu camisa.

Ben miró los botones que faltaban y se encogió de hombros.

—No importa —repuso él sin mirarla a los ojos.

Lo observó mientras se ponía los pantalones y después el cinturón. Fue entonces consciente de que ella seguía sentada en un mostrador de acero inoxidable y que solo llevaba puesto el sujetador. Su vestido y las braguitas estaban en el suelo y mucho se temía que habían echado a perder las dos prendas, sin posibilidad de reparación ya.

Se bajó de la encimera y se agachó para recoger su vestido.

Olivia no se había imaginado que fuera a haber tanta frialdad en el ambiente después de lo que habían hecho, pero ella le había pedido que se dejara llevar, quería ver a la bestia salvaje que Ben guardaba en su interior y eso era lo que había tenido. Le bastaba con recordar esa pasión desenfrenada y animal para que su cuerpo temblara de nuevo. Su primer encuentro sexual había sido intenso e increíble.

—Entonces, ¿se ha echado a perder la *fondue*? —le preguntó ella para hablar de algo.

Esa parte estaba siendo más incómoda y difícil de lo que había esperado. Ni siquiera había conseguido que su voz sonara normal, sino temblorosa. Y supo que Ben lo había notado porque dejó de vestirse y se volvió hacia ella para tomarla por los hombros.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó con preocupación.

Parpadeó con sorpresa al oírlo. No lo entendía.

—¿Qué? —repuso ella antes de entender a qué se refería—. Me duele todo, incluso partes de mi cuerpo de las que no había sido consciente hasta ahora. Pero no, no me has hecho daño.

Ben la miró como si sospechara que le estaba mintiendo, pero supuso que consiguió tranquilizarlo porque asintió con la cabeza poco después y la soltó.

—Bien —susurró mientras se concentraba de nuevo en vestirse.

Olivia lo miró fijamente. No tenía ni idea de lo que podría estar pasándosele por la cabeza en ese momento. Ni por el corazón.

Sacudió la cabeza, irritada consigo misma. No entendía lo que le estaba ocurriendo, por qué le preocupaba lo que pudiera estar sintiendo Ben. O ella. Los dos habían tenido muy claro lo que estaban haciendo. Aquello no tenía nada que ver con el corazón. No debía confundir el sexo con el amor.

—Bueno… —comenzó ella con una tímida sonrisa—. Y ¿ahora qué?

Ben la miró con algo de suspicacia, como si temiera que ella estuviera a punto de pedirle algo más, como si le preocupara que ella hubiera malinterpretado las cosas.

—Podríamos ir a mi suite —le sugirió ella—. A la que era tu suite… Como insististe tanto antes… Podemos ir si quieres —añadió levantando las cejas y dedicándole una sonrisa juguetona.

Esperaba no estar revelando hasta qué punto quería que Ben

aceptara su invitación. No quería que la noche terminara allí y de esa manera. Le había dado lo que ella le había pedido, un encuentro apasionado y salvaje, pero quería algo más en ese momento. Deseaba más que nada volver a sentirse cerca de él, cuidada y segura. Lo ansiaba tanto como había ansiado lo que acababa de pasar en la cocina.

—Supongo que podríamos… —repuso Ben sin que su voz expresara lo que sentía—. Pero antes tengo que limpiar la cocina.

—Yo te ayudo —se ofreció ella.

Vio que Ben abría la boca para protestar.

—Prefiero fregar ollas y sartenes contigo que volver a la suite y tener que esperarte allí sola. De verdad —le aseguró.

Ben se encogió de hombros y abrió el grifo del agua caliente en el enorme fregadero. Se acercó a él y tomó el lavavajillas.

Pasaron media hora muy agradable fregando los platos y charlando sobre temas triviales, nada demasiado intenso o importante. Era el tipo de charla que había echado de menos después de compartir momentos de pasión con él, aunque tuviera que ser entre estropajos y ollas en vez de abrazados en una cama.

Ben era divertido e inteligente y disfrutaba mucho hablando y bromeando con él. De hecho, temía que estuviera disfrutando demasiado.

Supuso que era normal hacer castillos en el aire después de la maravillosa experiencia sexual que habían tenido o de la interesante conversación de la que estaba disfrutando en esos momentos. Era una combinación muy peligrosa.

Respiró profundamente y trató de recordar que no tenía sentido soñar con lo que no iba a ocurrir, algo que además ella tampoco quería. Se lo había pasado bien con él, muy bien, pero no podía olvidar que no estaba buscando tener una relación con nadie. Nunca lo había hecho.

Sabía que lo único que podía esperar de Ben Chatsfield era una semana increíble.

Era algo que iba a tener que recordarse a sí misma de vez en cuando.

Regresó al comedor mientras Ben cerraba la cocina y apagaba las luces. La sala estaba sumida en la oscuridad y solo se veían las luces parpadeantes de la ciudad.

Se quedó allí de pie, en medio del comedor, escuchando los sonidos que hacía Ben mientras lo cerraba todo y tratando de luchar contra una repentina sensación de soledad. Sabía que no tenía ninguna razón para sentirse sola en ese momento, que solo tenía motivos para sentirse feliz y satisfecha. Esa noche había tenido exactamente lo que había querido. Había deseado tener un momento de intensa pasión y

nada más, nada de emociones ni de cercanía.

Sabía que ella no podía lidiar con ese tipo de cosas y que no tenía derecho a desearlas.

Oyó pasos tras ella y, antes de que pudiera darse la vuelta, sintió los brazos de Ben alrededor de su cintura, atrayéndola contra su torso. Inclinó la cabeza y la besó en el hombro, en el mismo lugar donde la había mordido durante un momento de pasión.

Olivia cerró los ojos y trató de controlar las lágrimas que llenaron sus ojos de repente. Ni siquiera entendía por qué tenía ganas de llorar. Pensó que quizás los acontecimientos de esa noche le estuvieran pasando factura. Llevaba catorce años aislada, tratando de evitar todo tipo de emociones, guardándose lo que sentía para poder darlo todo después sobre el escenario. Pensó que quizás esa fuera la razón por la que se estaba sintiendo tan vulnerable esa noche.

—¿Nos vamos? —murmuró Ben.

Ella se limitó a asentir.

No hablaron mientras salían del restaurante y tampoco en el ascensor. Continuaron en silencio por el pasillo hasta llegar a la suite. Olivia abrió la puerta con su llave y entraron.

Fue directa al dormitorio porque allí era donde quería estar, entre los brazos de Ben una vez más. Pero se detuvo en el umbral con la boca abierta al ver lo que tenía frente a ella.

Había velas encendidas en las ventanas y la enorme cama estaba cubierta de pétalos de rosa. Su fragancia llenaba el aire.

Se volvió hacia él y vio que parecía algo avergonzado. Le emocionó verlo así.

—Eres un romántico sin remedio, ¿lo sabías?

—Solo a veces —repuso Ben.

—Ahora entiendo por qué querías que viniéramos a la suite —le dijo Olivia.

Le dio un beso y Ben la rodeó con sus brazos. Sus cuerpos encajaban como dos piezas de un puzle. Era estar lejos de él lo que le hacía sentirse incompleta.

—Esta vez va a ser diferente —murmuró Ben.

—Bueno, espero que no sea tan diferente… —respondió ella con picardía.

—Nos tomaremos nuestro tiempo —le dijo mientras la dejaba suavemente en la cama.

Olivia respiró profundamente, era increíble estar rodeada de la suave fragancia de los pétalos de rosa.

—Supongo que estos gestos románticos tienen su razón de ser —le dijo ella sonriendo.

—Supongo que sí —repuso Ben mientras se llevaba las manos a la camisa.

—No tienes demasiados botones que desabrochar —comentó ella—. Ya me encargué antes de facilitarte el trabajo.

—Sí… Parece que estabas bastante excitada, ¿no?

—Bastante —reconoció ella.

Ben se quitó la camisa y a ella se le fueron los ojos a su torso desnudo. Sus músculos eran perfectos y le encantaba la estrecha línea de vello oscuro que recorría su vientre y terminaba bajo sus pantalones. Era un hombre increíblemente sexy.

Ben se tendió a su lado en la cama, envolviendo los dedos alrededor de su tobillo y subiendo después la mano lentamente hacia arriba. La deslizó bajo su vestido, pasó por su vientre y siguió subiendo hasta llegar a uno de sus pechos.

—Este vestido… —murmuró él—. Lo siento, pero es un estorbo.

—Sí, es verdad —reconoció ella mientras se daba la vuelta para que él pudiera bajarle la cremallera.

La prenda había sufrido tantos daños esa noche como la camisa de Ben, pero no le importaba en absoluto. Si tenía que tirarlo a la basura, eso haría.

Aunque, pensándolo mejor, se le pasó por la cabeza no hacerlo. Sabía que verlo de vez en cuando le iba a hacer recordar una noche maravillosa.

Pero, aunque lo que había pasado en la cocina había sido increíble, estaba segura de que lo que iban a compartir en esa cama iba a ser mucho más dulce, mejor. Sabía que la ternura que Ben le estaba demostrando mientras acariciaba su cuerpo iba a ser su perdición. Iba a conseguir abrirle el corazón.

Y mientras Ben se deslizaba dentro de ella mirándola a los ojos, vio de nuevo esa misma ternura en su rostro. Poco después, cuando alcanzaron juntos el clímax, llegó a pensar que entregarle su corazón podría no ser un problema, sino algo maravilloso.

Después de hacer el amor, tumbada en medio de los pétalos de rosa, aspirando su fragancia y con Ben aún abrazándola, se dio cuenta de que estaba feliz. Demasiado feliz para preocuparse por nada o para pensar en qué iba a pasar después. Esa noche con Ben había sido perfecta y no podía pensar en lo incierto que era el futuro.

Se dio la vuelta para poder mirarlo, quería hacerlo. Ella también se había tomado su tiempo acariciándolo y explorando cada centímetro de su cuerpo, como había hecho él con ella. Se había aprendido el tamaño y el tacto de cada uno de sus músculos, la suavidad de la piel de su torso. Había disfrutado mucho con la sensación de que, al menos por esa noche, ese hombre era completamente suyo.

Pasó los dedos por la cicatriz que tenía bajo el brazo. Recorría todo el costado, desde la axila hasta la cadera. Tenía muy mal aspecto.

—Esto debió de ser muy doloroso, ¿no? —susurró ella.

Ben no respondió, se limitó a seguir acariciándole el estómago.
—¿Cómo te lo hiciste?
—Durante una pelea con navajas —contestó después de un momento.
Olivia abrió mucho los ojos y lo miró a la cara, estaba segura de que tenía que estar bromeando, pero entendió al ver cómo apretaba los labios que le estaba contando la verdad.
—¡Dios mío! ¿Cómo pasó? ¿Cuándo? —le preguntó sin poder ocultar su preocupación.
—Cuando me fui de casa —repuso Ben tumbándose boca arriba y con la vista perdida en el techo—. Terminé en el sur de Francia, en un barrio bastante peligroso de Marsella. Un par de marineros me asaltaron.
—Vaya… ¡Qué horror! ¿Por qué lo hicieron? —le preguntó—. Y ¿cómo conseguiste escapar?
—Me atacaron porque era un chaval de dieciocho años que deambulaba borracho por la zona equivocada de la ciudad. Y conseguí escapar defendiéndome.
Su voz no expresaba cómo se sentía y tampoco su rostro lo hacía. Olivia tuvo la sensación de que había algo que no le estaba diciendo.
—Lo siento —le dijo en voz baja—. Supongo que sería terrible.
—No fue una de las mejores experiencias de mi vida, no. Pero al menos aprendí la lección.
—¿A no seguir vagando por callejones oscuros?
—Algo así.
—¿Por qué te fuiste de casa? —le preguntó después de un rato.
Tenía la sensación de que no le estaban gustando esas preguntas, aunque no le había dicho nada. Los dos habían estado de acuerdo en que solo querían una aventura, pero para ella eso no significaba que no pudieran hablar abiertamente o llegar a conocerse mejor.
Su cuerpo todavía vibraba de placer después de lo que habían hecho en esa cama, pero sabía que quería algo más que sexo, quería conocer a ese hombre.
—Porque sentí que no podía quedarme —le contestó Ben después de unos minutos en silencio.
Su tono seguía sin decirle nada y continuaba con la mirada en el techo.
—¿Por lo que pasó con tu madre?
—Sí.
—Pero ¿por qué sentiste que no podías quedarte?
—Sé que puede parecer que no tiene sentido. Y a veces me pregunto si irme de casa fue lo correcto, pero en ese momento me pareció que era la única opción que tenía.
—Te entiendo. Sé lo que es sentirse así —repuso ella en voz baja.

Ben se volvió para mirarla con curiosidad, pero no le preguntó nada. Y tenía que reconocer que le alegró que no lo hiciera. Ella le había estado haciendo preguntas que sabía que eran demasiado personales, pero no estaba dispuesta a responder a las que Ben pudiera hacerle.

No podía confesarle que llevaba catorce años sintiéndose culpable por haber decepcionado a su madre, que por eso había querido que su vida fuera una especie de interpretación teatral y no algo real.

«Aunque esta noche sí he sido real contigo», se dijo mientras miraba a Ben.

Pero sabía que ni siquiera entonces estaba siendo del todo real, nunca lo era. Y, aunque le aterraba la idea, estaba empezando a querer serlo.

—Vamos —le dijo Ben mordiendo su hombro desnudo—. Esta noche aún no ha terminado, quiero probar la ducha para dos personas que tiene este baño —añadió con un guiño.

Olivia se echó a reír, sabía que era mejor cambiar de tema. Además, ella también quería probar esa ducha.

Pasaron media hora bajo el agua, disfrutando tranquilamente de la ducha, enjabonándose mutuamente hasta que el deseo se hizo insoportable. Entonces, Ben la aplastó entre la pared y él, hundiéndose una vez más en su interior. Estaba en la gloria.

Salieron después de la ducha y se secaron el uno al otro. Era algo casi irreal estar viviendo momentos tan íntimos con Ben. Sin embargo, aunque era la primera noche que pasaban juntos, había algo muy normal en lo que estaban haciendo, algo casi cotidiano, como si llevaran juntos mucho tiempo. Le parecía increíble que hubieran alcanzado ese nivel de confianza en tan poco tiempo. Se preguntó si sería algo que le sucedía a todo el mundo después de tener relaciones sexuales o si sería demasiado ingenuo pensar que solo les pasaba a ellos dos.

Temía estar haciendo de nuevo castillos en el aire, pero casi le parecía que aquello podría ser el inicio de algo especial.

—¿Qué es eso? —le preguntó Ben de repente.

—¿Qué es el qué? —repuso ella.

Vio de lo que hablaba. Ben estaba señalando un moretón bastante grande que le había salido en la parte baja de la espalda.

—Esto —le indicó él con firmeza.

Parecía muy serio y preocupado. La actitud relajada y juguetona que le acababa de mostrar en la ducha se había evaporado de repente.

Se miró algo desconcertada.

—Es un moretón —le dijo.

—Eso ya lo veo, Olivia —le espetó Ben—. Pero ¿cómo te lo hiciste?

—Supongo que durante nuestras actividades en la cocina —

respondió ella con una sonrisa.

No entendía por qué parecía tan… tan enfadado.

—La encimera era de acero inoxidable, no es la superficie más blanda y suave del mundo, y tú me empujabas contra ella casi con ferocidad —le recordó sin dejar de sonreír.

Esperaba que Ben le devolviera la sonrisa e incluso que se rieran juntos porque, le hubiera salido un moretón o no, creía que era bastante gracioso.

Pero Ben no parecía estar de acuerdo. La miró frunciendo el ceño.

—No sabía que… no tenía ni idea de que te estuviera haciendo daño.

—No te preocupes —respondió ella sin poder evitar sonrojarse—. No pasa nada, no es como si me hubieras maltratado o algo así. Además, fui yo la que te pidió que te dejaras llevar, que lo quería rápido y fuerte… Me encantó verte tan salvaje. Me gusta eso de ti, Ben. Es algo muy real.

Ben la miró levantando con escepticismo una ceja.

—No ha habido nada entre nosotros que pueda considerarse real.

A Olivia le dolieron sus palabras. Más de lo que le convenía.

—A mí sí me lo ha parecido —le dijo en voz baja.

Sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Ya le había avergonzado ruborizarse mientras hablaban de ello, pero lo último que necesitaba era no ser capaz de controlar sus lágrimas. Creía que era la peor manera de terminar esa noche. Le costaba creer que hubieran pasado solo unos minutos desde que estuvieran los dos en la ducha, con Ben enjabonando su cuerpo mientras la besaba apasionadamente.

No entendía cómo podían haber cambiado tanto las cosas en cuestión de minutos. Ben seguía mirando su moretón con el ceño fruncido. No sabía qué podría haber provocado ese cambio en él ni por qué parecía tan enfadado. Lo único que sabía era que quería retrasar el reloj y volver a lo que habían estado compartiendo, a las risas, la ternura y los besos.

—¿Te apetece beber algo? —le sugirió ella un poco a la desesperada.

Estaba tratando de aferrarse a lo que habían tenido esa noche, a la promesa de algo más, pero tenía la impresión de que ya no había nada que hacer.

—No. Tengo que irme.

—¿Adónde? —le preguntó ella sin poder ocultar su decepción.

—Tengo que trabajar —repuso Ben envolviendo una toalla alrededor de su cintura y saliendo del cuarto de baño.

Ella también se tapó con su toalla y lo siguió. No pensaba suplicarle que se quedara. Si quería irse, iba a dejar que lo hiciera. Creía que la

culpa la tenía ella por atreverse a imaginar que fueran a pasar la noche juntos y abrazados en su cama. Trató de convencerse de que era mejor así, que dormiría mejor sola. Después de todo, necesitaba sus horas de sueño y poder descansar.

—¿Cuándo podremos vernos de nuevo? —le preguntó ella.

No había sido su intención mostrar sus cartas, pero no pudo ocultar su deseo de estar con él.

—No lo sé —contestó Ben mientras se vestía con rapidez.

Lo miró temblando. De alguna manera, todo se había ido al traste y no sabía qué podía hacer para arreglar las cosas.

—Ben… —comenzó ella.

Pero no sabía qué decirle.

Ben la miró con una expresión oscura e insondable en los ojos. No tenía ni idea de lo que podía estar pensando en ese momento.

Después, alargó la mano hacia ella y le acarició la mejilla. Olivia cerró los ojos.

—Lo siento, Olivia —le dijo Ben con dolor en su voz.

Apartó entonces la mano y salió de la habitación. Fue entonces cuando Olivia se dio cuenta de que no le había dicho qué era lo que sentía.

Pero ya era demasiado tarde. Se había ido y no se lo podía preguntar.

Capítulo 10

Ben salió de la suite de Olivia con el estómago revuelto, asqueado al ver que le había hecho un moretón. No se podía creer que le hubiera hecho tanto daño.

Una parte de él le decía que estaba exagerando, que no había sido su intención hacerle daño, que no era para tanto. Pero, aun así, ese moretón…

Se lo había hecho sin ni siquiera ser consciente de ello, se había dejado llevar por ese ser salvaje que habitaba dentro de él. La misma bestia que una vez había dejado a un hombre inconsciente y sangrando en una calle desierta, casi muerto.

En cuanto a lo de esa noche… Le dolía recordar lo que había pasado, cómo la había empujado contra el mostrador de acero, penetrándola con fuerza, sin tener en cuenta que era su primera vez. Había perdido por completo el control, lo había abrumado una emoción casi salvaje.

No entendía lo que le había pasado, cómo no había tenido más consideración.

No le extrañaba que Olivia se hubiera mostrado algo incómoda después. Lo que le sorprendía era que no se hubiera apartado aterrada de él. Suponía que quizás no hubiera sido consciente de hasta qué punto había perdido el control.

Se frotó la cara con las manos mientras subía a la piscina de la azotea. Necesitaba hacer unos largos.

Un par de horas más tarde, en la cama y con la vista fija en el techo, seguía sin poder dormir. No se quitaba de la cabeza lo que había pasado esa noche y, a pesar de lo avergonzado que estaba de sus propias acciones, no podía dejar de pensar en Olivia, en recuerdos que sabía que nunca iba a olvidar.

No le costó recordar su sonrisa descarada mientras lamía el chocolate de una fresa ni cómo lo había besado allí mismo, en la cocina, abrazándolo después con sus largas piernas para tenerlo más dentro de ella. También había sido increíble hacer el amor con Olivia en su enorme cama y entre pétalos de rosa. Allí se había sentido más feliz de lo que lo había estado en mucho tiempo. Había llegado incluso a decirle cosas de sí mismo porque había querido hacerlo, porque le parecía que Olivia lo entendía.

Pero más tarde, cuando vio ese cardenal en su espalda… Esa

mancha morada le había recordado quién era él, un hombre que no había cambiado. Aún tenía a esa bestia dentro de él, a pesar de haber tratado de controlarla durante catorce años. Pero al verse de vuelta en un hotel Chatsfield y con una mujer que de verdad había conseguido afectarlo… Era demasiado, le había hecho revivir el pasado.

Había resurgido la ira que había sentido cuando su padre le había dicho que Spencer no era su hijo, cuando entendió que toda su infancia había sido una mentira. La rabia que había surgido de la impotencia cuando unos marineros lo atacaron y cómo él se había defendido con todas sus fuerzas, golpeándolos sin piedad incluso después de que le pidieran que se parara. La repentina y sorprendente furia que había sentido al ver a Spencer entrando en su restaurante después de catorce años de silencio. Tanta ira… Estaba harto de sentirse así. Había intentado cambiar, enterrar esos sentimientos muy dentro para que no pudieran salir. Durante un tiempo, le había parecido incluso que había logrado superarlo, pero esa semana en Berlín había descubierto que se había estado engañando.

Y también le había servido para recordar que no tenía ni las fuerzas ni un hueco en su vida para una relación, ni siquiera una breve aventura. No confiaba lo suficientemente en sí mismo como para no volver a hacerle daño. Temía perder de nuevo el control.

Decidió que, a partir de ese momento, se iba a limitar a fingir que estaban juntos por el bien del público, nada más. Aunque la realidad fuera muy distinta y se muriera por estar con Olivia.

—Entonces, ¿qué es lo que está pasando entre Ben Chatsfield y tú?

—¿Qué? —preguntó Olivia a su agente mientras dejaba en la mesa la revista que había estado hojeando—. ¿Por qué me haces esa pregunta, Melissa? Ya sabes lo que hay entre los dos. Nada —añadió sonriendo—. Pero me alegra ver que está funcionando y la gente habla de nosotros.

—Yo no estoy tan segura de que esté funcionando —le respondió Melissa con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Olivia mientras se levantaba.

Comenzó a dar vueltas por la habitación. Estaban esperando en la suite de Melissa a que les avisaran para hacer una sesión de fotos promocional de la película *Blue Skies Forever*.

—No, no me lo digas. Ya estoy bastante estresada —agregó Olivia.

Melissa se limitó a mirarla con el ceño fruncido y Olivia se desplomó en un sofá suspirando.

—Bueno, está bien, dímelo. ¿Por qué no está funcionando como esperabas?

—No lo sé, da la impresión de ser una relación un poco errática. No

tiene mucho sentido —comenzó Melissa midiendo con cuidado sus palabras—. Primero aparece esa foto de la noche del estreno en la que Ben está casi empujándote después de que os besarais. A la noche siguiente, os fotografían de lo más acaramelados en la pista de baile durante una importante fiesta de la que os vais antes de tiempo.

Olivia podía sentir que se estaba sonrojando, pero se las arregló para mantener la calma mientras miraba desafiante a su agente.

—¿Y qué?

—Que al día siguiente se rumorea en la prensa del corazón que Ben ha mandado cerrar el restaurante del Chatsfield para tener una cena romántica contigo. Todo el mundo está especulando…

Olivia tragó saliva antes de contestar.

—No veo cuál es el problema. Se supone que tenemos una relación, es normal que los medios de comunicación hablen de ello. Después de todo, Ben Chatsfield es un chef muy conocido.

—Sí, lo sé, y tú eres una actriz con mucho potencial —añadió Melissa con una sonrisa—. Pero es demasiado, Olivia. No es el tipo de publicidad que quieren los productores de esta película.

Olivia estaba cada vez más enfadada y molesta. Le parecía increíble que, después de todo, pudiera no conseguir el papel que tanto deseaba por culpa de Ben Chatsfield y su propia metedura de pata.

—Entonces, ¿qué tipo de publicidad es la que quieren? —le preguntó sin poder ocultar su enfado.

—Quieren verte actuar como una mujer madura y segura que tiene una relación seria. No como una joven algo inestable que no sabe lo que quiere y que tiene una relación tormentosa.

—Inestable —repitió Olivia con incredulidad—. No fui yo la que empujó a nadie.

—Lo sé, pero creo que sabes lo que quiero decir, ¿no? ¿Podrías hablar de ello con Ben? Estaría bien que fuerais juntos a alguna fiesta o estreno y lo hicierais de manera discreta, limitándoos a ir de la mano, con tranquilidad…

Olivia no se imaginaba a ellos dos de la mano, fingiendo que tenían una relación seria y formal. Se dio cuenta de que Melissa no sabía que lo que le estaba pidiendo era una misión casi imposible.

—Por supuesto —le dijo Olivia algo cansada—. Hablaré con él.

Pero Ben había estado evitándola durante las últimas cuarenta y ocho horas, desde que saliera de su suite después de que se ducharan juntos. Aún no entendía qué había pasado y, aunque sabía que no tenía derecho a sentirse así, le dolía mucho que la ignorara de esa manera.

Lo último que quería era tener que pedirle un favor. Pero, si su agente pensaba que era la única manera de conseguir el papel que tanto ansiaba, no tenía elección.

Cuando terminó la sesión de fotos, fue en busca de Ben. Su secretaria le dijo que no estaba en la oficina y se negó a darle más información al respecto.

—¿Sabes cuándo va a volver? —le preguntó Olivia.

—No tengo ni idea —le contestó la secretaria con frialdad.

—Gracias —murmuró Olivia abandonando el despacho.

Sin saber qué más podía hacer, salió a la calle. No podía soportar la idea de volver a su suite.

Febrero era un mes de mucho frío en Berlín. Ese día al menos no llovía, pero el cielo estaba plomizo y gris. Se cerró bien el abrigo y comenzó a pasear por la calle Stülerstrasse en dirección al parque Tiergarten.

Cuando llegó, comenzó a recorrer las avenidas arboladas. Todas las ramas estaban desnudas en esa época del año. Pasó al lado de un merendero donde comían unos cuantos berlineses. Al lado había un puesto ambulante de codillo y salchichas. Olía muy bien, pero no tenía hambre.

Vio otro puesto donde vendían café y se compró uno. Se lo bebió mientras seguía caminando, deseando no sentirse tan mal como se sentía. No podía olvidar la que había sido la noche más increíble de su vida. Le gustaba recordar la forma en la que Ben la había mirado con tanta ternura y sinceridad, las molestias que se había tomado cerrando el restaurante, preparándole la cena, llenando su dormitorio de velas y pétalos de rosa…

Se le hacía un nudo en la garganta al recordarlo. Creía que no habría accedido a perder su virginidad con Ben si hubiera sabido que se iba a sentir tan mal después. Pero se dio cuenta de que nadie podría haberse imaginado que Ben fuera a salir de su suite de la forma en la que lo hizo. Y después, se había pasado dos días evitando cruzarse con ella.

Su tiempo juntos había sido mucho más corto de lo que había esperado, pero sabía que el resultado final siempre iba a ser el mismo. Tenía que serlo, no tenían futuro.

Suspirando, se levantó del banco en el que se había sentado y salió del parque para volver al hotel. Al entrar, fue directa a las oficinas. La secretaria frunció el ceño al verla de nuevo allí.

—¿Ya ha vuelto Ben?

—El señor Chatsfield está ocupado y… —comenzó la mujer con cierta altanería.

—Pero ¿está en su despacho?

La mujer dudó un segundo y Olivia, sin esperar respuesta, pasó a su lado y abrió la puerta del despacho de Ben.

Y allí estaba él, con aspecto cansado y estresado, pero tan delicioso como lo recordaba. Estaba despeinado, llevaba días sin afeitarse y su

traje estaba arrugado. Aun así, nunca había visto a un hombre tan atractivo.

Abrió la boca para decirle algo, pero no le salían las palabras. Tenía un nudo en la garganta y no podía hablar.

Ben alzó la vista en ese momento y entrecerró los ojos al ver quién era. No la saludó, ni siquiera sonrió. Respiró profundamente y por fin consiguió hablarle.

—Necesito un favor.

—¿Un favor? ¿Por qué? —repuso Ben.

Olivia no había esperado que se muriera por ayudarla, pero creía que no habría estado de más que la tratara de una forma un poco más amable. Sobre todo porque no se habían visto desde que ella le entregara su virginidad. Pero sabía que no tenía derecho a esperar nada más de él.

—Por la jugada tuya del otro día, Ben. La prensa no ha olvidado cómo me apartaste de tu lado la noche del estreno —repuso ella bastante molesta.

No le importó mostrarse enfadada. Si tenían que pelear, iban a hacerlo. Creía que le iba a resultar más fácil y, de ese modo, no corría el peligro de terminar llorando o preguntándole por qué había vuelto a apartarla de su lado la otra noche, después de que ella le entregara su cuerpo y quizás también su corazón.

«No, eso no es posible. No soy tan tonta», se dijo ella.

Pero la verdad era que tenía la horrible sensación de que podría haberle ocurrido.

—No fue ninguna jugada —le dijo Ben con frialdad—. Además, ya me disculpé por reaccionar de esa manera y también te expliqué por qué lo hice.

—Bueno, el caso es que tenemos que hacer algo para minimizar los daños —replicó ella.

Ben frunció el ceño como si no se le ocurriera nada peor que tener que pasar otra noche con ella.

«Y eso que hace cuarenta y ocho horas me estabas haciendo el amor entre pétalos de rosa y besando cada centímetro de mi cuerpo», pensó ella sin dejar de mirarlo.

—¿Qué tenemos que hacer? —le preguntó Ben.

—Si no es mucha molestia, esperaba que me acompañaras a una fiesta benéfica esta noche. No tenemos por qué posar para la prensa, solo aparecer, quedarnos un par de horas y actuar de manera civilizada.

—De acuerdo —repuso él con frialdad mientras se giraba de nuevo hacia la pantalla de su ordenador.

Estaba claro que daba por concluida la reunión.

Olivia se quedó allí un rato, mirándolo atónita. Después, se dio

media vuelta y se marchó.

Frustrado, Ben empujó con fuerza la mesa para apartarse de ella y se giró en su silla.

«Ha ido fenomenal», se dijo con sarcasmo.

Había visto el dolor en los ojos de Olivia, pero había preferido ignorarlo. Sabía que estaba siendo un cobarde, pero no quería tener que decirle que no estaba interesado en tener nada con ella, ni siquiera una aventura. Y todo porque no confiaba en sí mismo.

Sabía que Olivia estaría sufriendo mucho al no saber por qué él se había alejado como lo había hecho, pero creía que no tenía otra opción, le horrorizaba la posibilidad de decirle la verdad. Prefería que Olivia pensara que era un cretino antes que saber cómo era de verdad, de lo que era capaz.

—¿Señor Chatsfield? —lo llamó su secretaria desde la puerta—. ¿Todo bien? —le preguntó con cierta preocupación—. Me ha parecido que esa mujer es un poco… difícil.

—Está todo bien, Rebecca. Ya he lidiado con ella…

Pero se dio cuenta entonces de que no debía hablar así sobre su supuesta novia.

—Estábamos discutiendo sobre los planes que tenemos para esta noche —añadió.

Rebecca lo miró con incredulidad y no le extrañó. No se le daba bien hacer de novio perfecto.

Olivia se miró en el espejo y frunció el ceño. Había metido ese vestido en la maleta para tener una opción si le surgía un imprevisto. Era el último traje de noche que tenía en el armario. La fiesta de cumpleaños a la que había ido con Ben había agotado sus opciones. No le gustaba demasiado, creía que era demasiado simple, pero al menos la tela, en un tono dorado pálido, era lo suficientemente brillante como para compensar las sencillas líneas. Su colgante de plata no hacía juego con el oro del vestido, pero llevaba catorce años con él y no se lo iba a quitar esa noche. Lo acarició mientras recordaba lo que le había dicho su madre cuando se lo dio.

«Porque siempre te voy a querer, Olivia. Igual que este corazón, siempre estaré a tu lado».

Cerró los ojos, la culpabilidad y el dolor se retorcían en su interior. Trataba de no pensar en su madre demasiado ni en cuánto la había decepcionado. Era demasiado doloroso.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y supo que era Ben.

Abrió la puerta y trató de que su cara no expresara nada mientras lo

miraba de arriba abajo. Llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca. Era sencillo, casi soso, pero él estaba guapísimo. Le parecía muy injusto que fuera un hombre tan atractivo. No se lo ponía nada fácil.

—¿Estás lista? —le preguntó Ben directamente.

Olivia se sintió mal al ver que no alababa su aspecto ni le decía nada bonito. Empezaba a temer que sus anteriores halagos no hubieran tenido otro objetivo que conseguir acostarse con ella.

—Sí, estoy lista —repuso mientras recogía el bolso y el abrigo y salía al pasillo.

Fueron hasta el ascensor sin hablar ni mirarse. Había mucha tensión entre ellos.

—Vas a tener que cambiar de actitud si quieres que la gente se crea que estamos juntos —le dijo ella poco antes de que se abriera el ascensor—. Da la impresión de que esto es una tortura para ti.

—Lo siento —repuso Ben después de unos segundos de silencio.

Una vez más, ella no tenía muy claro qué era lo que lamentaba, pero esa vez pensaba preguntárselo.

—¿Qué es lo que sientes?

—Olivia…

—¿Sientes haberte ido de la suite corriendo después de conseguir lo que querías? —le preguntó.

—No me fui corriendo… —comenzó Ben mientras cruzaban el vestíbulo.

—¿O sientes haberme ignorado durante las últimas cuarenta y ocho horas?

—He estado muy ocupado trabajando.

—¿O quizás sientas lo bien que te portaste conmigo esta tarde, cuando fui a tu despacho? Me hablaste como si no pudieras siquiera mirarme a la cara.

—Eso no es verdad.

—¿Seguro? Pues eso es lo que me pareció.

Salieron del hotel. El aire frío de Berlín fue como una bofetada en la cara. Ben levantó el brazo para parar un taxi y, afortunadamente, no tuvieron que esperar mucho.

—Siento haberme ido como lo hice, sin darte explicaciones. Siento no haberte buscado para hablar contigo desde lo de la otra noche. Y también siento no haber sido más amable contigo cuando viniste esta tarde al despacho —le aseguró Ben mientras iban hacia la fiesta—. Como ves, lamento todas las cosas de las que me has acusado —le dijo en voz baja—. Y más.

—¿Más? —susurró ella cuando por fin recuperó la voz—. ¿Qué otras cosas sientes haber hecho?

Ben se volvió hacia la ventanilla y Olivia pensó que no iba a

responderle.
—Siento no poder ser el tipo de hombre que quieres, el que necesitas que sea.
—¿Y qué tipo de hombre es ese? —le preguntó ella con un nudo en la garganta.
—No puedo… —comenzó Ben con dificultad—. No puedo explicarlo…
—¿No puedes o no quieres?
—Las dos cosas —le confesó con tristeza y agonía en sus ojos—. No quiero que me odies, Olivia. No quiero que me mires con desprecio o con algo peor. ¿No podemos limitarnos a recordar con cariño lo que hemos compartido y ya está?
Olivia lo miró fijamente. Se sentía dolida y confusa, pero también lo entendía, aunque no tenía ni idea de por qué Ben pensaba que ella podría llegar a odiarlo.
—Los dos teníamos claro que iba a ser solo una aventura, Ben —le dijo ella poco después—. Algo que solo iba a durar un par de semanas. ¿Qué sucedió para que cambiaras de opinión?
—Me di cuenta de que fue un error —repuso él apartando de nuevo la mirada.
—¿Te refieres a mí? ¿Yo fui un error?
—Me refiero a nuestra historia.
—Nuestra aventura de una noche, ¿no? —lo corrigió ella con dureza.
—Sí, eso.
Olivia se dejó caer contra el respaldo, agotada de repente con esa discusión. Además, creía que no tenía ningún propósito. No importaba qué nombre le dieran a lo que habían tenido porque ya había terminado. Decidió que era mejor dejarlo estar y tratar de seguir adelante con su vida.
El taxi se detuvo frente al impresionante museo Neues, donde se celebraba la fiesta. Bajaron del coche. Había decenas de mujeres con elegantes vestidos de noche y hombres de esmoquin entrando al museo.
—Bueno —susurró ella suspirando—. Cuanto antes entremos, antes podremos irnos.
Entraron con el resto de los famosos invitados, sonriendo cuando se acercaron a los periodistas. Ben se acercó y entrelazó sus dedos con los de ella. Una vez más, se le hizo un nudo en la garganta. El simple contacto, aunque fuera solo para las cámaras, le hizo recordar cuánto lo echaba de menos y cuánto le dolía saber que no iba a volver a sentirlo tan cerca.
Ben soltó su mano en cuanto dejaron atrás a los fotógrafos.
Tal y como Olivia se había temido, la fiesta estaba siendo

insoportable. Después de una hora charlando con la gente por el gran vestíbulo del museo, estaba deseando irse. Ben sonreía y parecía relajado, pero a ella no la engañaba, podía sentir lo tenso y enfadado que estaba. Era como si tuvieran una especie de conexión que le hacía percibir cómo se sentía Ben, incluso cuando él trataba de ser distante. No podía olvidar lo que le había dicho en el taxi. Ben no quería hablarle de lo que le pasaba porque no quería que ella pudiera llegar a odiarlo o despreciarlo.

Le costaba entender por qué Ben podría pensar algo así. Le había hablado como si estuviera escondiendo un secreto tan horrible que temiera que le hiciera alejarse de él.

Ella sabía mejor que nadie lo doloroso que era tener secretos y sentirse culpable. Ella tampoco querría tener que contarle a nadie los suyos y le sorprendió ver que a Ben le pasaba lo mismo. Se dio cuenta de que tenían mucho en común. Se preguntó si podría conseguir que Ben se abriera contándole su propio secreto, pero la mera idea le horrorizaba. No se atrevía a ser tan sincera, a revelarle algo tan íntimo.

Pero pensó entonces que no tenía sentido no arriesgarse, que debía darlo todo o aceptar que era el fin, que no tenía futuro. Tenía que decidir entre una u otra opción.

Sintió de repente la necesidad de salir de allí. No podía soportar tener que seguir engañando a todos, sobre todo a Ben.

—Vámonos —le pidió volviéndose hacia él.

—Solo hemos estado aquí una hora —repuso Ben.

—Ya no puedo más —le dijo con firmeza—. Estoy harta de fingir. Quiero irme.

Vio que parecía muy sorprendido, pero después asintió con la cabeza.

—De acuerdo —susurró ofreciéndole el brazo y yendo hacia las puertas.

Los paparazzi comenzaron a hacerles fotos y preguntas en cuanto les vieron salir.

—Olivia, ¿problemas con Ben? ¿Por eso os vais tan pronto?

—¿Por qué te apartó la noche del estreno? ¿No le gustó cómo lo hacías? —preguntó otro.

Olivia se quedó perpleja ante la desfachatez del periodista que le estaba poniendo la cámara en la cara.

—¿O fue tu actuación en la película la que le decepcionó? —continuó el hombre para provocarla.

—Sin comentarios —susurró ella.

Pero el reportero parecía haber percibido que había conseguido darle donde más le dolía.

—Pero tiene que haber algún motivo para que Ben te apartara como

lo hizo…

—Déjala en paz —le dijo Ben al periodista.

Olivia se quedó inmóvil ante el peligroso veneno que parecía haber en su voz.

—¿Esperabas que salir con Ben Chatsfield os ayudaría a salvar el negocio familiar o tu carrera?

—No… —comenzó ella.

Vio atónita cómo Ben agarraba al hombre por la chaqueta con fuerza.

—He dicho que la dejes en paz —le dijo al hombre fulminándolo con la mirada.

El resto de los fotógrafos aprovecharon para capturar el momento.

—Ben… —le susurró ella.

Pudo ver cómo Ben se tranquilizaba y recuperaba poco a poco el sentido común. Soltó la chaqueta del hombre y dio un paso atrás. Después, inspiró profundamente y soltó despacio el aire. Asintió con la cabeza, tomó su mano y fueron en silencio hasta uno de los taxis.

Capítulo 11

Ben no terminaba de creerse lo que le había hecho a ese hombre. Entró en el taxi sin poder dejar de temblar y apartó la cara para no tener que mirar a Olivia. No sabía qué estaría pensando, supuso que estaría horrorizada. La adrenalina corría por sus venas y se pasó las manos por el pelo, tratando de calmarse. Pero no tardó en empezar a sentir náuseas.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivia en voz baja.

Apretó los labios, un sudor helado lo empapaba, pero trató de enderezarse.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba. Era la primera vez en catorce años que había estado a punto de hacer daño a alguien. Las náuseas eran insoportables. No podía aguantar más.

—Pare el coche —le dijo al conductor.

El hombre se detuvo junto a la acera, Ben abrió la puerta, se inclinó y vomitó.

Olivia se quedó inmóvil, sin decir nada. Ben supuso que estaría conmocionada.

Cuando terminó, cerró la puerta del taxi, se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—Puede seguir —susurró Ben.

Olivia lo miró con angustia. Seguía con los ojos todavía cerrados y estaba pálido. No sabía si tratar de reconfortarlo o hacerle las preguntas que le rondaban por la cabeza.

Al final, decidió no decirle nada. Creía que los dos necesitaban tiempo para recomponerse un poco. No tardaron en llegar al hotel. Salieron del taxi y Ben entró en el Chatsfield sin esperarla.

Parecía dispuesto a ir a su habitación sin decir nada, pero ella no se lo iba a permitir.

—Ben —le dijo ella en voz baja—. Tenemos que hablar.

Él se detuvo y ella esperó con el corazón acelerado. La gente los miraba con curiosidad. Suponía que Ben no querría discutir con ella en el vestíbulo del Chatsfield, pero no iba a dejar que se fuera sin que hablaran de lo que había sucedido esa noche.

—Lo sé —repuso por fin Ben con resignación.

Fueron hacia los ascensores y ninguno de los dos habló hasta que llegaron a la suite de Olivia.

—No sé tú, pero yo estoy lista para asaltar el minibar —le dijo ella mientras abría el armario y sacaba una pequeña botella de coñac.

La abrió y bebió un buen trago. Después, se volvió hacia Ben y le dio la botella.

—Dime qué es lo que ha pasado —le pidió Olivia.

Ben se encogió de hombros y también tomó un buen trago de coñac.

—¿Qué tengo que decirte? Ya lo has visto.

—Lo que vi fue que estuviste a punto de pegar a un periodista y que después estabas temblando…

—No temblaba —la interrumpió Ben.

—¿Vas a decirme que tampoco vomitaste? —protestó ella mientras se le acercaba—. Ben, esta noche has dicho y hecho cosas que no entiendo y las quiero entender. Por mi propia tranquilidad y quizás también por la tuya. Por favor, cuéntamelo. No sé qué te está atormentando tanto y quiero saberlo —añadió con sus propias emociones a flor de piel—. Quiero ayudarte.

—No puedes ayudarme —repuso Ben con firmeza.

—Eso no lo sabes.

Ben la miró fijamente, fulminándola con sus ojos castaños.

—¿Quieres saberlo? —le dijo finalmente—. Muy bien. Te lo diré. Una vez estuve a punto de matar a un hombre.

Sorprendida, trató de procesar lo que le decía. No era lo que había esperado.

—Bueno… —susurró ella después de unos segundos en silencio.

—¿Bueno? —repitió Ben haciendo una mueca—. ¿Te parece normal que le diera una paliza a un hombre y que lo dejara medio muerto en la calle?

—No, no lo es, pero me da la impresión de que estás tratando de horrorizarme para conseguir que te desprecie o algo así —le contestó ella sin saber muy bien qué decirle—. Y eso no voy a hacerlo, Ben. No voy a ponértelo fácil.

—Nada de esto es fácil.

—Cuéntame lo que pasó, por favor. ¿Quién era ese hombre?

—Uno de los marineros que me atacaron en Marsella.

—Así que lo que estabas haciendo era defenderte.

—No trates de justificar lo que hice, Olivia.

—No estoy…

—Sí, lo estás haciendo porque no quieres creer la clase de hombre que soy.

—¿Y qué clase de hombre eres, Ben? —le preguntó desafiante—. ¿Un monstruo?

Ben no respondió.

—¿Por eso pensabas que iba a odiarte? ¿Porque creías que iba a sentir repulsión por ti? ¿Por eso te disgustaste tanto cuando viste el moretón en mi espalda?

—No lo entiendes —repuso Ben sacudiendo la cabeza.

—Entonces, explícamelo.

Olivia vio que comenzaba a dar vueltas por el salón mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Llevo unos catorce años furioso —le confesó Ben después de unos minutos de silencio.

—¿Furioso? —repitió ella recordando esa bestia salvaje que había sentido dentro de él—. ¿Por qué?

—Eso no importa. El caso es que no puedo controlarlo. Dejé que esa ira saliera al exterior cuando esos marineros me atacaron y estuve a punto de matar a uno de ellos.

—Sí, eso lo he entendido. Pero yo creo que sí importa de dónde procede esa ira. No puedes hacerle frente si no estás dispuesto a reconocer…

—No necesito que me psicoanalices, Olivia —le espetó Ben—. Lo único que tengo que hacer es controlar mis emociones, pero no puedo. Por eso me he apartado de ti, por eso no he tenido nunca una relación seria. Porque no confío en mí mismo.

—¿Acaso crees que me podrías hacer daño? —le preguntó en voz baja.

Ben se volvió hacia ella con el rostro desencajado. Parecía estar sufriendo una verdadera agonía.

—No quiero hacerte daño, ni a ti ni a nadie. Pero cuando vi ese moretón…

—¡Un moretón sin importancia, Ben, no me rompiste la nariz! —protestó ella—. Además, fui yo la que te pedí que lo hiciéramos allí mismo, con dureza y deprisa —añadió sin poder evitar sonrojarse—. ¡Si hubiera dependido de ti, lo habríamos hecho despacio y en una cama cubierta con pétalos de rosa!

—Pero tú no podías saber…

—No, no sabía que tuvieras esa ira dentro de ti, pero sí pude percibir que hay algo muy bueno en tu interior. A lo mejor se trata de la otra cara de esa ira… Me mostraste una pasión sincera, real y muy excitante —le dijo ella—. Es algo que también demuestras en tu forma de cocinar, en tu voluntad para seguir trabajando y mejorando, en cómo besas… Me gusta tu emoción, tu lado salvaje.

—Sí, pero te gustaba porque no sabías la verdad.

—¿Lo del marinero? No, no lo sabía, pero no creo que eso…

—Deberías leer el informe del hospital antes de disculpar mi conducta. Acabó con la nariz fracturada, un pómulo roto y una mandíbula dislocada. Y yo me limité a irme y dejarlo allí.

—Sí, te fuiste con una navajada —le recordó ella—. ¿Cómo sabes lo del informe del hospital?

—Porque fui a informarme más tarde. Quería… Quería asegurarme de que no lo había matado.

Olivia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir torturándote por ese único error, por grande que fuera? —le preguntó ella con voz temblorosa—. Un único episodio no te define, Ben.

—¿No? —repuso desafiante—. ¿Y si ese episodio es precisamente el que revela cómo soy de verdad?

No tenía respuesta. Se dio cuenta de que ella también había hecho lo mismo. Había decepcionado a su madre en el peor momento posible y eso había definido su carácter desde hacía ya catorce años.

—No sabes qué decir, ¿verdad? No tienes respuesta —le dijo Ben con una sonrisa amarga.

—No —reconoció ella—. Pero no por ti, sino porque es lo que me ha pasado a mí.

—¿Qué quieres decir?

Olivia supo entonces que no podía exigirle que le fuera sincero si ella seguía sin contarle su secreto, aquello de lo que se avergonzaba. Pensó que quizás así pudiera ayudarlo.

—Bueno —comenzó ella con voz temblorosa—. Yo también cometí un grave error hace tiempo. Abandoné a mi madre en el peor momento posible.

Vio que Ben suavizaba el gesto y ella se dejó caer en el sofá con una triste sonrisa. Estaba a punto de decirle lo que nunca le había dicho a nadie.

—¿Qué pasó, Olivia? —le preguntó Ben en voz baja.

—Cuando enfermó y tuvimos claro que era el final… —comenzó ella después de respirar profundamente—. Bueno, antes debería explicarte que yo siempre tuve una relación especial con mi madre. Aunque esté mal decirlo, sé que era su favorita. Estábamos muy unidas, hacíamos tantas cosas juntas… Teníamos una personalidad similar. Algo tímidas, pero con un gusto especial por lo dramático. Me animó desde pequeña a que me dedicara a la interpretación —le contó con una sonrisa—. Nos reíamos mucho juntas, sobre cualquier tontería. Pero se puso enferma cuando yo tenía doce años y solo duró un par de meses, fue muy rápido. Y yo…

Tenía un nudo tan grande en la garganta que no podía hablar.

—Olivia —susurró Ben sentándose a su lado y tomando su mano.

Se aferró a él como si fuera un salvavidas y lo necesitara para no ahogarse en ese mar de emociones.

—Yo la abandoné por completo… —le dijo entonces—. Cuanto peor se ponía, menos tiempo pasaba con ella. Solía pedirme que me sentara

a su lado y le hablara de cómo me había ido el día, pero yo trataba de encontrar cualquier excusa para no hacerlo.

Sintió las lágrimas resbalando por sus mejillas y se las limpió con la mano que tenía libre.

—Sabía que le estaba haciendo daño. Pero, aun así, lo hice.

Olivia sacudió la cabeza, ya no podía contener las lágrimas ni los sollozos. Tenía tanta pena dentro de ella, tanto dolor…

Ben no dijo nada. Supuso que estaría espantado con su horrible y egoísta comportamiento. Lo que ella había hecho no había sido fruto de un momento de ira incontrolable, sino que lo había estado haciendo a propósito durante semanas.

Como había hecho Ben, también ella llevaba mucho tiempo enterrando sus emociones, tratando de fingir que no existían. Pero por fin lo estaba sacando todo a la luz y ya no tenía dónde esconderse. No podía seguir fingiendo. Odiaba que Ben supiera cómo era en realidad y, avergonzada, se apartó de él.

—Olivia, tenías doce años… —le dijo Ben mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que esa es mi excusa? —replicó ella apartando la cara.

—Bueno, tú acabas de decirme que mi excusa fue que me estaba defendiendo, ¿recuerdas?

—Eso fue diferente, Ben.

—¿Por qué?

—Porque… porque estamos hablando de mi madre, la persona que más me quería. Y yo le fallé completamente —le recordó con la angustia creciendo de nuevo en su pecho—. ¿Sabes cuál fue la última conversación que tuve con ella?

—No —respondió Ben mirándola con tristeza.

—Me pidió que me acercara, que me sentara en su cama. Y yo no lo hice. Me quedé en la puerta, mirándola. Solo quería escapar —le contó con un hilo de voz—. Ella me dijo que me quería mucho, que no lo olvidara nunca y yo… yo no le dije nada. No le contesté. Me limité a ir deprisa a mi habitación y a encerrarme allí. Cuando me desperté a la mañana siguiente, había muerto.

Ben la abrazó con fuerza mientras sollozaba en su hombro, ya sin nada que ocultar. No había llorado así, no se lo había permitido, desde la muerte de su madre. Se había convencido a sí misma de que no se merecía llorar ni sentirse triste después de lo egoísta que había sido con su madre. Pero en ese momento tenía que llorar, soltarlo todo, dejarse llevar por fin.

Algún tiempo después, las lágrimas cesaron y se quedó donde estaba, con la mejilla apoyada en su hombro. Se sentía tan agotada como si acabara de correr un maratón. Y suponía que en cierto modo

era así. Acababa de correr un maratón emocional.

Después de unos minutos, Ben se echó hacia atrás y le apartó el pelo de la cara.

—Me alegra que me lo hayas contado —le dijo en voz baja—. Y voy a decirte lo mismo que me has dicho tú. Lo que hiciste cuando tenías doce años, cuando estabas asustada y triste, no te define.

—Pero era mi madre…

—¿Y por qué crees que evitabas pasar tiempo con ella? —le preguntó Ben.

—Porque odiaba verla así, sufriendo y consumiéndose. Estaba muy asustada. Su aspecto me recordaba que era inevitable, que me iba a dejar…

Las palabras salían de su interior, de un lugar casi oculto dentro de ella.

—Supongo que traté de fingir que no estaba sucediendo, aunque sabía que así le hacía daño.

—Y ¿no te parece comprensible? Si estuviéramos hablando de otra niña de doce años, ¿no la entenderías? ¿No disculparías su actitud?

—Puede ser… —admitió ella—. Pero es que estamos hablando de mí. Y de mi madre. Todavía recuerdo su cara cuando me dijo que me quería y yo no le contesté…

Otro nudo en la garganta le impidió seguir.

—Aunque no le contestaras, estoy seguro de que tu madre sabía que la querías, Olivia.

—Pero no puedo cambiar lo que hice —susurró ella.

—No, nadie puede cambiar el pasado, pero puedes perdonarte a ti misma. Céntrate en los buenos recuerdos que tienes de ella y sigue adelante con tu vida. ¿Crees que a ella le gustaría ver que le das la espalda a la vida y a la gente por culpa de lo que pasó entonces? Porque eso es lo que has hecho, ¿no? Por eso no has tenido ninguna relación seria y seguías siendo virgen.

—No confiaba en mí misma lo suficiente para vivir plenamente, temía volver a traicionar a la gente —le confesó ella—. Y sigo sintiéndome así, que no me merezco…

—¡Olivia! Eres una de las personas más fuertes, divertidas y buenas que conozco. Te mereces tener amor y felicidad en tu vida. Y sabes que eso es lo que tu madre querría para ti.

Ella cerró los ojos, quería creerlo. Pero no se le pasó por alto su tono. Ben le deseaba lo mejor, pero le estaba dejando muy claro que él no iba a ser el encargado de darle amor ni felicidad.

—¿Y tú, Ben? Has elegido disculpar lo que hice yo, pero no haces lo mismo contigo. Un solo error no define a una persona ni su carácter. Tú llevas toda tu vida controlando tu ira y tratando de vivir de una manera responsable.

Sintió cómo se tensaba su cuerpo y se alejaba un poco de ella.

—¿Cómo puedes decir eso cuando esta misma noche he estado a punto de pegar a un hombre?

—Bueno, ese hombre era un auténtico cretino —respondió ella—. Y lo importante es que no lo hiciste, terminaste por soltarlo. ¿Sabes lo que es eso? Autocontrol.

Ben se limitó a sacudir la cabeza.

—No sabes…

—No lo sé porque no me lo cuentas. ¿De dónde viene esa ira? ¿Por qué llevas tanto tiempo así?

Ben negó de nuevo con la cabeza.

—Tienes que perdonarte a ti mismo por estar furioso, sea cual sea la causa.

—¿Y cómo puedo hacerlo? —le preguntó Ben después de unos minutos—. ¿Cómo dejas de sentir cosas? Porque, si supiera cómo hacerlo, lo haría, te lo prometo.

—No lo sé —admitió con sinceridad—. Supongo que es un proceso.

—Estoy tan cansado de todo esto —le dijo—. Tan cansado de estar enfadado…

—Si pudiera ayudarte a olvidarlo, lo haría —repuso ella levantándose del sofá para agacharse frente a él.

Ben tenía la cabeza inclinada y le acarició el pelo, lo hizo hasta que él la miró y entonces Olivia lo besó. Fue un beso tierno y suave, un beso que hacía las veces de absolución. Ben la agarró por los hombros y le devolvió el beso con la misma dulzura.

Los besos se hicieron cada vez más urgentes, pero sin violencia ni agresividad. Era algo que los dos necesitaban, algo inevitable. Y allí mismo, en el salón de la suite, Ben le quitó el vestido mientras ella desabrochaba con cuidado y ternura los botones de su camisa.

Fue maravilloso volver a sentir las manos de ese hombre en su cuerpo, haciéndole el amor una vez más. Ben la tumbó en la alfombra y cubrió el cuerpo de Olivia con el suyo. Suspiró feliz al sentir sus besos en el cuello mientras se deslizaba dentro de ella. Volvía a sentirse completa.

Cuando terminaron, siguieron abrazados sobre la alfombra, con los cuerpos entrelazados y los corazones latiendo el uno contra el otro. Lentamente, Ben se incorporó unos centímetros para mirarla a los ojos y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Te he…?

—¿Que si me has hecho daño? —adivinó ella—. No, por supuesto que no.

Ben suspiró y apoyó la frente contra la de ella.

—Gracias —susurró.

A Olivia se le encogió el corazón mientras lo miraba, había tanta

ternura en sus ojos… Algo cambió en ese instante y se dio cuenta de que amaba a ese hombre. A ese hombre tan fascinante, complejo, tierno y algo huraño.

Ben se apartó de ella. No sabía si él sentiría lo mismo por ella y si lo que acababan de compartir no había sido más que otro momento de pasión, una consecuencia de la intensa conversación que habían tenido esa noche y nada más.

Capítulo 12

Ben se despertó cuando la pálida luz del amanecer se coló por los ventanales de la habitación de Olivia. Recordó entonces la noche anterior, la conversación sincera y desgarradora, el intenso momento de pasión y después, la dulzura de su compañía. Había preparado pasta y habían cenado mientras charlaban y se reían animadamente.

Cuando le preguntó a Olivia si podía pasar la noche allí, la sonrisa que había visto en su cara a modo de respuesta había sido todo un bálsamo para su alma.

Había dormido abrazado a ella y con sus piernas enredadas. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien como esa noche.

Abrió los ojos y la miró. Su melena se extendía sobre la blanca almohada. Se fijó en sus largas pestañas, en sus mejillas sonrosadas y esos labios ligeramente fruncidos. Estaba preciosa, pero le transmitía además una especie de vulnerabilidad que lo conmovía. Le pasó el pulgar suavemente por la mejilla, pensando en todo lo que Olivia había compartido con él, en todo el dolor que había soportado durante años.

Después de saber cuánto había sufrido, le preocupaba más aún hacerle daño. Empezaba a darse cuenta de que sentía más por esa mujer de lo que quería admitir. Sabía que había escollos casi insalvables para una posible relación entre ellos. Después de todo, ella era una Harrington y él un Chatsfield. Además, vivían en distintos continentes y tenían carreras incompatibles.

Por otro lado, no confiaba en sí mismo lo suficiente como para estar pendiente de otra persona y ser responsable de su bienestar y felicidad.

Porque seguía enfadado con el mundo. Había sentido la paz entre sus brazos, pero sabía que aún tenía otro tipo de emociones en su interior.

Olivia le había preguntado, pero no había querido decirle por qué era así. Nunca se lo había dicho a nadie y le avergonzaba hacerlo.

Pero no quería pensar en eso en esos momentos, solo quería disfrutar de lo que tenía con Olivia durante el tiempo que durara. Se inclinó y le dio un beso en la clavícula. Ella se movió y temblaron sus párpados. La abrazó entonces y Olivia suspiró, dándose la vuelta para darle mejor acceso y que pudiera seguir besándola.

—No se me ocurre una manera mejor de despertarme —murmuró

ella con los ojos aún cerrados.

Rodeó la cadera de Ben con una pierna y lo atrajo hacia ella.

Un poco más tarde, se ducharon y desayunaron lo que les subió el servicio de habitaciones.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —le preguntó a Olivia.

—Tengo el día libre.

—¿Qué te parecería entonces hacer algo de turismo conmigo? Llevo dos semanas en Berlín y apenas he visto la ciudad.

—Me encantaría —repuso Olivia sonriendo.

Ben no pudo evitar sonreír también. Aunque sabía que no podía durar, nunca se había sentido tan feliz.

Una hora más tarde, Ben y Olivia paseaban de la mano por la terraza del palacio de Babelsburg, en la pintoresca ciudad de Potsdam. No era el mejor mes para visitar los jardines, pero seguían siendo muy bellos. Pasaron una mañana muy agradable deambulando por allí, charlando sobre lo que iban viendo y disfrutando del sol invernal. Después fueron a tomar un café cerca del palacio.

Ben sintió que hacía demasiado tiempo que no disfrutaba con cosas tan sencillas. Ni siquiera había sido así de niño, había estado demasiado ocupado tratando de mantener la paz en la familia. Y las cosas no hicieron sino empeorar desde que se fuera de casa. Había estado reprimiendo sus emociones durante todos esos años, pero esos momentos con Olivia le estaban enseñando a apreciar todo lo que se había perdido por negarse a sentir.

Se quedó mirándola mientras soplaba su café para enfriarlo. Le caían unos mechones de pelo sobre la cara y el frío había teñido de rosa sus mejillas. Verla así le dio una paz que no había sentido nunca y se dio cuenta de que estaba listo para hablarle de su ira.

—He estado enfadado con Spencer —le dijo impulsivamente—. Mi hermano mayor.

Sus hermosos ojos se abrieron con sorpresa y dejó la taza en la mesa para prestarle toda su atención.

—Cuéntame —le dijo Olivia.

—Ya te conté que era el pacificador de la casa —comenzó él con algo de dificultad—. Siempre con el objetivo de que todos estuvieran contentos, de que no hubiera discusiones… Pero, como también te conté, no tenía demasiado éxito. Y no lo tenía porque todo era una mentira. Mis padres no se llevaban bien porque los dos tenían amantes y a mi padre no le gustaba Spencer porque… porque no era su hijo biológico.

Olivia abrió la boca al oírlo.

—Sí, a mí también me sorprendió cuando me enteré.

—Y eso pasó cuando tenías dieciocho años, ¿no? —repuso Olivia con perspicacia.

—Así es. Mi padre me lo contó una noche, creo que estaba borracho. Me quedé conmocionado, llevaba tanto tiempo esforzándome para que fuéramos una familia feliz… Pero no iba a suceder.

—Así que decidiste irte.

—Fue algo impulsivo e imprudente, pero no podía quedarme. Spencer y yo nunca habíamos tenido secretos el uno para el otro y no quería ocultarle nada, sabía que la verdad lo destruiría.

—Entonces, te fuiste para que Spencer no se enterara, ¿no?

Ben asintió. Tenía un nudo en la garganta. Olivia se inclinó hacia delante, había mucha compasión en su mirada.

—Pero ¿por qué estás enfadado con Spencer?

—Porque… porque no trató de buscarme cuando me fui.

Sabía que estaba hablando como un niño, que le parecería patético.

—Dejó que me fuera como si no le importara y puede que fuera así porque, cuando fue a verme al restaurante hace un par de semanas, me dijo que hacía ya cinco años que sabía que era hijo ilegítimo —continuó sin poder ocultar el dolor que sentía—. Estoy tan enfadado conmigo mismo, por haber sido tan estúpido, por haber intentado mejorar las cosas en casa… Todo fue… inútil. Me sacrifiqué por mi familia y no les importó. He sido un imbécil, me he pasado media vida quejándome porque nadie me quiere…

Estaba temblando. Le avergonzaba que Olivia supiera la verdad, pero también sentía que se había quitado un peso de encima. No se arrepentía de haber sido sincero con ella, pero esperaba que ella no se quedara en silencio.

Olivia estuvo a punto de decirle que ella sí lo quería, pero no lo hizo. Se moría por decirle lo que sentía, pero le daba miedo.

—Creo que deberías hablar con Spencer —le dijo entonces.

—Puede que sí —repuso Ben con una sonrisa triste—. Siento haber descargado todo esto en ti.

—No, Ben. Me alegra que lo hicieras, quiero oírlo. Quiero entenderte y conocerte mejor.

No era lo mismo que declararle lo que sentía, pero no se atrevía a más. No se le daba bien decir esas palabras, sobre todo cuando más importaba. Además, creía que Ben tampoco quería oírlas. No habían vuelto a hablar de lo que había entre ellos. Daba por hecho que no era más que una breve aventura amorosa, como habían acordado desde un principio. Por eso decidió no decirle lo que sentía.

Charlaron animadamente de vuelta a Berlín, hablando de cosas

menos importantes.

En cuanto llegaron al hotel, varios empleados rodearon a Ben con preguntas y ella aprovechó para ir directa al ascensor y evitar una torpe e incómoda despedida. Necesitaba estar sola para pensar en lo que no le había dicho.

Se pasó toda la tarde tratando de decidir si debía decirle a Ben lo que sentía y, por la noche, subió a la piscina para hacer un poco de ejercicio y tratar de despejarse la mente.

No tenía dudas, lo quería, pero no sabía si Ben sentiría lo mismo. Le daba miedo poner las cartas sobre la mesa. En realidad, llevaban muy poco tiempo juntos, solo unos días.

Salió de la piscina recordando la que había sido la semana más intensa e increíble de su vida, pero solo había sido una semana y creía que era imprudente enamorarse de alguien después de tan poco tiempo. Pero, por otro lado, le parecía imposible no enamorarse de un hombre capaz de tanta pasión y tanta ternura, un hombre que le limpiaba las lágrimas y que la abrazaba mientras lloraba, un hombre que admitía sus propias debilidades y sus fracasos.

Llegó a la conclusión de que todo lo que le pasaba era culpa de Ben por ser tan fantástico…

—Bueno, parece que siempre nos encontramos aquí.

Sobresaltada al oír su voz, se dio la vuelta con el corazón en la garganta.

—Hola —susurró ella mientras dejaba que sus ojos recorrieran su impresionante físico.

Ben se sentó junto a ella, en el borde de la piscina, y ella sonrió recordando el primer día.

—¿No te preocupa que nos hagan fotos? —le preguntó ella—. A lo mejor nos están vigilando.

—No, no me preocupa —repuso Ben besándola.

Olivia se quedó sin aliento al sentir de nuevo sus labios y se aferró a su hombro desnudo. Era tan feliz cuando estaba con é… Pensó que quizás podría decirle lo que sentía.

—Siento no haberte visto antes. He estado muy liado toda la tarde.

—No pasa nada —le dijo ella.

—Además, necesitaba tiempo para pensar —continuó Ben—. En nosotros.

Tragó saliva al oírlo, le pareció que no eran buenas noticias.

—¿Y? —susurró ella casi sin fuerzas.

—No… no sé lo que siento por ti, Olivia. Han pasado tantas cosas durante estos días… Fue duro estar de nuevo en un hotel de mi familia y me has ayudado a hacer frente a todas estas cosas. Tengo que aceptar lo que pasó y lo que he hecho. Pero no quiero hacerte daño.

Y sabía que podría hacérselo si su amor no era correspondido, así que decidió no decirle nada.

—No vas a hacerme daño —repuso ella forzando una sonrisa—. Tengo claro lo que es esto. Limitémonos a disfrutar de estos días, ¿de acuerdo? Eso es todo lo que quiero.

Ben la miró con el ceño fruncido y abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo más. Algo que ella no quería oír. Pero se lo pensó mejor y no le dijo nada, se limitó a dedicarle una peligrosa sonrisa.

—Si, como temías, alguien está vigilándonos, será mejor que nos vayamos a un sitio más privado.

Olivia se echó a reír cuando Ben se levantó y tiró de ella. Entraron juntos en la sauna.

—Pero ¿tienes…? —susurró ella al ver que Ben cerraba la puerta.

—Siempre estoy preparado para emergencias —repuso él mostrándole un preservativo que llevaba en un bolsillo del bañador.

—¿Y esto es una emergencia?

—Por supuesto.

A pesar del calor de la sauna, se estremeció cuando Ben la atrajo contra su cuerpo.

—Esto es un nuevo… —susurró ella—. Pero ¿y si viene alguien?

A modo de respuesta, Ben hizo girar la cerradura de la puerta y fue hacia ella. La tomó entre sus brazos y la besó hasta que ella se olvidó por completo de dónde estaba. Solo existían ellos dos en el mundo, nadie más. Ben la besaba con una pasión increíble, como si le fuera la vida en ello.

El calor, el vapor y la oscuridad de la sauna hicieron que el encuentro fuera aún más intenso, era muy consciente de cada sensación. Sus cuerpos se deslizaban con facilidad el uno contra el otro y se quedó sin aliento cuando lo sintió dentro de ella. Se dejó llevar entonces por la profunda alegría y el placer de estar de nuevo unidos. Pocos minutos después, alcanzaban juntos el clímax.

No había ira entre ellos, solo emoción, sinceridad, pasión.

Y amor, al menos por su parte. Estaba decidida a aceptar lo que Ben pudiera ofrecerle. De momento, iba a tener que conformarse con eso.

Ben se levantó de la cama de Olivia poco antes de que amaneciera. Le costaba apartarse de ella, de su cálido cuerpo, pero llevaba horas sin poder dormir. Las palabras de Olivia resonaban en su corazón. Le había dicho que sabía que lo que había entre ellos era solo una aventura. Solo sexo, nada más. Sabía que había sido un tonto al pensar que podría convertirse en otra cosa.

Fue al salón y comenzó a dar vueltas. Estaba muy inquieto. Sabía que sentía algo más por ella, que una aventura no era suficiente, pero

dudaba que Olivia quisiera oírlo. Y tampoco estaba seguro de ser capaz de conseguir que fuera feliz a su lado.

No sabía si iba a estar nunca preparado para dar ese paso con una mujer. La gente lo había decepcionado y no había superado aún ese dolor. Pensó en su familia, sabía que tenía que hablar con Spencer y tratar de hacer las paces con él, como le había sugerido Olivia.

Lo que no tenía tan claro era si estaba dispuesto a arriesgar su corazón con ella. Le daba miedo desnudar su alma y descubrir que ella no sentía lo mismo.

Regresó suspirando al dormitorio. Pensaba vestirse, dejarle una nota a Olivia e irse a trabajar. Solo le quedaban dos días con Olivia y quería disfrutarlos al máximo. Y quizás se atreviera además a confesarle lo que sentía.

Unas horas más tarde, sentado frente al ordenador con una taza de café al lado, se le cayó el alma a los pies cuando vio el titular de la noticia destacada en la sección de cotilleo de la página principal.

La actriz y el engaño: ¡Olivia Harrington mintió sobre su relación con Ben Chatsfield!

Capítulo 13

Lo siento, Olivia.

Olivia se quedó mirando fijamente a su agente mientras aceptaba lo que le acababa de decir. No había conseguido el papel. Después de todo lo que había pasado con Ben, de todos sus intentos por seguirle el juego a la prensa, los productores habían recurrido a otra actriz para interpretar el papel que ella llevaba toda su vida esperando.

—No lo entiendo —dijo Olivia aturdida.

—Supongo que no fue buena idea fingir que estabas con Ben Chatsfield. Te ha hecho aparecer todos los días en todas las revistas del corazón —repuso Melissa encogiéndose de hombros.

—Pero todos los actores de Hollywood aparecen en esas revistas, no debería costarme ese papel.

—Parece que se están tomando la película muy en serio y no quieren en ella a nadie que haya salido en ese tipo de prensa por algún escándalo.

—Pero ¿qué es lo que consideran tan escandaloso?

—¿De verdad quieres que te dé una lista de todo lo que ha pasado?

—Nos hicieron unas fotos en la piscina del hotel, no es para tanto.

—Que no se te olvide cómo te apartó de su lado cuando lo besaste la noche del estreno. Eso llamó mucho la atención. Tanto como el hecho de que no os separarais ni un minuto la noche siguiente —le dijo su agente—. Luego lo del fotógrafo al que estuvo a punto de pegar Ben… Ese hombre es un peligro.

—No, no lo es —replicó Olivia dolida.

Estaba enfadada. Pero no con Ben ni con ella, sino con los productores, que le habían hecho creer que ese papel era suyo. Estaba decepcionada, pero no tanto como habría esperado estarlo.

Lo cual era sorprendente y extraño. Llevaba años luchando en ese mundo para demostrarse a sí misma, a su familia y a su madre lo que podía hacer. Pero Ben la había ayudado a entender que no podía vivir en el pasado. Ni ese papel ni ninguno le iba a devolver a su madre.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en Ben. Habían pasado juntos la mayor parte de las últimas veinticuatro horas, pero no habían hablado del futuro. No le había dicho que lo amaba, no había tenido el valor de hacerlo.

Respiró profundamente y se giró para mirar a su agente.

—Esto es un golpe muy duro, pero…

Vio que Melissa miraba su teléfono móvil con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Alguien le ha contado a la prensa que la relación era una farsa —susurró Melissa con preocupación—. Esto no es nada bueno para tu carrera.

—¿Está en las noticias?

Melissa asintió y le pasó el teléfono. Olivia leyó el artículo por encima. Decía cosas muy desagradables. Una fuente no identificada aseguraba haber visto a Ben muy molesto con ella y decía también que no actuaba con Olivia como un hombre enamorado.

Estaba segura de que había sido la secretaria de Ben la que había hablado con la prensa.

Se encogió de hombros y le devolvió el teléfono a Melissa.

—Bueno, supongo que tenía que suceder.

—¿Que tenía que suceder? —repitió su agente con incredulidad—. ¿Tienes idea de cómo va a afectar esto a tu imagen, Olivia?

—No, dímelo tú —repuso ella con las manos en las caderas—. Después de todo, fue idea tuya.

—Sí, pero solo lo sugerí para reparar tu metedura de pata.

Olivia sacudió la cabeza, estaba demasiado cansada para discutir sobre ello.

—No importa. Lo hecho, hecho está. Me duele que hablen tan mal de mí en la prensa, pero no voy a seguirles el juego. Llevo años trabajando en este mundo y estoy harta. O soy buena actriz o no. Si alguien quiere que esté en su película, que lo haga por mi talento, no por las historias que cuenta la prensa.

—No siempre funcionan las cosas de esa manera, Olivia.

—Bueno, pues así es como debería ser.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y salió de la suite.

Su móvil comenzó a sonar mientras bajaba al vestíbulo para buscar a Ben. Vio que era Isabelle y respiró profundamente antes de contestar.

—Hola, Isabelle.

—¿Has visto la prensa?

—Sí, alguna web…

—No pareces muy preocupada —le dijo Isabelle.

—Aún lo estoy procesando, me enteré hace solo cinco minutos.

—Que vayas detrás de un Chatsfield afecta muchísimo a la imagen de la familia, ¿lo sabías?

—No he ido detrás de ningún Chatsfield, Isabelle.

—Eso no es lo que dice la prensa.

—¿Y desde cuándo te importa lo que diga la prensa? —preguntó Olivia enfadada—. ¿O es solo porque se trata de mí, la oveja negra de la familia?

—No eres ninguna oveja negra, Olivia —repuso su hermana tras un largo silencio.

—¿No? —le dijo sin poder contener la emoción en su voz—. Pues así me he sentido siempre.

—¿Por qué?

Era una pregunta muy sencilla que no sabía cómo responder.

—Porque nadie se ha tomado nunca en serio mi trabajo. Bueno, solo mamá.

—Lo siento —repuso Isabelle después de otro silencio—. Siempre me pareció que la interpretación era algo que solo te gustaba compartir con ella, algo que teníais las dos en común.

—La echo mucho de menos —susurró Olivia tratando de contener las lágrimas.

—¡Oh, Livvy! Yo también.

—Pero yo la abandoné al final —añadió con un hilo de voz—. No quería estar con ella…

—Mamá lo entendía, Olivia —la interrumpió Isabelle—. Me dijo una vez que sabía que su enfermedad era especialmente dura para ti y que le entristecía ver que te estaba haciendo daño.

—¿Que ella me estaba haciendo daño? —repitió Olivia con incredulidad.

—Sí, Livvy. Ella te entendía perfectamente, créeme. Sabía lo que sentías por ella.

Una lágrima rodó por su mejilla. Supo que Isabelle le estaba diciendo la verdad y se sintió por fin liberada, podía perdonarse a sí misma. Su madre había entendido su dolor.

Pero no sabía si Ben también podría perdonarse a sí mismo. Llevaba muchos años sintiéndose culpable y no confiaba en sí mismo. Aún no era libre.

—Siento haber sido insensible —le dijo Isabelle—. La empresa consume todo mi tiempo. Tal vez demasiado tiempo —agregó suspirando.

—¿Cómo van las negociaciones?

—No preguntes.

—Espero que lo que ha pasado con Ben no haya empeorado las cosas.

Isabelle suspiró de nuevo.

—No te preocupes, Livvy. No debería haberte presionado. Es que estoy muy estresada.

—Isabelle, voy a venderte mis acciones. No sé por qué no lo he hecho antes. Son tuyas.

—Muchas gracias —repuso Isabelle con sinceridad—. Gracias, Olivia.

Hablaron un poco más y, cuando colgó, Olivia se dio cuenta de que

hacía años que no tenía una conversación tan sincera e importante con alguien de su familia.

Pero tenía que concentrarse en Ben en ese momento. Quería decirle lo que sentía y ayudarle a encontrar la misma libertad de la que ya disfrutaba ella.

Entró en su despacho y frunció el ceño al ver la mirada triunfante de su secretaria.

—¿Cuánto te han pagado por hablar de Ben y de mí? —le preguntó sin poder contenerse.

—¡Nadie me ha pagado! —repuso la secretaria muy ofendida.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque Ben Chatsfield se merece a alguien mejor que tú.

Le sorprendieron sus palabras, pero no lograron su propósito.

—Eso creía yo —le dijo con tranquilidad—. Pero ahora sé que puedo sacar lo mejor de él igual que él saca lo mejor que hay en mí.

Y en ese momento solo le importaba decirle que lo quería. Tenía que hacerlo, lo necesitaba.

Había fallado a su madre cuando se resistió a decirle que la quería, pero no pensaba volver a hacerlo. Pensaba confesarle sus sentimientos aunque él no sintiera lo mismo.

—¿Sabes dónde está Ben? —le preguntó a la mujer con pocas esperanzas de obtener una respuesta.

Pero se equivocó. La secretaria le dedicó una sonrisa muy cruel antes de darle una noticia que parecía estar encantada de poder transmitirle.

—Se ha ido.

Ben se torturó a sí mismo leyendo todos los artículos que encontró. A él lo describían como a la pobre víctima y a Olivia como a una mujer desesperada que había ido tras él por dinero. Estaba furioso con la prensa, pero también consigo mismo.

Creía que era culpa suya. No había sido capaz de fingir y la gente se había dado cuenta de que era una mentira. Aunque no le importaba aclarar las cosas y que supieran cómo era de verdad su relación con Olivia, odiaba la imagen que estaban dando de ella y temía que fuera a costarle ese papel por el que tan duro había trabajado.

Había salido del despacho y del hotel para que le diera el aire. Necesitaba despejarse la mente y pensar en cómo iba a arreglar las cosas por el bien de la imagen de Olivia.

Caminó sin pensar hasta el parque Tiergarten, recordando lo que había sentido cuando su padre le dijo que Spencer no era su hijo biológico. Su primer instinto había sido querer arreglarlo, pero se dio cuenta de que no había manera de hacerlo. Y en ese momento le

estaba ocurriendo de nuevo. Temía no poder arreglarlo y esa vez era culpa suya.

Siguió andando mientras trataba de encontrar una solución. Pensó en concederle una entrevista a la prensa, podría explicar a los medios que todo había sido culpa suya. También podía declararle a Olivia su amor como lo había hecho James con la princesa Leila, escribiéndolo en una pantalla gigante de Times Square. Pero sabía que esas cosas no iban a hacer que Olivia consiguiera el papel que tanto quería e incluso cabía la posibilidad de que empeorara aún más las cosas.

Se sentó en un banco del Tiergarten y se pasó una mano por el pelo. Seguía tratando de ser el pacificador y se dio cuenta de que tenía que parar.

La última vez que se dio cuenta de que no podía solucionar un problema, había terminado huyendo. Entonces, había tenido miedo, había estado enfadado y dolido. A los dieciocho años, había sido su manera de enfrentarse a la situación. Pero ya tenía treinta y dos y, gracias a Olivia, sabía que no tenía necesidad de recurrir a sus viejos patrones de comportamiento.

Esa vez, en lugar de huir del dolor, iba a correr hacia él.

Sonó en ese instante su teléfono e hizo una mueca al ver quién era. No le sorprendía que lo llamara Spencer, suponía que querría que le comentara lo que había visto en la prensa.

—Hola, Spencer. Supongo que has leído la noticia —le dijo.

—Sí. Has dejado muy mal a Olivia Harrington. Hablan de ella como si hubiera ido detrás de ti.

—¿Crees que esa era mi intención? —le preguntó Ben muy molesto.

—No sé cuál era tu intención —respondió Spencer—, pero no podemos ofender a los Harrington ahora mismo. Ya te dije que…

—¿No podrías apoyarme en vez de echarme la culpa? —lo interrumpió furioso—. ¿Al menos una vez en tu vida?

Spencer se quedó en silencio y Ben trató de tranquilizarse. Había hablado sin pensar, pero no se arrepentía. Creía que ya había esperado demasiado para hacerlo.

—¿Cuándo no te he apoyado? —le preguntó Spencer.

—¿Por qué no trataste de encontrarme hace cinco años, cuando supiste la verdad?

Spencer se quedó en silencio durante un buen rato.

—Supongo… supongo que pensé que no querías que te encontrara.

—Me fui a los dieciocho años para protegerte, Spencer. Sabía que no podía mantener el secreto y no quería que lo supieras. Ahora sé que fue una estupidez, pero lo hice porque te quería.

—¿Me querías? ¿Lo dices en pasado? —dijo Spencer en voz baja.

—No —respondió Ben—. Sigo haciéndolo, pero he estado muy enfadado contigo y también conmigo mismo porque no podía librarme

de esa ira.

Nunca se había imaginado que iba a decirle esas cosas a su hermano, pero sabía que necesitaba hacerlo. Le costaba mostrarse tan vulnerable y admitir la verdad.

—Pensé que intentarías encontrarme —añadió Ben.

—Pensé en hacerlo —le confesó Spencer—. A menudo. Pero no sabía por qué te habías ido y supongo que pensé que volverías.

Se quedaron en silencio, absorbiendo los dos lo que acababan de escuchar.

—Lo siento —susurró Ben—. Siento haberme ido.

—Y yo siento haber sido la razón de que te fueras —respondió Spencer en voz baja—. También siento no haberme comportado de una manera más sensible cuando te vi de nuevo hace unas semanas. Supongo que quería actuar como si pudiéramos seguir como si no hubiera pasado nada, pero ahora sé que no podemos. Nos hemos convertido en dos hombres distintos. Y, aunque seamos hermanos o hermanastros, ya no nos conocemos. No debería haberte pedido que me ayudaras con el Chatsfield. Ahora entiendo que estar allí te habrá hecho revivir el pasado.

—Sí, pero al final me he dado cuenta de que ha sido algo muy positivo.

Y gracias a esa estancia en el Chatsfield había conocido a Olivia. De eso no se iba a arrepentir nunca. Se despidió de su hermano y guardó el teléfono mientras volvía hacia el hotel para tratar de encontrar a Olivia. Necesitaba verla.

Ben se había ido. Olivia salió de su despacho conmocionada. No se podía creer que se hubiera ido sin despedirse. Se preguntó si tendría algo que ver con la noticia que habían publicado sobre ellos dos.

Pensó que quizás estuviera tan loca como decían las revistas y se hubiera imaginado que había algo donde no había nada. Había ido a buscarlo para decirle que lo amaba y Ben ya se había ido.

Se quedó inmóvil en medio del vestíbulo. La gente se movía a su alrededor.

El festival casi había terminado y muchos huéspedes se iban ya del hotel. Se sentía aturdida, como si la vida siguiera a su alrededor, pero ella estuviera en otra dimensión, separada de todo aquello, aislada de ese mundo del que había intentado formar parte.

Totalmente sola.

—Olivia.

Se quedó inmóvil al oír esa voz. Después se giró lentamente y vio a Ben a la entrada del Chatsfield. Tenía mal aspecto, estaba despeinado y su traje estaba arrugado, pero le pareció tan sexy como siempre.

Estaba tan contenta de verlo que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ben… Pensé que te habías ido. Tu secretaria me dijo que te habías ido de Berlín.

—¿Qué? —repuso él sacudiendo la cabeza—. No, salí a dar un paseo. Eso es todo.

Lamentó entonces haber creído a esa mujer.

—Te he estado buscando —le dijo ella—. Quería decirte…

—Yo también te he estado buscando —repuso Ben acercándose a ella con paso decidido—. Lo siento —le dijo con sincero pesar en cada línea de su rostro—. No sabes cuánto lo siento.

Olivia sintió que se le caía el alma a los pies y que se esfumaba su esperanza. No entendía nada.

Ella había estado a punto de decirle que lo amaba, en medio del vestíbulo del Chatsfield, pero Ben parecía tener otras cosas en la cabeza.

—¿Lo sientes?

No sabía si se refería a lo que había pasado con ella o si le estaba diciendo que no quería seguir adelante con lo que tenían. O quizás se estuviera disculpando por haberle roto el corazón.

—Sí, es culpa mía que no te dieran ese papel —le dijo Ben.

Olivia abrió mucho los ojos al oírlo y sacudió la cabeza con alivio.

—Ben, no pasa nada. No me importa, de verdad.

—¿No te importa?

—Perdí ese papel antes incluso de que saliera la noticia en la prensa. Me sentí muy decepcionada y enfadada al principio, pero después me di cuenta de que no estaba tan triste como había pensado que estaría. La verdad es que estaba cansada de seguirles el juego —le explicó ella—. Y me di cuenta de que ningún papel me va a hacer olvidar el pasado. No quiero ser otra persona solo porque tengo miedo de ser yo misma. Ya no…

—Pero eres una actriz increíble, Olivia.

—Si eso es verdad, terminaré por conseguir lo que quiero. Y quiero que me elijan por mi talento, no porque le siga el juego a la prensa o haga todo lo que me pidan. Estoy cansada de tener que probar siempre mi valía. Y tú me has ayudado a darme cuenta de ello. Desde lo que pasó con mi madre, he estado tratando de probarle a todo el mundo lo que valgo. A mi familia, a la industria de Hollywood… Creía que el éxito en el cine iba a ser una manera de honrar su memoria y justificar el hecho de que me concentrara totalmente en mi carrera tras la muerte de mi madre. Pero ya he superado todo eso —le dijo mirándolo a los ojos con una sonrisa triste—. Y, si eso implica que no voy a volver a actuar, lo aceptaré.

—Vas a actuar de nuevo, Olivia. Todo esto, que ha sido culpa mía, se pasará —repuso Ben.

—No, fui yo la que metí la pata en aquella entrevista…

—Bueno, los dos somos culpables —contestó Ben tomando sus manos—. Olivia…

Todo su cuerpo se estremeció cuando la tocó.

—Espera —intervino ella—. Antes tengo que decirte algo.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó Ben frunciendo el ceño.

Olivia respiró hondo.

—Que te quiero. No sé lo que sientes por mí, pero sé que tengo que decirte la verdad. No se lo dije a mi madre cuando más lo necesitaba y no pienso volver a hacer lo mismo.

Ben la miraba, pero no sabía qué estaba pensando. Su rostro no expresaba lo que sentía.

—Te quiero, Ben. He estado enamorada de ti desde que te conocí. Sé que solo han sido unos días y que todo esto es una locura. Y ni siquiera sé si tú sientes nada de…

—Sí, Olivia. Yo siento lo mismo —la interrumpió Ben con una luminosa sonrisa—. Te quiero. Por eso te estaba buscando, para decírtelo. Hablé con Spencer hace un rato y estoy… estoy tratando de superar todo lo que pasó y todo lo que hice. Quiero seguir adelante con mi vida. Contigo.

—¡Ben! —exclamó Olivia tratando de contener las lágrimas—. ¡Qué maravilla! Me alegra tanto oírlo…

—Sé que puede ser complicado —le dijo Ben—. A ver cómo se lo toman nuestras familias… Además, vivimos en dos continentes distintos. Todo ha sido tan rápido…

—Bueno, ya sabes cómo soy —le recordó Olivia riéndose—. Me gusta lanzarme sin mirar.

—Entonces, demos juntos ese salto —le dijo Ben.

La besó entonces y todo el mundo a su alrededor comenzó a aplaudir con entusiasmo.

* * *

Podrás conocer otra novela de los Chatsfield en el quinto libro de *El regreso de los Chatsfield* del próximo mes titulado: LA redención del griego